

CHRISTUS

Editor Responsable:
Luis G del Valle, - Centro de Reflexión Teológica, A.C.
Director:
Javier Garibay
Director Administrativo:
Alberto Hernández
Jefe de Redacción:
Raúl H Mora
Relaciones Públicas:
Magdalena Cubas Carlin
Diseño Gráfico:
J Luis Gómez Brindis
Tipografía:
Gloria Evaristo García
Consejo Asesor:
David Ungerleider, Enrique Maza, Ramón Mijares, Enrique Dussel, Vicente Leñero, Jean Meyer, Angel Sánchez, Beatriz Becerra
Consejo de Redacción:
Luis G del Valle, Sebastián Mier, Raúl H Mora, Alberto Arroyo
Equipo de Trabajo:
Rufina Cuenca, Roberto Guevara, Ana Ma. Martínez, Jesús Reséndez Ramírez, Enrique Soto, Margarita Zamora

La responsabilidad editorial está a cargo del Centro de Reflexión Teológica, A.C. Los artículos firmados son responsabilidad de sus autores. Se autoriza la reproducción total o parcial de Christus, para fines no comerciales. Citar fuente con aviso a la dirección.

Christus no es un órgano institucional del episcopado. Tiene aprobación eclesial y funciona como un hecho práctico y un servicio puesto a la disposición de las diócesis que lo aceptan como tal, como son actualmente: Cd Juárez, Cuernavaca, Huejutla, Tehuantepec, y Vicariato Apostólico de la Tarahumara.

Registrada como artículo de 2a clase en la Administración de Correos No. 1 de México, D.F., 3 de enero de 1936. Registro de Propiedad Intelectual en la S.E.P. No. 766-82 del 31 de agosto de 1982. Certificado con licitud de título No. 1724, Certificado de licitud de contenido No. 998 otorgados ambos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación el día 15 de julio de 1982. Suscripción anual: \$ 1000.00 número suelto/atrasado: \$ 100.00 Suscripción correo aéreo América Latina: 30 Dlls, otros países: 35 Dlls, número suelto/atrasado: 2,50 Dlls.

Centro de Reflexión Teológica, A.C., Apartado Postal 19-213, Colonia Mixcoac, Delegación Benito Juárez, 03910 México, D.F. México.

Dirección Librería:
Augusto Rodin 355 03730 México, D.F.
Colonia San Juan Tel: 598-47-08.

presentación

"El pueblo sufre callado. Resiste con la boca cerrada. No le gusta hablar de su dolor. Pero el dolor no consigue permanecer escondido. Sin querer, aparece en alguna frase dicha por casualidad en medio de una conversación. Y más allá de la frase, descubres un mar de sufrimiento. Sufrimiento tan grande que casi no cabe en una vida humana".

"¿Por qué existe tanto dolor en el mundo? ¿Para qué sirve tanto sufrimiento? ¿Por qué son siempre los pequeños, los pobres y los inocentes los que deben cargar la mayor parte de la cruz? Y ¿de dónde saca este pueblo la fuerza para poder aguantar tanto dolor y resistir durante tanto tiempo, sin perder la esperanza y la voluntad de luchar? ¿Sabe la respuesta?"

CUARESMA 1984.

Del "Siervo Sufriente" Carlos Mesters.

Año 49 Nos. 573-574 Marzo - Abril 1984

en este número

- | | | |
|----------|---|----|
| + | Y LA NOTICIA | 3 |
| + | TEORIA Y PRAXIS | |
| | Reflexiones Éticas sobre la Crisis Conferencia Episcopal Canadiense | 6 |
| + | CUADERNO: SUFRIMIENTO HUMANO EN AMERICA LATINA | 11 |
| | Introducción al Cuaderno Herminio Gil | 12 |
| | El sufrimiento Humano y el Compromiso Cristiano Harry Gielen | 17 |
| | El Desafío del Sufrimiento Humano Adolfo Pérez Esquivel | 20 |
| | Sobre el Sufrimiento Humano Joan E Martins Terra | 23 |
| | ¿Cómo predicar la Cruz hoy? Leonardo Boff | 27 |
| | Compromiso Cristiano ante el Sufrimiento José Miguez Bonino | 35 |
| | La Religiosidad Popular ante el Dolor Adela María Helguera | 42 |
| | Solidaridad Sergio Sánchez Figueroa | 49 |
| | Causas del Sufrimiento Humano Tomás Balduino | 58 |
| | El Martirio José Marins | 64 |
| | Sufrimiento Humano y Compromiso Cristiano Eugenio Delaney | 66 |
| + | DOCUMENTOS | |
| | Carta Apostólica | 68 |
| | Carta a los Hermanos que Sufren | 74 |
| | Carta al Presidente Reagan | 76 |
| + | COLABORACIONES | |
| | Beber en su Propio Pozo -Comentario de Pedro Trigo- | 79 |
| + | Y LA PALABRA | |
| | Santos Padres | 83 |

Ilustraciones: Cerezo Barredo-Nic.- J. Luis G. Brindis-Mex.-



CHRISTUS

Y LA NOTICIA

TABASCO: UNA MARCHA QUE ANUNCIA EL DESPERTAR

Al momento de escribir estas líneas, una *marcha* de campesinos chiapanecos se hallaba —entre otras— en camino hacia la ciudad de México, para exigir la resolución de más de 500 expedientes agrarios y para protestar por actos represivos a cargo de la policía del estado. Unas semanas antes —a principios del mes de febrero— otro grupo de campesinos, esta vez tabasqueños, emprendió una marcha hacia Villahermosa, capital de su estado, para exigir la libertad inmediata e incondicional de 36 campesinos, detenidos por haber participado en los actos de protesta contra las afectaciones no indemnizadas por PEMEX.

Chiapas y Tabasco: dos estados del sureste de México, colindantes geográficamente, pero prácticamente situados en extremos opuestos en términos sociopolíticos. Chiapas ha sido, desde hace muchos años, escenario de conflictos agudos y constantes, al grado de haber requerido, para conservar el "orden institucional", de la designación de gobernadores militares. El secretario general del gobierno del estado, declaró con relación a la marcha: "Chiapas es un estado conflictivo y lo seguirá siendo por su cercanía con Centroamérica, por lo que la marcha en ningún momento perjudica al gobierno estatal, pues es una campaña orquestada por los partidos de oposición" (Uno más Uno miércoles 28 de marzo). Tabasco, en cambio, había conservado al menos en apariencia, la calma social. La oposición política organizada es prácticamente inexistente en esta entidad, al grado de que un gobernador ha podido alardear ante el presidente de la república que "Tabasco es un estado cien por ciento priísta; los tabasqueños no tienen más partido que el PRI".

Tabasco y Chiapas: casi podría decirse que se trata del eslabón más fuerte y el eslabón más débil de la cadena del sistema capitalista. Chiapas es el eslabón más débil o, al menos, uno de los más débiles, por la explotación, la desigualdad, la miseria que prevalece en el estado; por los cada vez más frecuentes brotes de descontento y por la represión con que se topan a cada paso; y también —como señaló el mismo secretario de gobierno— por su cercanía con Centroamérica. Tabasco también colinda con Guatemala, pero su frontera tropical es muy difícilmente transitable; el número de refugiados que han penetrado a Tabasco no se compara con el que se ha asentado en Chiapas. La misma naturaleza exhuberante que ha actuado como muro de contención frente a la influencia y la inmigración de Centroamérica, ha servido como "colchón" que impide que el campesino pobre de Tabasco caiga al nivel de miseria de su hermano chiapaneco. En Tabasco casi siempre existe la posibilidad de caminar al río más cercano y sacar una mojarra para calmar el hambre. Por otro lado, el clima y la geografía tropicales se han combinado con la historia de Tabasco, para hacer de este estado uno de los menos politizados de la República en términos de capacidad crítica frente a las estructuras de dominación. El gran aislamiento de las comunidades, y del estado en su conjunto, que sólo recientemente comenzó a superarse, y la honda huella dejada por el populismo de Garrido y de Madrazo, propiciaron la falta de organización del pueblo y su dependencia acrítica de los mecanismos de poder del Estado.

Pero lo que más contribuye en estos momentos a hacer de Tabasco algo así

como el eslabón más fuerte de la cadena —de la cadena que ata al pueblo a la opresión— es el petróleo. El petróleo ha sido y es prioridad absoluta en la política del país. Durante el sexenio pasado lo fué para intentar un desarrollo económico ambicioso y desaforado. Durante el actual sexenio, lo es, simplemente para pagar los intereses de la deuda que ese supuesto desarrollo aumentó considerablemente.

Por una razón o por otra, el petróleo es prioridad de primera clase en la política del país, y el Estado mexicano no está dispuesto a permitir nada que entorpezca la marcha de esta política. Las reformas de 1977 a la Ley Reglamentaria del artículo 27, quedan como vergonzoso recuerdo de la irracionalidad de un régimen que consideró el petróleo más importante que los mismos pilares de la nación. . . y ahora paga las consecuencias: "La industria petrolera es de utilidad pública, prioritaria sobre cualquier aprovechamiento de la superficie y del subsuelo de los terrenos, incluso sobre la utilidad social de ejidos y comunidades. . ." (art X).

No hay que olvidar que, si la explotación del "oro negro" tiene prioridad sobre cualquier otra cosa en el país, los yacimientos de hidrocarburos son considerados por los Estados Unidos como estratégicos para su propia *seguridad nacional*. "Nunca perdamos de vista que el más pequeño suceso en lo tocante al petróleo —la destrucción de una mata de cacao— está encadenada con la decisión irrevocable de las grandes potencias de no perder un milímetro de hegemonía" (Christus No. 526 pág 45).

Ahora bien, es precisamente en este nervio sensible de la red de la *seguridad nacional*, en este punto crucial de la alta prioridad indiscutible, donde el pueblo tabasqueño —ese pueblo controlado y mediatizado por largos años, ese pueblo que no daba muchas señales de vida política— finalmente está diciendo no soportar más el yugo, y levanta la cabeza con dignidad. Del dos al siete de febrero presenciamos un hecho inusitado como desde hace varias decenas de años no acontecía: mediante una marcha y un plantón, más de un millar de campesinos lograron manifestar su repudio al gobierno de Enrique González Pedrero. Este había reprimido meses antes a compañeros campesinos del Pacto Ribereño por protestar contra las afectaciones de PEMEX no indemnizadas. 38 fueron encarcelados. Pero no quedaron abandonados por las organizaciones independientes. Se solidarizaron los siguientes grupos: Comité Central Zona "La Isla", Comité del Pueblo del Ejido "Once de Febrero", Comité Regional de la C.I.O.A.C., Comité Pro-Defensa de los Cacaoteros de Tabasco, Comité Estatal del PSUM y Sección Sindical No. 11 del Sindicato de la S.A.R.H. —del Colegio Superior de Agricultura Tropical, CSAT.

Desde que en septiembre del 83 el gobierno del estado reprimió brutalmente a miembros del Pacto Ribereño, campesinos y organizaciones independientes se unieron al llamado de solidaridad hecho por el Pacto para participar en una marcha y exigir a las autoridades gubernamentales la libertad inmediata e incondicional de los 36 campesinos encarcelados (una mujer y un menor de edad fueron liberados en el transcurso de los días). Circularon volantes para informar de los hechos, se publicaron manifiestos para protestar por los acontecimientos y se organizaron reuniones para solicitar la solidaridad con esta lucha del Pacto Ribereño. La respuesta del pueblo fue una verdadera muestra de solidaridad con aquellos campesinos encarcelados y con sus familiares. Rápidamente se reunió dinero para ayudar a las familias afectadas y se organizó un movimiento de apoyo a la marcha a través de reuniones, boletines, etc.

Por otro lado, la reacción del gobierno se dejó sentir como una clara muestra de oposición a los intereses de este mo-

vimiento campesino. En el mes de diciembre y en su primer informe de gobierno, Enrique González Pedrero dijo que el Pacto había provocado al gobierno y a PEMEX y que por tanto era necesario aplicar la ley: "En repetidas ocasiones insistimos con quienes dirigen el 'Pacto' y desde distintos niveles gubernamentales, en la necesidad de dialogar, como era el trato, para resolver el problema pacíficamente, sin convertir a la zona costera en un estado dentro del Estado; la respuesta fue el envalentonamiento y la orquestación de una gran campaña en los medios nacionales de comunicación (que debe haber costado muchos millones de pesos) en contra de PEMEX y del Gobierno del Estado y se persistió en la comisión de hechos delictuosos. Era una abierta provocación. Así las cosas —termina diciendo el gobernador—, aplicamos como lo hemos hecho y lo haremos siempre, el método de la ley y restauramos el orden en la zona".

El presidente municipal del Centro convocó varias veces a los delegados municipales para exigirles que prohibieran a la gente que asistiera a la marcha y para desacreditar a los dirigentes de esa lucha. El gobierno entregó en las rancherías material para la construcción de obras de beneficio social (letrinas, pisos, gallineros, etc) con la intención de mantener ocupado y distraído al pueblo. La policía vigiló constantemente a los dirigentes de la marcha. La víspera misma de que se iniciara la protesta, el gobernador fue a la zona de "La Isla", uno de los lugares más involucrados en este movimiento, para calmar a la gente.

Sin embargo, la conciencia y la solidaridad del pueblo campesino fue más grande que la labor desacreditadora y amenazante del gobierno. La marcha dio comienzo el dos de febrero en Comalcalco con un centenar de campesinos, que caminaban hacia Villahermosa con la conciencia de que su lucha era justa y de que el pueblo se uniría a su causa. No los detuvo el permanente hostigamiento de decenas de policías, agentes judiciales y federales y hasta de un helicóptero que volaba a unos cuantos metros arriba de la columna.

A lo largo de la marcha las gentes de diversas rancherías mostraron su apoyo al pequeño grupo de campesinos

que cada vez crecía más: unos, ofreciéndoles agua, alimentos y dinero; otros, proporcionándoles lugares donde descansar y pasar las noches; otros más, uniéndose a ellos; y muchos más, tomando conciencia de que la bandera de ese grupo de marchistas, encabezados por las esposas de los compañeros encarcelados, era una lucha por la dignidad campesina.

Sorpresivamente el gobierno mostró ante este pequeño grupo de campesinos una gran debilidad: mostró verdadero pavor al ver a un pueblo que se levantaba por su dignidad y por sus derechos. Las fuerzas de seguridad pública de Villahermosa estuvieron preparadas para intervenir en el momento que vieran necesario. Más de 50 agentes federales y judiciales estuvieron presentes a lo largo de la carretera Comalcalco-Cárdenas-Villahermosa sacando fotografías a los marchistas, tratando de mezclarse entre la columna e impidiéndole al pueblo que se acercara, uniera o apoyara a los marchistas. El PRI, por su parte, organizó al mismo tiempo y en el mismo lugar donde debería llegar la marcha, un mitin (a su estilo: con campesinos acarreados y obligados a estar presentes) para apoyar al gobernador y para difamar al movimiento de protesta. Lo peor de todo es que el gobierno preparó a un grupo "de choque" (con palos y garrotes) con gente disfrazada de campesinos para enfrentarlos a la columna en el momento en que llegara a la Plaza de Armas a presentar sus demandas al gobernador.

La prensa local también estuvo en contra de la marcha. Difamó a los dirigentes (incluso tildando a uno de ellos de asesino), desvirtuó en sus grandes encabezados la fuerza del movimiento diciendo que los participantes eran unos acarreados, ocultó la finalidad al presentar a la marcha como una lucha propia del PSUM y de "comunistoides", y señaló a sacerdotes y religiosos como "agitadores" de la fe y culpables de todo esto. Por otro lado, la prensa nacional presentó los hechos más a favor de los campesinos que del gobierno.

El papel de la Iglesia fue claro. En su mensaje de navidad, el señor obispo Rafael García, se pronunció en contra de "... los abusos de poder, la represión, la violación de los derechos, la parcial aplicación de la justicia". Cien-

tos de católicos tomaron conciencia de los acontecimientos ocurridos desde el mes de septiembre. Muchos apoyaron esta lucha con oraciones, comida, dinero y presencia. Varios párrocos dieron alojamiento a los marchistas.

La marcha evitó entrar a Villahermosa el sábado para descartar el enfrentamiento con los elementos del gobierno durante la noche. Entra en la mañana del domingo y atraviesa la ciudad entre gritos de consignas y voces de apoyo popular que opacaron totalmente el ruido del helicóptero y las provocaciones del gobierno y de la prensa. La columna se detuvo en el Parque Juárez y se mantuvo en un plantón a pesar del cansancio, la lluvia, el frío y el acoso del gobierno, quien cortó la energía eléctrica del parque e impidió a los marchistas entrar a baños, farmacias y panaderías cercanas al lugar amenazándoles con la clausura. Al día siguiente se tuvo una audiencia con el gobernador. El resultado, el esperado: nulo apoyo. Sólo se consiguió que se "abrieran" los expedientes de los 36 presos.

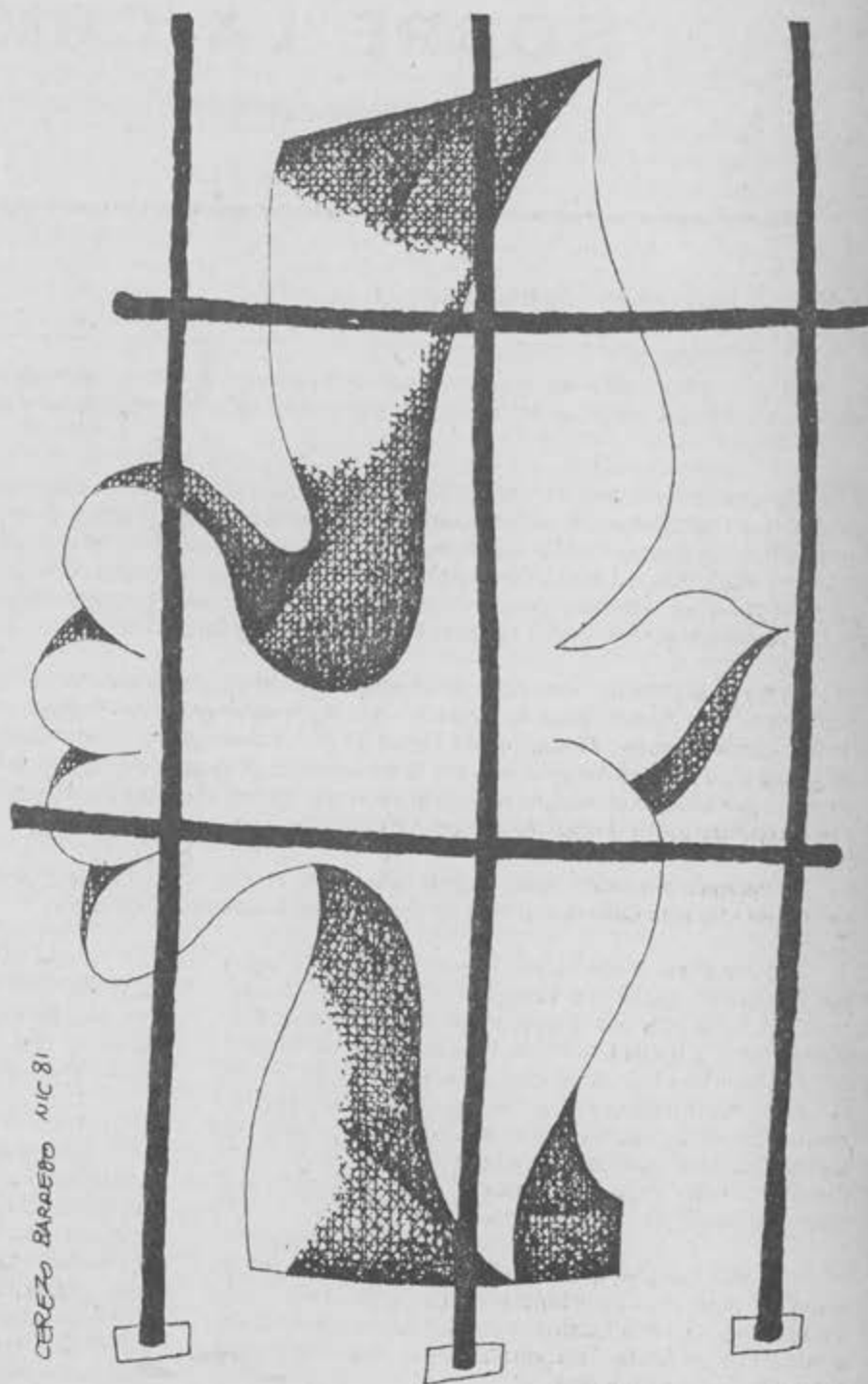
Por la mañana del día 7 terminó la marcha, pero el objetivo de la lucha comenzó a invadir las conciencias de miles de campesinos tabasqueños. Decía uno de los dirigentes: "... regresamos a Comalcalco con la frente en alto porque sabemos que Tabasco nos apoya en esta lucha y porque una vez más el pueblo pudo ver que el gobierno no está de su lado; esta marcha ha quedado en la conciencia y en el espíritu de lucha de todos los campesinos. Necesitamos organizarnos y unirnos más para vencer al opresor. Preparémonos para la marcha nacional rumbo a México el próximo 10 de abril".

Pocos días después, el gobernador llevó a Comalcalco y a la zona de "La Isla" al presidente del PRI, Lugo Verduzco, e hizo un gran mitin para intentar ganarse al pueblo...

Con esta marcha han saltado a la vista tres cuestiones: 1) el pueblo tabasqueño comienza a tomar conciencia de la realidad social, y rompe con la tradición y hegemonía priísta; 2) cuando al Estado le deja de funcionar el brazo paternalista —como en Tabasco hasta ahora había funcionado extraordinariamente— no duda un instante en emplear el brazo represivo para dominar al pueblo; 3) entre la toma de concien-

cia del pueblo, la cual se incrementa con la represión, y la represión por parte del Estado, la cual se intensifica con la toma de conciencia, aparecen los intereses reales de cada lado y las respectivas estrategias: aquí la estrategia capitalista, basada en la explotación de recursos materiales y humanos en bien del capital y en detrimento de los trabajadores; para llevarla a cabo se puede ser paternalista o represor, según convenga. Allá, la esperanza de los

campesinos y su lucha: la participación popular. Todo esto sucede en una marcha que rompe la tradición quietista del pueblo de Tabasco, así como el populismo del Estado: vienen los tiempos represivos. De esta forma Tabasco se incorpora a la dinámica nacional: conciencia/represión. Ha sido ésta una marcha muy significativa para el pueblo tabasqueño, porque es una marcha que anuncia el despertar.



CERIZO BARREDO 1981

REFLEXIONES ETICAS SOBRE LA CRISIS

CONFERENCIA EPISCOPAL CANADIENSE

Fuente: CENCOS Iglesias Enero - Febrero 84

Los obispos canadienses intentan despertar la conciencia crítica del cristianismo frente a la crisis económica mundial que sigue azotando a los más débiles de la sociedad, con una serie de reflexiones éticas hechas públicas.

El sistema capitalista del mundo occidental propicia la crisis, como lo señalan los jerarcas, al dar prioridad al capital en vez de preocuparse por el bienestar común. Los bancos y empresas transnacionales predominan en nuestro mundo donde los ricos se hacen cada vez más ricos y los pobres se encuentran cada vez más pobres. Este sistema contradice los principios evangélicos propiciando lo que los obispos califican como un "desorden moral" en la sociedad, y acusan a los responsables de promover la teoría de la "sobrevivencia del más apto", es decir: la ley de la jungla (Darwiniana).

Ante esta situación inmoral e inhumana, los obispos canadienses abogan por un Nuevo Modelo Económico —un Nuevo Orden Económico— que daría prioridad al ser humano y su derecho a tener un trabajo digno y estable. El documento insiste en que el desempleo y no la inflación es la causa principal de la crisis; y critican a los gobiernos por favorecer al sector privado perjudicando los intereses de las mayorías, y por introducir medidas represivas para restringir las libertades civiles; todo aquello para cumplir con la voluntad de los dueños del mundo capitalista.

Ofrecemos a nuestros lectores estas reflexiones, por la trascendencia y la actualidad de este documento, no sólo para Canadá sino para los demás países del mundo capitalista.

Al comenzar el año nuevo, queremos compartir algunas reflexiones éticas que hemos hecho sobre cuestiones críticas relacionadas con la crisis económica canadiense. Recientemente, la Iglesia Católica se ha preocupado por el azote del desempleo que atormenta a nuestra sociedad, y por las luchas correspondientes de los trabajadores del país. Un cierto número de declaraciones pastorales y de proyectos sociales han sido iniciados por grupos eclesiales en comunidades nacionales, regionales y locales, como respuesta a los diversos aspectos de la crisis económica.

En esta ocasión, queremos hacer algunos comentarios sobre los problemas económicos y sociales actuales, y en seguida, algunas observaciones sobre las cuestiones sociales y éticas más profundas, relacionadas con el desarrollo de futuras estrategias económicas.

Como pastores, nuestras preocupaciones por la crisis económica no se basan en ninguna opción política específica. Más bien, están inspiradas por el mensaje evangélico de Jesucristo. En particular, citamos dos principios evangélicos fundamentales que sustentan nuestras preocupaciones.

El primer principio tiene que ver con la opción preferencial por los pobres, los afligidos y los oprimidos. Siguiendo la tradición de los profetas, Jesús dedicó su ministerio llevando "buenas nuevas a los pobres" y "libertad a los oprimidos". Como cristianos, estamos invitados a seguir a Jesús, identificándonos con las víctimas de la injusticia, analizando las actitudes y estructuras dominantes que causen el sufrimiento humano y apoyando activamente a los pobres y oprimidos en su lucha por transformar la sociedad.

Pues, como Jesús declaró: "En verdad les digo que cuando lo hicieron con alguno de estos más pequeños que son mis hermanos, lo hicieron conmigo" (Mateo 25,40).

El segundo principio se refiere al valor y la dignidad especiales del trabajo en el plan divino de la Creación. Es a través de la actividad laboral que la gente puede ejercitar su espíritu creativo, realizar su dignidad humana y participar en la obra de la creación. Al actuar entre sí en una tarea común, los compañeros trabajadores, hombres y mujeres, tienen la oportunidad de desarrollar más ampliamente sus personalidades y su sentido de valor propio. Así la gente participa en el desarrollo de su sociedad y da sentido a su existencia como seres humanos. Realmente, la importancia del trabajo humano se pone de relieve en la vida misma de Jesús quien era un trabajador "un artesano como José de Nazaret". Desde la perspectiva de aquellos principios evangélicos básicos, queremos compartir nuestras reflexiones sobre la crisis económica actual.

Junto con la mayoría del pueblo canadiense, nos damos cuenta que nuestra economía vive una etapa problemática muy seria. En nuestro ambiente regional hemos visto el cierre de plantas industriales, el despido masivo de los trabajadores, programas de restricción salarial y la suspensión de los derechos de negociación colectiva para la problemática socioeconómica de los que dependían de una industria ya abandonada, los beneficios reducidos de seguro para los desempleados, la reducción de los servicios médicos y de bienestar social, así como las filas en los comedores de beneficencia pública. También hemos experimentado en carne propia los resultados de una economía en crisis: tragedias personales, tensión emocional, la pérdida de la dignidad humana, la ruptura familiar o, incluso, el suicidio. Reconocemos el desafío que la economía del país tiene que enfrentar y cómo la gente debe de unirse para trabajar como una "Comunidad verdadera", con visión y coraje. Al desarrollar estrategias para la recuperación económica, creemos firmemente que es necesario dar prioridad a las víctimas de la recesión actual, es decir: los desempleados, los pobres que dependen del sistema de bienestar social, los subempleados, los jubilados, los indígenas, obreros inhábiles y los pequeños negocios, así como los pescadores, pequeños granjeros e incluso, los jóvenes y las mujeres, sin empleo. Esta opción exige una política económica que tome en cuenta que las necesidades de los pobres tienen prioridad sobre los deseos lujosos de los ricos; que los derechos de los trabajadores están encima del afán de aumentar ganancias, y que la participación de los marginados en la economía tiene preferencia sobre la preservación de un sistema que los excluya.

Respondiendo, entonces, a la problemática económica actual, sugerimos que se dé prioridad a las siguientes estrategias a corto plazo tanto de parte del gobierno como de parte de la empresa privada:

Primero: Se debe reconocer al desempleo más que la inflación como el problema fundamental que abordar para superar la crisis actual. El hecho de que haya 1,5 millones de personas desempleadas constituye una crisis muy seria, tanto moral como económica en nuestro país. Aunque debe hacerse continuamente un esfuerzo por controlar el gasto superfluo, es un imperativo que se ponga énfasis en la exigencia primordial de combatir el desempleo.

Segundo: Es necesario desarrollar una estrategia industrial para crear empleo permanente que tiene relevancia socioeconómica para la gente de las comunidades locales. Para que sea efectiva, dicha estrategia debe ser programada tanto a nivel nacional como a nivel regional. Debe de poner énfasis en el aumento de la producción, la creación de nuevas industrias de trabajo intensivo para satisfacer las necesidades básicas y la forma de medidas para garantizar la seguridad de los trabajadores en el empleo.

Tercero: Debe desarrollarse un programa más balanceado y equitativo para reducir y controlar la tasa de inflación. Esto requiere que los sectores de ingresos más altos acepten su responsabilidad al respecto. Además, se necesita un control de precios igual que un sistema de impuestos más equitativo sobre los ingresos de los inversionistas (intereses, dividendos).

Cuarto: El imperativo de la responsabilidad social respecto a la recesión actual exige el mayor énfasis posible. Esto implica que se hagan todos los esfuerzos necesarios para disminuir las reducciones en los servicios sociales, que se mantengan servicios adecuados de atención médica y de seguro social y, sobre todo, que se garantice asistencia especial para los desempleados, los recipientes del programa de bienestar social, los subempleados y las poblaciones que sufren a causa del cierre de las plantas industriales.

Quinto: Hay que exigir que los sindicatos desempeñen un papel más responsable y decisivo en el desarrollo de estrategias para promover la recuperación económica, y en la búsqueda de más fuentes de trabajo. Esto requiere la restauración de los derechos de negociación colectiva donde hayan sido suspendidos, la colaboración entre los sindicatos y los desempleados, incluso los trabajadores no organizados, igual que garantías para que los sindicatos tengan un papel efectivo en el desarrollo de la política económica del país.

Más aún, se debe alentar a todas las personas de buena voluntad en las comunidades locales y regionales a que coordinen sus esfuerzos para desarrollar e implementar dichas estrategias. Como un paso adelante, hacemos nuevamente un llamado a las comunidades cristianas locales a que se comprometan activamente en el plan de acción de seis puntos, delineado en el mensaje de los obispos canadienses sobre "El Desempleo-El Costo Humano".

Reconocemos que estas propuestas contradicen algunas políticas económicas formuladas tanto por los gobiernos industriales. También estamos conscientes de las perspectivas limitadas y de las demandas excesivas de algunos sindicatos. Sin lugar a dudas, las cuestiones son complejas; no hay soluciones mágicas ni sencillas. Sin embargo, desde el punto de vista de las enseñanzas de la doctrina social de la Iglesia, creemos que la situación económica actual propicia un "desorden moral" en nuestra sociedad. Como pastores, tenemos la responsabilidad de examinar cuestiones éticas y sociales relacionadas con el orden económico. Al hacer esto, esperamos que haya discusión y debate considerables dentro de la comunidad cristiana sobre estas cuestiones. Esperamos, también, que las siguientes reflexiones ayuden para explicar nuestras preocupaciones y que contribuyan al debate público actual sobre la economía.

LA CRISIS ECONOMICA

La recesión actual parece ser sintomática de una crisis estructural del sistema internacional del capitalismo. Los analistas hacen notar que están ocurriendo cambios profundos en la estructura, tanto del capital como de la tecnología, los cuales tendrán, inevitablemente un impacto serio sobre la fuerza labor. Estamos en una era, por ejemplo, en que las compañías y los bancos transnacionales pueden mover el capital de un país a otro con el fin de aprovecharse de la mano de obra más barata, de impuestos reducidos, y de restricciones ambientales menos estrictas. También, estamos en una era de automatización y de computadoras, en la cual el trabajo humano está siendo rápidamente sustituido por las máquinas en las líneas de montaje y en los centros administrativos. En efecto, el capital se ha vuelto transnacional y la tecnología se ha vuelto cada vez más capital intensivo. Es probable que las consecuencias sean el desempleo permanente o estructural y la creciente marginación de un gran segmento de la población en Canadá y en otros países. En este contexto, la creciente concentración del capital y la tecnología en la producción de armamentos, intensifica más aún esta crisis económica, en vez de encauzar la recuperación.

De hecho, estos cambios estructurales explican ampliamente la naturaleza de la recesión económica actual en nuestro país y en el mundo entero.

Aunque no parece haber escasez de capital *per se*, los bancos y las corporaciones grandes continúan esperando un clima de inversiones más lucrativo. También, muchas compañías están experimentando una escasez temporal de fondos necesarios para invertir en la nueva tecnología, debido, en gran parte, a la sobreextensión de la producción y a otros factores relativos a esta situación. Con el fin de restaurar márgenes de ganancias necesarias para la nueva inversión, están reduciendo la producción, despidiendo a los trabajadores y reduciendo inventarios. El resultado ha sido un retraso económico y un desempleo desmesurado. Para estimular el crecimiento económico, se hace un llamado a los gobiernos a fin de que proporcionen un clima más favorable para la inversión privada. Puesto que el capital tiende a fluir hacia donde las ganancias son mayores, se busca la mano de obra barata e impuestos reducidos para que los países receptores de la inversión sigan siendo competitivos. Como resultado, los gobiernos de aquellos países están introduciendo medidas de austeridad tales como programas de restricciones salariales y reducciones en el gasto social en general con el fin de atraer más inversión privada. Y para cumplir con tales políticas económicas, algunos países han introducido medidas represivas para restringir las libertades civiles y para controlar la intranquilidad social.

LA CRISIS MORAL

Los cambios estructurales actuales en la economía global revelan, a la vez, una crisis moral que se profundiza. A través de estos cambios estructurales, el "capital" es reafirmado como el factor dominante en la vida económica. Esta orientación contradice directamente el principio ético según el cual el trabajo y no el capital, debe ser el factor prioritario en el desarrollo de una economía basada en la

justicia. En otras palabras, existe un principio ético según el cual el trabajo humano, el sujeto de la producción, tiene precedencia sobre el capital y sobre la tecnología. Este es el principio de la "prioridad del trabajo". El darle mayor importancia a la acumulación de ganancias y a las máquinas que al bienestar de la gente trabajadora en la política económica, viola el valor, el significado y la dignidad del trabajo humano. Al crear condiciones de desempleo permanente, se ve amenazado un segmento cada vez más grande de la población con la pérdida de la dignidad humana. En efecto, existe una tendencia de tratar a la gente como una fuerza impersonal, la cual tiene poco o ningún significado más allá de su utilidad económica en el sistema. Mientras no se utilice la tecnología y el capital para servir y satisfacer las necesidades humanas básicas de toda la sociedad, es probable que éstos se conviertan en un enemigo del desarrollo humano.

"SOBREVIVENCIA DEL MAS APTO"

La teoría darwiniana relativa a la "sobrevivencia del más apto" que se usa con frecuencia como la ley suprema de la economía (capitalista), propicia la dominación de los débiles de parte de los fuertes, tanto en nuestro país como en el extranjero. Esta teoría ha sido utilizada para "justificar" la creciente concentración de la riqueza en unas cuantas manos; los fuertes, sobreviven y los débiles son eliminados. En este contexto de "ruda competencia" en los mercados internacionales, la mayoría, los pobres, se encuentran cada vez más vulnerables. Por ejemplo, se pretende que las naciones pobres del Sur, con tres cuartas partes de la población mundial sobrevivan con menos de una quinta parte del ingreso mundial. En Canadá, el 20 por ciento de la población de ingresos más altos reciben el 42.5 del ingreso total, mientras el 20 por ciento más bajo recibe el 4.1 por ciento.

Es probable que estos patrones de dominación y desigualdad se intensifiquen aún más a medida que la doctrina de la "sobrevivencia del más apto" se aplique más rigurosamente al orden económico. Aunque dicha doctrina explique en parte las reglas que gobiernan la jungla de los animales, son moralmente inaceptables como una "regla de vida" para la comunidad humana.

ESTRATEGIAS ACTUALES

Es muy probable que los problemas morales y estructurales ya señalados estén presentes en las estrategias canadienses de recuperación económica. Como las recientes declaraciones sobre la política económica lo revelan, el objetivo principal es la restauración de la rentabilidad y la competitividad, propiciando así condiciones más favorables para la inversión privada en el país. El sector privado es la "máquina" para la recuperación económica; y para estos efectos, se presenta a la inflación como el problema número uno. Como causante de la inflación, se presentan: salarios excesivos de los trabajadores, el gasto gubernamental y la baja productividad, en vez de señalar el control monopólico de las ganancias. Entonces, los medios que se proponen para

reducir la inflación son: un programa federal de restricción salarial; reducción del gasto público social (bienestar social, atención médica, etc), en vez de exigir el control de precios y de las ganancias excesivas comerciales. Las medidas también incluyen una serie de reducciones de impuestos para las empresas, igual que incentivos atractivos para la inversión en varios sectores industriales como el del petróleo. En fin, la sobrevivencia del capital tiene precedencia sobre el trabajo en las estrategias actuales para la recuperación económica.

En cambio, el gobierno pide que los trabajadores los desempleados, los jóvenes y los que tengan ingresos fijos (bajos) hagan un sacrificio económico para la recuperación. Pues aquella gente es la que sufre más por los despidos, las restricciones salariales y las reducciones en los servicios sociales. Además, las recientes modificaciones fiscales aumentan los impuestos de los trabajadores, y reducen los de los ricos. Estas condiciones se ven agravadas por el desempleo en gran escala, generando un clima de temor y de aceptación pasiva de la crisis. Más aún, los programas de control salarial son injustos, pues imponen el mismo control a los salarios más bajos que a los más elevados. Si estos programas son implementados con éxito, pueden tener el efecto de incrementar las ganancias de las compañías industriales. No hay perspectivas claras para asegurar que los trabajadores se beneficien jamás a base de estos y otros sacrificios que se les pide que hagan. En efecto, si las compañías se recuperan y aumentan sus márgenes de ganancia, es probable que los ingresos adicionales serán reinvertidos en tecnología moderna que elimina la mano de obra, o serán exportados al extranjero o gastados en especulación comercial o en bienes de lujo.

ENFOQUES ALTERNATIVOS

Un enfoque alternativo exige un reordenamiento de los valores y de las prioridades de nuestra realidad económica. Se requiere, en primer lugar, un cambio radical de valores; es decir, servir y responder a las necesidades humanas de la gente, debe de tener precedencia sobre el afán de ganancias excesivas, y el crecimiento económico debe dar prioridad a la dignidad del trabajo humano y no a las máquinas. Desde esta perspectiva, las políticas económicas que señalan a la inflación como el problema principal y aceptan el desempleo como un problema inevitable, violan estos valores y prioridades éticas fundamentales. No hay nada "normal" o "natural" en las elevadas tasas de desempleo. De hecho, el desempleo masivo que priva a las personas de la dignidad del trabajo humano y de un ingreso familiar adecuado, constituye un mal social. Contribuye también a la crisis económica ya que las tasas elevadas de desempleo son acompañadas por más baja productividad, menor consumo de productos, ingresos públicos reducidos y gastos crecientes en el programa de beneficencia social. Por ende, se requieren estrategias alternativas calculadas a dar prioridad a la lucha contra el desempleo estimulando la producción y la creación de empleos permanentes en las industrias básicas; el desarrollo de un programa más balanceado y más justo para reducir la inflación y el mantenimiento de los programas de salud pública, seguro social y asistencia económica.

Un enfoque alternativo sería que se desarrollen nuevas estrategias industriales. Recientemente, la gente ha comenzado a cuestionar la utilidad de estrategias económicas basadas en la teoría de "mega-proyectos", en los cuales se invierten grandes cantidades de capital para la explotación de los recursos con alta tecnología (por ejemplo, plantas nucleares, óleo y gasoductos, proyectos hidroeléctricos). Tales proyectos pueden aumentar ganancias, pero por lo regular, terminan produciendo pocos empleos permanentes mientras contribuyen a la deuda nacional. En nuestra opinión, es más importante garantizar la autosuficiencia de las industrias domésticas, fortalecer la industria manufacturera y la constructora, crear nuevas industrias que producirán empleos en las comunidades locales, redistribuir el capital para el desarrollo industrial en las regiones sub-desarrolladas y proporcionar programas relevantes de adiestramiento para los trabajadores. Es imperativo que tales estrategias se desarrollen sobre una base regional y que los sindicatos, igual que las organizaciones comunitarias, se comprometan efectivamente en su programación e implementación.

NUEVAS PERSPECTIVAS

Al intentar implementar las alternativas señaladas, habría que examinar la perspectiva industrial igual que el modelo económico actuales que gobiernan nuestra sociedad. Tanto los gobiernos como las empresas se están preparando ahora para avanzar hacia la era de las computadoras de alta tecnología de los años noventa. Con el fin de hacernos más competitivos en los mercados mundiales, la estrategia para los años ochenta es equipar las industrias con nuevas tecnologías, crear nuevas formas de industrias de alta tecnología (petroquímicas, microelectrónicas, nucleares), y discontinuar muchas industrias de trabajo intensivo (textiles, por ejemplo). Esta perspectiva va a realizarse por medio de un modelo de desarrollo de capital intensivo (menos mano de obra); de energía intensiva (no renovable), controlado desde el exterior (intereses multinacionales) y orientado a la exportación (mercados internacionales).

Las perspectivas que proponemos ante este modelo, no implican un alto al progreso tecnológico, más bien indican un reordenamiento fundamental de los valores y prioridades básicas del desarrollo económico. Nuestra perspectiva podría darle prioridad a las necesidades básicas del pueblo, al valor del trabajo humano, y a una distribución equitativa de la riqueza y el poder económico. Abogamos por un modelo alternativo: productos útiles, industrias de trabajo intensivo (mano de obra), tecnología apropiada, confianza en nosotros mismos, control comunitario, manejo de parte de los trabajadores; y el uso de fuentes de energía renovables. Tenemos los recursos, el capital, la tecnología, y, sobre todo, las aspiraciones de los trabajadores para construir un futuro económico alternativo.

Al principio mencionamos la formación de una "comunidad verdadera" para enfrentar la crisis económica; el pueblo debe tener la oportunidad de elegir su futuro económico en vez de que éste se le imponga. Abogamos por un "Debate Público" al respecto. En nuestra sociedad hay personas que tienen una contribución creativa y dinámica que aportar.



RESPUESTA CRISTIANA

Como pastores, haremos todo lo posible para estimular el debate público sobre estrategias alternativas. Urgimos a las parroquias y comunidades cristianas a que organicen foros de debate sobre este tema, así como: a) La problemática específica de los trabajadores, los pobres y los desempleados locales. b) Análisis de las estructuras económicas locales y regionales. c) Aplicar los principios éticos de la doctrina social de la Iglesia. d) Perspectivas alternativas; e) Estrategias que reflejan principios éticos básicos.

Apoyamos a los grupos cristianos que han puesto en marcha esta estrategia. Rogamos porque más personas se unan a esta búsqueda de alternativas, pues la crisis económica, como hemos señalado, representa un desorden moral en la sociedad. Los gritos de los pobres y los marginados son la voz de Cristo, el Señor de la Historia, presente con nosotros. Como cristianos estamos llamados a comprometernos en la lucha por la justicia económica y a participar en la construcción de una nueva sociedad, basada en los principios evangélicos. Al hacer esto, cumplimos con nuestra vocación como Peregrinos en la tierra, participando en la Creación y preparando la venida del Reino de Dios.

 **CUADERNO**
CHRISTUS

**SUFRIMIENTO HUMANO
EN
AMERICA LATINA**

INTRODUCCION AL CUADERNO

HERMINIO GIL

INTRODUCCION

Se ha celebrado en Itaicí, Sao Paulo (Brasil), en la última semana de octubre, un Congreso Internacional Ecuménico Latinoamericano. Ha sido organizado por la Asociación Internacional STAUROS —Palabra griega que significa CRUZ— y que tiene como objetivo el promover el estudio del Evangelio de la Pasión de Cristo; se propone tomar iniciativas y apoyar proyectos, especialmente a nivel científico, que investiguen el significado de la doctrina y del mensaje de la Pasión de Cristo en todas sus dimensiones y expresiones.

El Congreso ha sido patrocinado por el cardenal de Sao Paulo, por la Conferencia nacional de obispos de Brasil, por la Conferencia de Religiosos del mismo país y por la familia pasionista.

El tema del Congreso ha sido "El sufrimiento humano y el compromiso cristiano en América Latina"; es el primer Congreso de este tipo en América Latina.

PARTICIPANTES

En el Congreso han participado trescientos cristianos, en representación de dieciocho países de América Latina; también han estado algunos hermanos cristianos separados.

En representación de México y Centroamérica había quince personas entre sacerdotes, religiosas y laicos que han contado el sufrimiento profundo que hay en esta región atormentada.

Unos momentos importantes del encuentro ha sido el trabajo de diecisiete grupos o mesas redondas con la participación pluralista de personas y países, donde se compartieron experiencias del sufrimiento de nuestros pueblos latinoamericanos, en particular de América Central.

Las conclusiones de los grupos iban a un plenario donde los congresistas complementaban el trabajo general. Algunas de las Conclusiones más interesantes fueron las siguientes:

Jesús crucificado es el criterio supremo para discernir la realidad del mundo y la vida de la Iglesia: escándalo, contradicción y muerte. Compromiso de los cristianos ante el sufrimiento: Rescatar la Cruz como símbolo de liberación, impidiendo su manipulación. Partir del pueblo como fuente de inspiración y protagonista de la historia de sufrimiento. Solidaridad con los que sufren privación de tierras, de trabajo y pan en una sociedad capitalista organizada por la acumulación de riqueza en pocas manos. Luchar contra el sufrimiento asumiendo la causa de los pobres, manteniendo una conciencia crítica y realizando una acción eficaz. Análisis de hechos y de las causas estructurales, necesidad de mediaciones socio-políticas y religiosas, denuncia de la ideología del lucro, metodología pastoral para eliminar el sufrimiento injusto que unos hombres imponen a otros hombres.

También, dicen en las conclusiones, favorecer las iniciativas en favor del pueblo y de los derechos humanos; luchar por la vida integral contra los sistemas de muerte y aniquilación que se encuentran en muchos países de AL. La espiritualidad del compromiso recupera así la Memoria del Crucificado, evitando que la Cruz sea desvirtuada.

El Congreso dirigió una carta de solidaridad a los pueblos de Centroamérica, en la que se condenaba la intervención del imperialismo norteamericano que causa tanto dolor injusto con su política agresiva.

Asimismo se envió una carta al Presidente de Estados Unidos, con copia al Senado y a la Cámara de Diputados de aquel país, para que cese la intervención armada, causa de muerte de inocentes, y para que permitan a cada pueblo ser responsable de su propia historia y realizar la autodeterminación de los pueblos, conforme a los tratados internacionales de no-intervención.

LA SITUACION DE DOLOR EN AL

La primera parte del Congreso estuvo dedicada al análisis del sufrimiento en el continente. Abrió la sesión el premio Nóbel de la Paz, el cristiano argentino comprometido, Adolfo Pérez Esquivel que habló sobre "El desafío del sufrimiento humano en AL".

Dijo que el sufrimiento humano generalizado tiene en AL rostros muy concretos, con nombres y apellidos; ese dolor es un desafío para nuestros pueblos y para nuestras iglesias. Porque en los hermanos que sufren descubrimos a Jesús, el Siervo de Dios, que sigue sufriendo hoy y aquí, hasta límites inhumanos y degradantes. Dios no mata, los hombres sí. Nuestro compromiso ante este dolor es mantener la Esperanza de nuestros pueblos por la construcción del Reino de Dios; porque abrazar la "locura de la cruz" es signo de un futuro de justicia, de paz, de verdad. Y porque creemos en el Dios de Jesús que está de parte de los humildes y explotados, queremos estrechar los lazos de unidad entre nuestros pueblos.

Un jurista del equipo de justicia y paz del cardenal Arns, de Sao Paulo Dalas Dallari, presentó el tema "Situaciones de sufrimiento en el pueblo latinoamericano". Vivimos en un continente —dijo— dominado y explotado por el primer mundo desarrollado. Tanto la dominación exterior por medio de los intereses económicos e internacionales, como la dominación interior de las oligarquías locales en relación con los centros mundiales del poder, producen en nuestros pueblos víctimas y sufrimientos por el alto costo social que tenemos que pagar. Esto provoca, además, la violencia en sus múltiples formas y expresiones. Necesitamos luchar por la dignidad humana. Para ello, tratar de eliminar las formas de dominación existentes; denunciar constantemente las violaciones a los derechos humanos, y organizar al pueblo para que se creen condiciones hacia una nueva sociedad, más acorde con el plan de Dios sobre el hombre y sobre el mundo.

El conocido historiador argentino, Enrique Dussel, hizo una "Lectura cristiana de la Historia LA, en la perspectiva de los que sufren". Los relatos de la Historia en nuestro continente, son relatos de un pueblo que ha sufrido desde las primeras épocas hasta la presente, bajo sucesivos y distintos dominadores; relatos de dolor histórico y físico de personas y de grupos étnicos y humanos. Pero frente a ellos hay también relatos de lucha y de victoria por parte de los pueblos. Por eso, aprendemos a re-leer la Historia de nuestros pueblos, desde los marginados y oprimidos; es decir, desde el reverso de la "Historia". Pues los latinoamericanos objetivizan su dolor, su lucha y su vida en los Crucificados representados por los artistas indígenas. El sufrimiento es cristológico porque Cristo se refleja en los crucificados, y porque los crucificados se identifican con Cristo.

Para terminar esta parte, el equipo pastoral de José Marins, promotor de las comunidades eclesiales de base en toda AL hizo una Celebración de "El martirio como consecuencia de la lucha contra el dolor". Los relatos de los "mártires" de AL son el capítulo más cuestionador de nuestros pueblos creyentes y perseguidos. Los signos, las palabras, los recuerdos de estos hermanos son para nosotros el testimonio del Amor, mayor que la persecución y la muerte; al mismo tiempo que un Juicio sobre la Historia. La Cruz y muerte de nuestros hermanos es señal de que el Reino de Dios acontece hoy con fuerza entre

los hombres. Hacer "memoria" de nuestros mártires y celebrarlos es una exigencia por la realidad humana que ellos vivieron y por el testimonio que nos dejaron; pero sobre todo, es una exigencia del Amor y la Justicia, desde la Fe en Jesús muerto y resucitado. Como hacemos Memoria de Cristo en la Eucaristía hasta que el Señor vuelva.

REFLEXION CRISTIANA ANTE EL DOLOR

La segunda parte del Congreso estuvo dedicada a iluminar el dolor con la reflexión bíblica y teológica.

Un biblista Evangelista Martins Terra, trató el tema "Voces y mensajes de la Biblia sobre el sufrimiento". La Biblia da un sentido al sufrimiento de los hombres; ya que nos une a Cristo sufriendo. El mensaje del Nuevo Testamento destaca que se sufre por ser testigo. La revelación de Dios también afirma que el dolor debe ser superado; hay que luchar contra el sufrimiento que encontramos en nuestra vida y en los otros; porque el dolor es ocasión para el con-sufrimiento solidario en el Cristo que ahora sufre en sus miembros. Así, la palabra de Dios se convierte para los cristianos y las comunidades en luz que ilumina todos los senderos de AL en los hechos y los acontecimientos de la vida. La reflexión y la oración bíblicas son para nuestras comunidades, la semilla que fecunda la evangelización y la sal que transforma la realidad.

La pastoralista Adela Helguera expuso el tema "La actitud de la religiosidad popular ante el dolor". Nuestros pueblos expresan su identidad y su experiencia del Dios trascendente pero cercano a través de símbolos, ritos, fiestas y costumbres de la religiosidad popular. Con ella los pueblos aprenden a dar sentido a su dolor para asumirlo y transformarlo en resurrección. Es un desafío para toda la Iglesia descubrir y actualizar, en la religiosidad popular, el sentido de la vida, la dimensión religiosa del hombre, la necesidad del pueblo, etc. Nuestra actitud ante la religiosidad popular debe ser de respeto y aprendizaje para poder descubrir nosotros y ayudar al pueblo a hacer una re-lectura de la historia del dolor desde la Fe de los pobres; y así empeñarnos en transformar la misma Historia. Es preciso que nosotros colaboremos para que la participación popular en la sociedad y en la Iglesia sea auténtica, fiel a su identidad al mismo tiempo que creativa y creadora.

El teólogo franciscano Leonardo Boff disertó sobre "Cómo predicar hoy la Cruz en una sociedad de crucificados". En su magnífica exposición, afirmó: Sí, la cruz y la muerte deben ser enfrentadas como manifestación de la existencia humana y sufridas como estigma del pecado incrustado en cada hombre y en la colectividad. Deben ser denunciadas valientemente como crimen en Jesús y en los hombres. La Cruz es consecuencia del esfuerzo por quitar la cruz de los hombros de los crucificados con los que Cristo se identifica; y es sacrificio liberador al asumirla en el amor y la libertad. La Cruz es solidaridad de Cristo con nosotros y de nuestra humanidad con El, para destruir el anti-Reino de la muerte; y la Cruz de Jesús no puede ser entendida sin la victoria de la Resurrección.

Necesitamos predicar la Cruz de Jesús como aceptación de la propia existencia limitada pero también abierta al futuro. La Cruz nos recuerda nuestra condición pecadora; el anuncio de la Cruz incluye también la denuncia de lo que se opone al proyecto de Dios. Necesitamos estar dispuestos a aceptar con realismo consciente el precio que tienen que pagar los que tratan de implantar el Reino de Dios como lo hizo Jesús. Porque la Cruz tiene sentido más allá de la injusticia, nuestra opción de vida es el seguimiento de Jesús hasta las últimas consecuencias. Predicar la Cruz es posibilitar la fraternidad con acciones concretas creando condiciones de vida para todos. La Cruz y la muerte deben incluir siempre el mensaje de la Resurrección, Esperanza que abre a los crucificados de la tierra la puerta hacia un hombre y una sociedad nuevos.

Un teólogo metodista, José Míguez Bonino, del Consejo Mundial de las Iglesias, presentó una excelente reflexión sobre "El compromiso cristiano frente al sufrimiento". La actitud del hombre cristiano ante el dolor no puede ser de resignación y de inevitable fatalismo; mucho menos de justificar el dolor por parte de los sufrientes o de los que son sus inmediatos responsables dentro de la sociedad; incluso el cristiano no debe hablar tanto sobre el sufrimiento sino de los hombres y mujeres que sufren. La Revelación bíblica nos presenta una "teología de la queja", del grito, de la rebeldía contra el dolor, especialmente en Job y en los Salmos. El sufrimiento tiene una causa fundamental en AL; el Sistema de la estructura social establecida —sistema de muerte— que es la antítesis del Evangelio. Por eso, el compromiso humano y cristiano tiene que ser lucha contra el sistema de muerte que causa tantos sufrimientos injustos; lucha activa e histórica contra el dolor y contra las causas y mecanismos que lo generan, ya que el sufrimiento nace del testimonio y del servicio a Dios y a los hermanos. Estamos convencidos de que el dolor es ineludible para los que toman su lugar en el discipulado del Crucificado. No obstante, siempre es necesario que vencamos el sufrimiento con la Gracia del Resucitado.

ACCIONES DE LOS CRISTIANOS

Un obispo del sufrido nordeste brasileño, Pedro Casaldáliga, presentó su "Opción de vida entre los pobres" como una forma de solución práctica del dolor. Los pobres en su sentido personal y colectivo de empobrecidos y de prohibidos en la sociedad religiosa y política, son presentados como opción preferencial de vida; es decir, son para la Iglesia el lugar preferido de su mensaje y pastoral, siguiendo el ejemplo de Jesús que fué pobre con radicalidad. La pobreza de Jesús va unida a su misión de Profeta que cuestiona a las organizaciones de la sociedad y de la iglesia, para llamar con urgencia a la conversión del hombre hacia el hombre, y hacia Dios. Para que la Iglesia sea fiel a su origen, tiene que renovarse constantemente. Los laicos, religiosas, sacerdotes y obispos, —la Iglesia— tiene que ser:

Una: en la fidelidad al Dios de Jesucristo y al mundo; la espiritualidad de la liberación descubre aquí elementos fundamentales que nos obligan a caminar hacia el ecumenismo desde la praxis de compartir la Palabra de Dios.

Pobre: porque a partir del Crucificado—Resucitado tiene que encarnarse en la vida de los pobres y hacer que su causa sea su causa.

Profética: tanto para los oprimidos como para los opresores; esta Profecía es esencial para la renovación eclesial y sacramental, pues en definitiva, tratamos de ser Iglesia de Jesús que lleva hoy la Cruz.

Ante el dolor no podemos cruzarnos de brazos. Así un representante de la Vicaría de la Solidaridad en Chile, Sergio Sánchez Figueroa, trató el tema "Solidaridad como respuesta al sufrimiento". Jesús de Nazaret fué compasivo y se solidarizó con nosotros en la vida y en la muerte, para enseñarnos a descubrir el dolor del hermano. El sintió la experiencia directa del dolor en su carne y fué el buen samaritano para su pueblo herido. El Dios de la Historia se hizo débil en Jesús, hasta la muerte de cruz. El Señor nos dió ejemplo para mantener la confianza en el Padre; para anunciar los valores del Reino de Dios y denunciar las injusticias cuando sea necesario. La Iglesia —todos nosotros— se hace Solidaria con la Historia de América Latina; con los débiles para rescatarlos a la dignidad humana; con los crucificados y los crucificadores para recuperar la justicia y la paz. Iglesia solidaria con las personas que sufren para llevarles del Misterio de la Cruz a la Resurrección; y Solidaria con todos, sin distinción, para transmitir la reconciliación y la Esperanza.

Tomás Balduino, obispo que se ha distinguido en la defensa de los indígenas de Brasil, habló sobre "Las causas del sufrimiento y la Acción Pastoral". La Palabra de Dios crea una nueva forma de ser Iglesia, por medio de las Comunidades Eclesiales de Base. El pueblo iluminado por el Espíritu Santo y por su Fe en Jesús Liberador, lee política, existencialmente el Evangelio para exigir y realizar los cambios estructurales urgentes y necesarios, como dijo Juan Pablo II en su viaje a Brasil. Es decir, el pueblo lee la Biblia desde su realidad de pueblo pobre, explotado, perseguido pero creyente. La acción pastoral de solidaridad que se acerca al hombre por su dignidad de persona y de hijo de Dios; la pastoral de transformación social y económica, cultural y política, son retos y desafíos para la Iglesia.

Ahora bien, como seguidores del Jesús histórico Crucificado, nuestro apoyo y acompañamiento a las Comunidades Eclesiales de Base y a los movimientos populares de los pobres, con el discernimiento que nos traen los signos de los tiempos, debe ser total para lograr que los pueblos de AL sean agentes de su propia evangelización liberadora. Así entendemos nuestra acción pastoral en los grupos, movimientos y comunidades cristianas. Nuestra acción pastoral tiene que estar en continuidad con la aventura liberadora del pueblo del Exodo.



HARRY GIELEN C. P

EL SUFRIMIENTO HUMANO Y EL COMPROMISO CRISTIANO

OBJETIVO DEL CONGRESO

Nota: Este texto sirvió de palabras introductorias para el Congreso. Es una presentación de los objetivos y de las orientaciones del mismo; y es también una buena introducción para las conferencias aquí reseñadas.

INTRODUCCION

Ustedes conocerán sin duda los frescos monumentales del pintor mexicano José Clemente Orozco, del cual se celebra este año el centenario de su nacimiento. Es autor de una representación sin igual en la iconografía; un "varón de dolores" torturado, que volviendo a un mundo lleno de asesinatos y opresión, destruye a golpes de hacha su propia cruz. Al fondo de la pintura, los símbolos de las diversas culturas están siendo aplastados por montañas de pertrechos de guerra. Es el Salvador, que con un gesto profético, se dirige contra una civilización alimentada por la guerra y la opresión, y que pervierte el símbolo del amor.

Orozco no se propuso ninguna profanación. Pero es testigo de cargo contra los grandes injustos y en favor de los humildes inocentes; éstos que se asoman por todos los rincones de su pintura, y la hacen resplandecer por más negra que sea. Y si Cristo destruye su cruz a golpes de hacha, es para que no haya en este mundo más crucificados ni más cristianos mentirosos.

LA REBELDIA DEL QUE SUFRE

La organización que se llama STAUROS no puede pasar por alto semejante lenguaje plástico del que en nuestros días se valen no sólo los pintores y poetas, sino toda clase de gente, aunque sea de forma menos patética, pero no por eso menos plástica.

En tiempos pasados, muchas veces llevábamos la Palabra de Dios de modo inconsiderado, proclamándola como un mensaje abstracto que no se hallaba en contacto con la realidad del sufrimiento concreto en el que nació. Podríamos hacer una antología histórica con las cartas pastorales

de los obispos tanto europeos como latinoamericanos, que presentaban casi exclusivamente la cruz como un acontecimiento pasivo, algo fuera de la realidad hiriente de un tiempo y espacio concreto. A título de ilustración, quiero citar un solo ejemplo de semejante manera de hablar: es un escrito del año 1806, de un obispo belga y fue sintomático de una cierta manera de hablar vigente:

"Unos están viviendo en pobreza, otros en opulencia; así lo ha querido la Providencia. Esta es una de las pruebas más evidentes de la bondad y sabiduría de Dios; es el vínculo más fuerte que existe en la sociedad. Puede parecer que Dios abandone a los hombres que están abrumados bajo el peso de su miseria. El hace esto para encomendarlos en las manos de los ricos".

¿No les resulta comprensible que, contra semejante lenguaje, haya surgido una resistencia de pueblos y grupos oprimidos, de los que juzgan la historia "desde el reverso"? Ellos nos obligan a escuchar las preguntas que nos hace por ejemplo, el autor africano Cheich Amidou Kane en su libro "La Aventura ambigua":

"Los adoradores de Dios han gobernado el mundo durante mucho tiempo ¿Lo han gobernado según la voluntad de Dios? No lo sé. Me he enterado de que en el mundo de los blancos, la rebeldía contra la miseria coincide con la rebeldía contra Dios. ¡Qué grande tiene que ser la culpa de los que creen en Dios, cuando el nombre de Dios provoca la exasperación de los que están sufriendo hambre!"

Desde la Ilustración, la Iglesia, sobre todo en los países occidentales, ha estado preocupada en pensar su fe en función de la incredulidad y del ateísmo. Ya es hora —y sobre todo la Iglesia de América Latina se da cuenta de esa necesidad y la expresa con más claridad— de que la fe sea

cuestionada en función de la injusticia existente, y pensada en función de las exigencias de justicia que inexorablemente están ligadas con el nombre de Dios. Esto implica para nosotros que tenemos que aprender a deletrear la palabra "cruz" en solidaridad con los pobres y oprimidos: La "geografía" de los pobres es el Gólgota de nuestros días en sus diversas formas por todo el mundo.

LOS RELATOS DE LA PASION DE JESUS

En el documento final del Sínodo de las diócesis alemanas (del año 1975) se halla un pasaje que —a mi parecer— debemos tomar en serio los que hablamos del sufrimiento humano desde la perspectiva cristiana:

"El mensaje de Jesús, de repente y siempre, se dirige contra nosotros mismos, los que llenos de esperanza levantamos los ojos hacia la cruz. No nos permite que por la historia de la pasión de Jesús nos olvidemos de la historia de la pasión anónima del mundo; que después de la pasión, de Jesús nos callemos los muchos tormentos, el sufrimiento mudo y sofocado, la persecución de innumerables hombres martirizados por su fe, su raza o su postura política, de los niños perseguidos desde los días de Herodes, hasta nuestro tiempo. Durante siglos hemos etiquetado este sufrimiento como puramente profano como si nunca hubiésemos escuchado que Aquél hacia el cual levantamos los ojos, sale a nuestro encuentro precisamente desde esta historia de pasión profana, y desde ella cuestiona la seriedad de nuestra esperanza: —Señor ¿cuándo te vimos sufriendo? —En verdad, les digo que cuando no lo hicieron con alguno de estos más pequeños, conmigo no lo hicieron. Sólo cuando seamos todo oídos a la profecía misteriosa de este sufrimiento, y nos inclinemos sobre él para ayudar, sólo entonces escuchamos y profesamos en verdad el mensaje esperanzador de la pasión de Jesús".

Al organizar este congreso, "Staurós" ha querido acceder al suspiro que el autor judío Elie Wiesel, dirigió a la humanidad desde otra situación de sufrimiento inmenso:

"Contemos relatos. Contemos relatos; todo lo demás puede esperar, todo lo demás debe esperar. Contemos relatos: éste es nuestro deber primordial. Los comentarios pueden esperar, pues podrían sustituir o empañar lo que nos revelan los relatos. Relatos de niños, tan sabios y tan viejos. Relatos de ancianos enmudecidos por el miedo. Relatos de víctimas que reciben a la muerte como si fuera un antiguo conocido. Relatos de desesperación, relatos de anhelos. Relatos de noche, de esperanza y de eternidad. Contemos relatos hasta el extremo de no dejar la última palabra a los verdugos. La última palabra la tienen las víctimas".

Están reunidos aquí hombres y mujeres de muchos países de América Latina, que saben contar relatos apasionantes. En un principio, teníamos la esperanza de poder invitar a más representantes de América Central. En ella existe hoy a nivel humano y de Iglesia, una experiencia de sufrimiento que convierte la situación de aquellos hermanos nuestros en un lugar teológico que provoca nuestra reflexión, nuestra oración, y lógicamente nuestro compromiso.

Sin embargo, ustedes representan tal amplitud y riqueza de experiencias, que habrá oportunidad para contar relatos, para intercambios y aliento mutuo. En la lista de los oradores figuran nombres de personas competentes y comprometidas, que tratarán diversos aspectos del tema "Sufrimiento humano y compromiso cristiano". Pero al mismo tiempo, para que este congreso logre su objetivo, contamos con el aporte de todos; así el encuentro servirá de inspiración para los grupos y las comunidades de base

hacia un compromiso liberador y una solidaridad enriquecedora.

Somos un grupo multicolor de cristianos preocupados por nuestros hermanos sufrientes. Queremos verificar los relatos primitivos de la tradición cristiana junto con nuestra praxis cristiana, para encontrar nuevos criterios y nuevos impulsos. Solamente cuando nos dejemos herir por el sufrimiento ajeno, estaremos cerca de Aquél que asumió el sufrimiento por querer suprimir el sufrimiento de los demás.

Cuando se preguntó a un agente de pastoral de una comunidad de base de El Salvador, castigada por la represión, qué hacían como Iglesia, respondió sencillamente:

"Mantener la esperanza de los que sufren. Y para ello, leemos los profetas y la pasión de Jesús. Así esperamos la resurrección".

El énfasis de este cristiano está en el Crucificado, no al servicio de una construcción dialéctica conceptual de los crucificados. Jesús no sugiere que sus discípulos busquen el sufrimiento; más bien explica que si son discípulos de veras, ellos no tienen que buscarlo, sino que el sufrimiento los bucará a ellos.

Las ponencias siguen una metodología bien conocida: Ver-Juzgar-Actuar. Empezamos con un reconocimiento global de la situación en que innumerables hombres y mujeres de muchos países están sufriendo. Escucharemos las voces de nuestros mártires, que son "un regalo de Dios a nuestro mundo para que éste no perezca". Después reflexionaremos sobre las fuentes cristianas y sobre la praxis cristiana, praxis que encuentra su expresión auténtica en la opción por los pobres inspirada en el Evangelio. Y por fin, llegaremos a algunas orientaciones para la acción en el futuro, más en concreto en el nivel del compromiso social y de la acción pastoral.

TEOLOGIA DE LA CRUZ

STAUROS es una Asociación Internacional fundada hace diez años, por los padres pasionistas, y que tiene como finalidad la de promover el estudio del Evangelio de la Pasión, en todas sus derivaciones y expresiones. STAUROS se sitúa en la línea de la tradición pasionista, al mismo tiempo que quiere actualizarla en relación con las condiciones y necesidades del mundo moderno.

El nombre mismo de STAUROS —palabra griega que significa CRUZ— indica una opción: por un lado, esta palabra marca el retorno a las fuentes, al dato fundador de la tradición cristiana; y por otro, este término evoca cierta distancia con relación a los grupos formados en y por la historia. Y por este hecho acentúa la dimensión ecuménica de la Cruz de Jesús.

STAUROS ha nacido de la convicción de que el Evangelio de la Pasión tiene raíces profundas en la historia de la humanidad y amplias repercusiones en la situación del mundo de hoy, y en la lucha constante del hombre contra las punzantes experiencias del sufrimiento y de la muerte.



STAUROS desea promover la reflexión sobre estas experiencias fundamentales dentro de un contexto universalmente humano. La investigación del sentido del sufrimiento no es algo nuevo. La herencia de muchos siglos de teología de la Cruz y de espiritualidad de la Pasión, encierra estímulos siempre capaces de enriquecernos. Para que sean válidos, deben ser repensados y expresados en un lenguaje adecuado al modo casi enteramente nuevo de vivir y de pensar del hombre moderno, y al contexto ecuménico y mundial que caracteriza la historia de la humanidad en nuestros días. Como dijeron nuestros obispos en Puebla:

"La situación de extrema pobreza generalizada, adquiere en la vida real rostros muy concretos en los que deberíamos reconocer los rasgos sufrientes de Cristo el Señor, que nos cuestiona e interpela" (Puebla 31).

STAUROS ha realizado distintas actividades en Europa y en Estados Unidos. Y con este Congreso sobre "El sufrimiento humano y el compromiso cristiano en América Latina" celebrado en Brasil, quiere iniciar un segundo decenio de creciente actividad y compromiso con América Latina y con otros continentes.

ADOLFO PEREZ ESQUIVEL

EL DESAFIO DEL SUFRIMIENTO HUMANO

EN AMERICA LATINA

INTRODUCCION

Quiero, en primer lugar, agradecer especialmente a los amigos de la Asociación Internacional STAUROS, esta invitación que me permite compartir con todos ustedes, diversas experiencias del caminar de los Pueblos de América Latina. Experiencias muchas veces angustiosas, pero también de mucha esperanza.

Se me ha sugerido hablar del desafío que el sufrimiento humano plantea en América Latina; pero ante todo tenemos presente que detrás de estos conceptos que podemos analizar de muchas y diferentes formas, hay hombres y mujeres de carne y hueso, hijos de Dios, que soportan a diario este sufrimiento sobre el que nosotros queremos reflexionar.

Hombres y mujeres de "rostros muy concretos en los que debíamos reconocer los rasgos sufrientes de Cristo, el Señor, que nos cuestiona e interpela" (Puebla 31).

Aún más; como suele decir Dom Helder Cámara, no bastará que nos detengamos ante el pobre y reconozcamos en él el rostro desfigurado del Salvador, si no identificamos a Cristo con la persona humana que debe ser arrancada del sub-desarrollo. En el nordeste del Brasil, Cristo se llama Zé, Antonio y Severino; en Guatemala se llama José; en Argentina, Carlos y Enrique. Mujeres y hombres que son hoy el cuerpo de Cristo en la Historia, perseguidos, torturados, crucificados como Jesús que fue "despreciado y tenido como la basura de los hombres" (Isaías 53,3). Mujeres y hombres que completan en su cuerpo la Pasión de Cristo.

JESUS VENCIO A LA MUERTE

Pero Cristo venció a la muerte. "La muerte ha sido destruida" (I Corintios 15,54) porque Cristo resucitó; y ésta es nuestra garantía de que el bien es más poderoso que el mal; que la Vida es más fuerte que la muerte; que la Esperanza puede más que el sufrimiento. El Evangelio nos señala

la CAMINOS DE LIBERACION. Sufrimientos y esperanza en esa liberación de los pueblos que luchan por la construcción del Reino, de un mundo más justo y humano.

Quisiera recordar aquí a Mons Enrique Angelelli, obispo de La Rioja en mi tierra, y que dió la vida por el Pueblo. El siempre decía que debemos tener un oído puesto en el Evangelio y otro puesto en el Pueblo. De esta manera podremos avanzar y comprender la vida de los pueblos de América Latina. Y este avanzar de los pueblos tiene mucho de eso que Pablo nos señala como "locura de la Cruz", que para unos es muerte, tormento, destrucción; pero para los cristianos es vida, es resurrección.

CAUSAS DEL SUFRIMIENTO

Sin lugar a dudas podemos afirmar que la principal causa del sufrimiento humano de los pueblos latinoamericanos no está en "las inclemencias de la naturaleza", sino en las estructuras sociales y económicas que condenan a las grandes mayorías a vivir en condiciones infra-humanas.

Un informe de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) del año 1980, señalaba que el 40o/o de los latinoamericanos vive en estado de miseria; y que el 20o/o viven en estado de indigencia total. Pese a las riquezas con que el creador ha dotado a nuestro continente, la vida latinoamericana está caracterizada por situaciones de extrema pobreza, marginación, opresión. Una situación de injusticia institucionalizada.

En este sentido, la Asamblea de las Iglesias Evangélicas reunidas en Oaxtepec (México), planteaba lo siguiente:

"Las estructuras del poder vigente son en última instancia, las causantes de los grandes problemas que hoy enfrenta nuestro continente. Esos problemas incluyen: niveles graves de desnutrición, mortalidad infantil, desempleo, falta de vivien-

da, limitado acceso a los servicios de salubridad, educación, seguridad, etc. Y no son minorías sino las grandes mayorías de nuestros compatriotas latinoamericanos los que sufren estas desgracias en carne propia. Mientras tanto la organización social-económica predominante en nuestros pueblos, en vez de contribuir a mejorar la situación, la va empeorando" (Documento 35).

Coincidente con este análisis es el que hacen los obispos católicos, en Puebla:

"Comprobamos que el más devastador y humillante flagelo es la situación de inhumana pobreza en que viven millones de latinoamericanos. . . Al analizar más a fondo tal situación descubrimos que esta pobreza no es una etapa casual, sino el producto de situaciones y estructuras económicas, sociales y políticas, aunque haya también otras causas de la miseria. Estado interno en nuestros países que encuentra en muchos casos su origen y apoyo en mecanismos que por encontrarse impregnados, no de un auténtico humanismo sino de materialismo, producen a nivel internacional ricos cada vez más ricos a costa de pobres cada vez más pobres" (Puebla 29-30).

El sistema capitalista dependiente que tiene vigencia en nuestros países ha generado un crecimiento económico, social y cultural desigual que no favorece al conjunto del pueblo sino a las minorías dominantes que encuentran en sus privilegios su razón de ser. Para mantener estos privilegios necesitan eliminar la participación popular, excluyendo al pueblo y a sus expresiones organizativas a cualquier precio.

LA VIOLENCIA GENERA LA MUERTE

Así vemos que el síntoma más terrible de nuestra realidad es la violencia, que genera la represión y la muerte de quienes se levantan contra las injusticias; y la muerte —no menos real— que causa la opresión estructural.

La violación sistemática de los Derechos Humanos que padecemos en América Latina se revela en las matanzas indiscriminadas o selectivas, en las torturas, los secuestros, la cárcel o el exilio de los que al luchar contra la dominación, reciben el mismo trato que el Siervo de Yahvé que "fué detenido y enjuiciado injustamente" (Isaías 53,8).

Pero también se revela en el hambre, la desnutrición, el analfabetismo, la desocupación, en todos los atropellos a los derechos de los pueblos que constituyen formas mucho más sutiles, pero no menos reales, de matar la vida.

En las últimas décadas hemos sufrido, y aún hoy las padecemos, constantes suspensiones e interrupciones de los procesos democráticos en el Cono Sur del continente. Procesos democráticos que pese a los defectos que pudieran presentar, expresaban un intento de participación de nuestros pueblos en la transformación de la sociedad tendiente a lograr la justicia social.

Estos procesos tenían de importante el protagonismo popular de los excluidos y marginados, que a través de sus luchas daban impulso a los movimientos sociales y políticos en el camino de la liberación.

La respuesta de los sectores dominantes no se hizo esperar. Se impusieron a través de golpes militares que basados en la doctrina de la "Seguridad Nacional", preten-

dían "reordenar" la sociedad para seguir garantizando los privilegios de estos autores.

Pero a pesar de la represión, de las atrocidades cometidas en nombre de la llamada "civilización occidental cristiana", los pueblos no se detienen. La organización popular avanza contra las dictaduras en Argentina, Chile, Paraguay y Uruguay. El pueblo boliviano está intentando construir la democracia a pesar de las dificultades; y nuestros hermanos brasileños avanzan en su organización, y van conquistando progresivos niveles de democratización.

En América Central vemos con claridad la oposición de los poderosos a la auto-determinación de los pueblos. Estados Unidos intenta por todos los medios impedir que el heroico pueblo nicaragüense construya una nueva Nicaragua; el "delito" de Nicaragua es querer decidir su presente y su futuro con libertad y soberanía.

El pueblo salvadoreño está siendo masacrado en una guerra que no quiere, pero que aparece como última alternativa para reivindicar los derechos del pueblo. La dictadura de Guatemala intenta exterminar la cultura de su pueblo en lo que podemos considerar un verdadero genocidio y etnocidio.

Podríamos seguir contabilizando intentos de dominación a los pueblos; también podríamos evocar las luchas de esos pueblos que a pesar de todo no se resignan, y que encuentran en la esperanza la fuerza para seguir adelante.

DIMENSION PASCUAL DEL SUFRIMIENTO

Por nuestra fe cristiana sabemos de la dimensión pascual de estos sufrimientos. Sabemos que el Siervo de Yahvé humillado, torturado, crucificado, ha vencido a la muerte. La resurrección de Cristo nos revela que hay un futuro para los sin futuro; que el Reino de Dios y su justicia más temprana que tarde llegará, porque lo estamos construyendo cada día en nuestra historia.

También sabemos que la lucha no es ni será fácil; pero también sabemos que Dios está de nuestro lado, porque sabemos que, como lo expresa el teólogo Carlos Barth:

"Dios se coloca siempre de esta parte: siempre contra los soberbios, siempre en favor de los humildes, siempre contra aquellos que tienen derechos y privilegios, siempre en favor de aquellos a quienes se les niega y despoja de sus derechos".

En esta lucha contra los que se oponen al Reino de Dios, debemos ser capaces de encontrar los medios, los caminos que nos lleven a la meta propuesta, en coherencia con el Evangelio.

Nosotros confiamos en la NO-VIOLENCIA ACTIVA en la FIRMEZA PERMANENTE. Pensamos que nuestra responsabilidad de cristianos es promover de todas maneras los medios no-violentos para establecer la justicia en las relaciones sociales, económicas y políticas entre los pueblos.

La perspectiva no-violenta permite la participación del conjunto del pueblo, y supera falsos vanguardismos; las mayorías pobres que no tienen ni armas ni dinero, encuen-



tran en la unidad no solo la organización sino la fuerza de un espíritu solidario para resistir a los poderosos.

DESAFIO PARA LOS CRISTIANOS

Nuestro desafío como latinoamericanos está en estrechar lazos de solidaridad que nos permitan enfrentar unidos la lucha por la liberación. La lucha por la construcción de una sociedad más justa y fraterna para todos; una sociedad que vaya anticipando en la historia los valores del Reino de Dios.

Sociedad que sólo será posible si los pobres, los ausentes, los desconocidos o desfigurados por la actual sociedad, retoman su palabra, muestran su rostro cuestionante e interpelador de este orden social que los niega como personas.

"Porque así como muchos quedaron espantados al verlo, pues su cara estaba desfigurada y ya no parecía un ser humano, así también numerosos pueblos se asombrarán, y en su presencia los reyes no se atreverán a abrir la boca, cuando vean lo que nunca se había visto y observen cosas que nunca se habían oído" (Isaías 52,14-15).

JOAN E. MARTINS TERRA

SOBRE EL SUFRIMIENTO HUMANO

SIGNIFICADO DEL SUFRIMIENTO EN EL NUEVO TESTAMENTO

El significado del sufrimiento de Cristo se ha revelado por su resurrección, y la resurrección de Cristo da sentido al sufrimiento de los cristianos, siempre que han estado unidos al sufrimiento de Cristo. Ese sentido se comprueba a través de los sufrimientos; Pablo descubrió el sentido del sufrimiento en sus pruebas y en los sufrimientos de su vida con Cristo. La cruz de Cristo hace posible una fe capaz de comprender.

COMUNION CON CRISTO

El primer criterio para interpretar el sentido del sufrimiento es la comunión con Cristo en la que los cristianos entrarán precisamente por sus sufrimientos; los sufrimientos son las señales de la pertenencia a Cristo. Sin embargo, Cristo no está automáticamente presente sufriendo con todos, en todas partes del mundo donde hay personas que sufren. Cristo solamente es sujeto del sufrimiento ahí donde también es sujeto de la vida (Gal 2, 20). Por eso la persecución contra la comunidad cristiana es una persecución contra Jesucristo; ésta fue la primera experiencia de Jesucristo que tuvo Saulo, el perseguidor de los cristianos: —“¿Por qué me persigues?” —le dice Jesús; y añade: —“Yo soy Jesús a quién tú persigues”— (Hch 9,4ss; 22,7ss; 26,16ss).

En este sentido se debe entender lo que Cristo dice en Mt 25 cuando Jesús afirma que quiere ser encontrado en todos los que sufren: hambrientos, sedientos, forasteros, desnudos, enfermos, prisioneros. Esto no se dijo para consolar a los que sufren, sino para estimular a los que deben auxiliarlos al encontrarse en ellos con el Señor. Esta comunión con Cristo no hace a los cristianos solamente capaces de sufrir, sino que confiere el verdadero sentido a su disposición para sufrir.

Pero no todo sufrimiento es sufrimiento de Cristo. Los sufrimientos no tienen valor ni sentido en sí mismos. Por eso no hay en el Evangelio una ideología martirial que busque el sufrimiento por sí mismo

A pesar de que resaltamos que Jesús sufrió espontáneamente, sin embargo los padecimientos nunca son considerados como algo valioso y sublime. Aunque Jesús atendió al enfermo, al pecador, al pobre, no privilegió la enfermedad, o el pecado, o la pobreza, sino que vivió precisamente para destruirlas. Jesús no es opio, sino revolución; no trae la paz, sino la espada.

El hecho de que los cristianos compartan la “muerte de Jesús” no se puede considerar algo positivo en sí mismo. Según 2 Cor 4,10 “los cristianos llevan en su cuerpo la muerte de Jesús para que también la vida de Cristo se manifieste en nuestro cuerpo”. Esta cláusula final “para qué” indica el límite del valor del dolor y del sufrimiento, inclusive cuando se realiza conforme a Cristo.

Jesús murió para resucitar. Los sufrimientos de los cristianos sólo pueden ser comprendidos a partir de la cruz y de la resurrección de Jesús.

Así como el poder y la sabiduría de Dios se revelan en el crucificado (1 Cor 1,18ss) también se revela la “vida de Jesús” en los padecimientos de los cristianos bajo el velo del “morir de Jesús”. Esta es la única razón por la que los que sufren son ahora bienaventurados (Mt 5,3ss). Sin embargo, no se privilegia el sufrimiento en sí mismo.

El sufrimiento en sí mismo no lleva a la comunión con Cristo, como tampoco el sufrimiento es el que nos enseña a rezar. La comunión con Cristo es lo que se expresa incluso en el sufrimiento.

Según el Nuevo Testamento, en el calvario había dos crucificados, pero sólo uno entró en comunión con Cristo; por lo tanto no es verdad que el sufrimiento y la certeza de la muerte inmediata sean los que provocan automáticamente el arrepentimiento y la fe. La cruz y el sufrimiento de este mundo por sí mismos no suscitan la sensibilidad hacia la pasión y la muerte de Jesús ni hacia los padecimientos de

los otros que sufren. El cinismo del crucificado blasfemo al lado de Jesús nos muestra que si es verdad que el sufrimiento puede abrirnos los caminos hacia Cristo, también puede bloquearlos. Existe una "tristeza del mundo" (2 Cor 7, 10), que no conduce a la salvación sino que "produce la muerte".

Lo que posibilita la alegría de los cristianos en medio de los sufrimientos es la comunión con Cristo crucificado y resucitado (1 Pedro 4,12ss). La paradoja de la cruz nos muestra que en la debilidad está la fuerza de Cristo. San Pablo reconoce que la comunión con Cristo alcanza la perfección en los sufrimientos:

"Por eso prefiero gloriarme de las debilidades, para que el poder de Cristo viva en mí. Por consiguiente, con muchísimo gusto presumiré, si acaso, de mis debilidades, porque así residirá en mí la fuerza de Cristo. Por eso estoy contento en las debilidades, ofensas y desventuras, persecuciones y angustias por Cristo. Pues cuando soy débil, entonces soy fuerte" (2 Cor 12,9ss).

El binomio cruz-resurrección nos muestra que la dialéctica del sufrimiento y de la consolación, de la debilidad y de la fuerza, de la tristeza y de la gloria corresponden a la dialéctica de la muerte y de la resurrección de Jesús, en la que los cristianos están involucrados.

DEBILIDAD Y GRACIA

En 2 Cor 4,7-10, San Pablo describe la función del sufrimiento:

"Llevamos un tesoro en vasijas de barro, para que se vea que esa fuerza tan extraordinaria es de Dios y no viene de nosotros. Nos aprietan por todos lados, pero no nos aplastan; estamos apurados, pero no desesperados; acosados, pero no abandonados, nos derriban, pero no nos rematan; paseamos continuamente en nuestro cuerpo el suplicio de Jesús, para que también la vida de Jesús se transparente en nuestro cuerpo".

Por consiguiente los sufrimientos tienen la función de quitar las falsas ilusiones y de criticar. Ante toda autoconfianza, desvían la atención que tiene sobre sí mismo el que sufre y la dirigen a Dios que llama a la vida y que resucita a los muertos (2 Cor 1,9). Dios rompe el poder de la muerte que amenaza y cerca al hombre en las situaciones de sufrimiento de este mundo, y fundamentan así la esperanza.

Los sufrimientos no son simples señales del amor de Dios y de la teología de la cruz, sino que también son señal de aquello que se opone a ese amor y que lo cuestiona, y con eso se convierte en expresión de la teología de los que todavía peregrinamos. En este sentido los sufrimientos son ambivalentes e imponen la reserva escatológica del "todavía no" de la consumación de la salvación que todavía esperamos en contraposición al "ahora" de los entusiastas.

Los sufrimientos no tienen exclusivamente como fin desilusionar al hombre de lo inconsistente que es la seguridad intramundana, sino también probar y ejercitar su fe y movilizar su fuerza de resistencia y su constancia "en la perseverante paciencia" (Cfr Heb 10,32.36; 12,1ss). En el sufrimiento está en juego un proceso cuyo sentido último sigue sin conocerse mientras dura el tiempo presente. La presencia de Dios que nos auxilia no dispensa al hombre el que

tenga que soportar el sufrimiento y que tenga que mantenerse firme en él, sino que ésta es la razón por la que el sufrimiento se relaciona con la fe (2 Tes 1,4; Apoc 13, 10). La acción de Dios no sucede fuera, sino dentro del sufrimiento, y lo hace visible; la gracia divina que nos capacita para vencer el sufrimiento consiste en "la capacidad de aguantar" dada por Dios (1 Cor 10,13).

Ser pacientes en el sufrimiento y soportar su peso (Rm 12,12), no quiere decir que tengamos que soportarlo de una manera puramente pasiva, sino que también hay que luchar contra el sufrimiento: "Sé mi compañero de sufrimiento, como valiente soldado de Cristo Jesús" (2 Tim 2, 3). Por esto el sufrimiento también es tentación (1 Tes 3,3ss; 1 Pdr 1,6; 4,12).

Tener paciencia en el sufrimiento es abrirse no solamente hacia el propio sufrimiento sino también hacia los demás. La capacidad propia del sufrimiento da fuerza para consufrir con el sufrimiento de otros. La propia fe y la paciencia en el sufrimiento se comprueban en el amor "que todo lo soporta" (1 Cor 13,7). San Pablo completa el trinomio "fe, amor, esperanza", con el trinomio "obra, trabajo, paciencia", (1 Tes 1,3). Las obras expresan la fe; el trabajo, va enraizado en el amor; la paciencia dinamiza la esperanza, al abrirse al sufrimiento de los demás; y forma así una unidad con la obra de la fe y del amor.

Los sufrimientos no sólo provocan la esperanza que dinamiza la acción, sino también la esperanza por lo que ha de venir. Quien "sufre con Cristo, con Cristo será glorificado" (Rm 18,17). Los evangelios confrontan el sufrimiento presente con la salvación futura; la alegre noticia del reino de Dios venidero es anunciada a los pobres y a los miserables ya ahora y por esto mismo la luz del reino está muy cerca de los que viven del lado oscuro de la vida. "Quien pierde la vida por mi causa, la encontrará (Mt 10,39). "Quien perseverare hasta el fin se salvará" (Marcos 13,13). Los pobres, los hambrientos, los que lloran y son perseguidos, tendrán parte en el reino de Dios (Lc 6,20). Estas cosas no son un consuelo vacío, sino un futuro que nos habla ya ahora de las promesas que se hacen al presente saturado por el sufrimiento y nos dan ánimo y confortan.

San Pablo no hace desaparecer los sufrimientos, que siguen siendo opresión y peso; sino que en la perspectiva escatológica adquieren otro valor.

"Nuestras penalidades momentáneas y ligeras nos producen una riqueza eterna, una gloria que la sobrepasa sin medida; y nosotros no ponemos la mira en lo que se ve, sino en lo que no se ve; porque lo que se ve es transitorio, y lo que no se ve es eterno" (2 Cor 4,17).

En vista de la abundancia de la gloria que ha de venir, los sufrimientos presentes se acortan. Es decisiva la esperanza de lo invisible, que todavía está por venir (Rm 18,18. 24ss). Esta esperanza es lo que posibilita que "los que sufren ahora vivan como si no sufriesen" (1 Cor 7,30). Pablo afirma que hay alegría en las tribulaciones (2 Cor 8, 2), en las tristezas (2 Cor 6,10), pero el objeto de esta alegría no son los sufrimientos, sino la proximidad del señor (Fil 4,4ss).

Es necesario que el cristiano combata desde ahora el sufrimiento ya que el futuro de Dios le pondrá un término definitivo.

El sufrimiento tiene un valor de testimonio para los demás. La confesión del centurión que testifica a los pies de la cruz que el crucificado es Hijo de Dios (Mc 15,39), nos muestra que a pesar de todas las apariencias la muerte de Jesús no es un fracaso, sino un testimonio de su filiación divina. El sufrimiento del cristiano es un testimonio para los demás inclusive para los no cristianos. El hecho de no sufrir para sí mismo, sino siempre en comunión con Cristo y con los demás tiene efectos que van más allá de sí mismo.

Sin embargo según el Nuevo Testamento, se sufre por el hecho de ser testigo, pero no se es testigo por el hecho de sufrir. La persecución es motivada "por causa de la palabra y del testimonio" (Ap 6,9; 20,4). El testimonio no es el objeto sino que es la razón de la persecución. La entrega diaria del Apóstol Pablo a las tribulaciones y a los riesgos de la vida tiene como resultado la vida para los demás (2 Cor 4, 12). De ahí se deriva la importancia de los sufrimientos apostólicos para el progreso del Evangelio (Fil 1,12).

Los sufrimientos son una verdadera "recomendación" de los predicadores del evangelio no sólo porque vuelven la mirada del predicador hacia el poder de Dios, sino también porque refuerzan la credibilidad del mensaje de la cruz.



SUPERACION DEL SUFRIMIENTO

El Nuevo Testamento no solamente nos ha hablado en términos consoladores sobre el mal sino que lo ha combatido de manera activa.

Por esto el sufrimiento nunca aparece presentado en sí mismo, sino siempre en conexión con su posible superación. La misma interpretación del sufrimiento es ya una superación del mismo, pues se le quita su aguijón cuando el que sufre se hace capaz de descubrir un significado. Y el sufrimiento adquiere un aspecto distinto cuando los que lo padecen saben que lo hacen en comunión con Cristo (2 Cor 1,5; 1 Pedro 4,13); que no hay nada que los pueda separar del amor revelado en Cristo Jesús (Rm 8,35ss).

La Iglesia primitiva no se limitó sin embargo, al esfuerzo de comprender el sufrimiento y de integrarlo en la fe y la esperanza, sino que también lo combatió directamente y trató de acabar con el mal siempre que fue posible, a

ejemplo de Jesús. Los que pertenecen a Cristo están llamados a remediar con eficacia los males de los hombres que han caído en las manos de los ladrones, de los que sufren hambre y sed, de los forasteros, desnudos, enfermos o presos (Lc 10,25ss; Mt 25,31ss). Por esto nunca se encuentra la legitimación de los autores y de las causas que provocan el sufrimiento; por el contrario a cada paso se encuentra la alabanza y la gratitud por la salvación frente al peligro de la muerte (2 Cor 1,10), del sufrimiento y de la persecución (2 Tim 10,11).

EVITAR EL SUFRIMIENTO

El Nuevo Testamento, más que transfigurar el sufrimiento, nos aconseja repetidas veces no solamente el no buscarlo sino el evitarlo. No hay duda que muchas veces el hombre busca por su comportamiento insensato muchos males para él y para los demás: aquél que despilfarra todo en una vida superficial, al final pasará hambre (Lc 15,14). Las cartas pastorales abundan en consejos de moderación y de sensatez para evitar los sufrimientos. Mientras tanto es mejor sufrir que hacer sufrir (1 Cor 6,7). Otras veces, se aconseja la huída: "si los persiguen en una ciudad, huyan a otra" (Mt 10,23). Pero existen límites en esta posibilidad de huída. El mismo Jesús nos da ejemplo: él no es un mercenario que huye a la hora del peligro, sino el Buen Pastor que entrega la vida por sus ovejas" (Jn 10,11ss). También Pedro que se acobardó negando al maestro, "después de convertido" confiesa ante el Sanedrín: "Es imposible que dejemos de hablar de las cosas que hemos visto y oído" (Hch 4,20).

Tampoco faltan en la Iglesia primitiva protestas contra el sufrimiento ya que éste no tiene un valor en sí mismo y no es necesario el aceptarlo en todos los casos. El mismo Jesús responde a la bofetada que recibió de uno de los guardias de Anás: "Si he dicho algo injusto, pruébalo; pero si fue justo ¿por qué me golpeas?" (Jn 18,23). En este caso sin embargo no se trata de una protesta contra el sufrimiento, sino de un testimonio del derecho y de la inocencia de Jesús. Por consiguiente la protesta de Jesús se hace en favor de otros. Así es como Jesús cuestiona a los fariseos y realiza curaciones en sábado.

SOLIDARIDAD Y CON-SUFRIMIENTO

La actitud de Jesús y de los cristianos ante los que sufren es la lucha por vencer el sufrimiento de otros y para ayudar a cargarlo sobre sí.

Tal solidaridad en el sufrimiento no es algo natural ni instintivo, ni aun para las mismas personas que sufren. El sufrimiento nos puede también embotar nuestros sentimientos y endurecernos, y aun puede romper lazos familiares muy íntimos y propiciar un egoísmo sin escrúpulos. Sin embargo Jesús nos muestra una gran sensibilidad no sólo hacia los discípulos que vivían en comunión de vida plena con él, sino también hacia todos los que sufrían y estaban marginados, no integrados a esa comunión. Su actuación y sus palabras no estaban marcadas por la indiferencia sino por la simpatía con los oprimidos y torturados, compartía con ellos los sufrimientos y los socorría concretamente. Por eso exhortó a los suyos a oponerse a los poderes destructo-

res del mal y del sufrimiento. Una de las maneras de salir al encuentro de los marginados era la comunión en la mesa con ellos: "El come con los publicanos y los pecadores" (Mc 2,15ss).

La simpatía de Jesús lo llevó a compartir la suerte de los marginados; superando los prejuicios intentó arrancarlos de su aislamiento y atraer hacía sí a los descalificados religiosa y socialmente. Jesús no solamente actúa de esta manera, sino que ordena a sus discípulos: "Cuando des un banquete, convida a los pobres, a los forasteros, cojos y ciegos". Esta solidaridad humana es también un símbolo de la aceptación de Dios en cuyo lugar Jesús anuncia el perdón: "recibe a los pecadores y come con ellos" (Lc 15,2; Mc 2,5). Al entrar a la casa de Zaqueo, Jesús trae la salvación (Lc 19,9).

La solidaridad del amor llega a su extremo en el mandamiento del amor al enemigo, cuya práctica significa la superación máxima del sufrimiento. El ejemplo del buen samaritano ilustra expresivamente esta simpatía o solidaridad en el sufrimiento. La solidaridad que se restringe a la familia, al círculo de los amigos, y al propio pueblo no es conforme a la idea de Jesús.

Los problemas del sufrimiento no deben de ser compartidos sólo a partir de la abundancia, como lo muestra el óbolo de la viuda pobre (Mc 12,44).

El libro de los hechos de los apóstoles nos muestra que el con-sufrimiento fue practicado en la comunidad apostólica en forma de fraternidad vivencial. La comunidad tenía conciencia de ser el cuerpo de Cristo que se caracteriza no por la uniformidad nivelada, sino por la solidaridad (Rm 12,4ss; 1 Cor 12,1ss). Lo que le sucede a un miembro de este cuerpo, le afecta también a los demás: "Si sufre un miembro, todos los demás sufren con él" (1 Cor 12,26). Nadie puede vivir ni sufrir para sí mismo, porque siempre está relacionado con su Señor (Rm 7,14ss). Por esto la comunidad recibe la exhortación a ser solidaria en la alegría y en la tristeza: "Alégrense con los que están alegres, y lloren con los que lloran" (Rm 12,15ss). "Arrimen todos el hombro a las cargas de los demás (Gal 6,2). "Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer. Si tiene sed, dale de beber" (Rm 12,20).

La solidaridad significa no sólo compasión o comunión espiritual, sino participación en el destino de los que sufren (1 Cor 11,29).

SUFRIMIENTO Y ORACION

En el Nuevo Testamento el sufrimiento, o la actitud de Jesús y de los apóstoles con los que sufren, van siempre unidos a la oración.

En la narración de las curaciones, los enfermos "suplican" a Jesús, o bien otro intercede en favor de ellos. Así sucedió con Pedro: "Señor, sálvame" (Mt 14,30). La oración es mencionada especialmente cuando los cristianos practican las curaciones (Hch 9,40; 28,8). Conforme dice Santiago (5,14) la oración se hace "sobre" el enfermo, y "en nombre del Señor"; lo que quiere decir: por orden o por el poder del Señor.

En la iglesia primitiva se rezaba por muchas cosas: Para pedir el Espíritu Santo (Hch 8,15; Lc 11,13), por la vuelta del Señor Jesucristo (1 Cor 16,22; Apoc 22,17,20). También por los enfermos (2 Cor 12,8), o por la liberación de la cárcel (Hch 12,5), por la preservación del peligro de muerte (2 Cor 1,10ss).

La oración se recomienda sobre todo a las personas que sufren o que están en una situación desastrosa (St 5, 13), no sólo con el fin de tener fuerzas para aguantar, sino también con el fin de eliminar el sufrimiento.

Santiago habla de la "oración del justo". Con esto señala que son inseparables la oración y la práctica de la justicia (cfr 1 Pedro 3,7; St 4,3; 5,16). La oración no excluye la visita a los enfermos y la aplicación de medicinas (St 5,13-14).

El hombre se debe dirigir a Dios en todo. A esto es animado en dificultades concretas. Rezar no es manipular a Dios sino entregarse en las manos de aquél que sabe dar cosas buenas a sus hijos. El que reza sufre y sabe que no tiene lo que necesita. La oración cristiana brota del amor, que es síntesis de osadía y de realismo. Realismo para aceptar los hechos, osadía para nunca aceptar fatalidades. Jesús en la parábola del amigo inoportuno subraya la "insistencia" y "atrevimiento" con que debemos hablar a Dios (Lc 11,8).

Jesús no sólo alienta a sus discípulos a rezar. El mismo rezaba especialmente en los momentos de sufrimiento. En Getsemaní no solamente reza de rodillas, con el rostro postrado en tierra, sino que pide a los apóstoles que recen con él: "Mi alma está triste hasta la muerte. Quédense aquí y vigilen conmigo. . . vigilen y oren para no caer en tentación" (Mt 26,37,41). La oración de Jesús en Getsemaní es modelo de súplica. Con el deseo ardiente de un bien concreto que se pide se presupone el abandono absoluto a la disposición soberana de la voluntad de Dios: "Padre mío, si es posible, que pase de mi este cáliz. Sin embargo que no sea como yo quiero, sino como tú quieres" (Mt 26,39). Esta oración expresa la aceptación y la confianza irrestricta en medio del miedo y del sufrimiento que viene de la tentación y de la impotencia. Jesús tuvo que beber del cáliz, pero su súplica fue oída de una manera más espectacular "pues habiéndose presentado ante Dios con intensas súplicas y con clamor vehemente y con lágrimas, su súplica fue escuchada a causa de su obediencia" (Heb 5,7). Dios lo resucitó y lo constituyó "para todos los que lo obedecen, causa de salvación eterna" (Heb 5,8).

El valor específico de la súplica consiste en que es una confesión de la *carencia de salvación*. La oración de petición es una señal de la *indigencia y pobreza del hombre* ante Dios. La indigencia es la condición indispensable para la gracia salvífica. La salvación es pura gratuidad. La súplica nos pone en la situación del hombre que tiene las manos vacías ante Dios y que no comprende la manera de actuar de Dios, sino que espera que él intervenga y consuele (Mt 5, 4). La súplica para librarse del sufrimiento es una experiencia de la gratuidad de la salvación; el cristiano tiene conciencia de su nada frente a la plenitud de Dios, pero al considerar su pasado lo contempla como un continuo don de Dios; y al considerar el futuro lo vislumbra como total y continuo don de la generosidad y del amor de Dios.

LEONARDO BOFF

¿COMO PREDICAR LA CRUZ HOY?

EN UNA SOCIEDAD DE CRUCIFICADOS

EL ARTE DE LAS ARTES TEOLOGICAS: SABER HABLAR DE LA MUERTE Y DE LA CRUZ

El tema de la Cruz y de la Muerte se presta mucho a la manipulación ideológica y a la justificación de la humillación y del sometimiento. Refuerza interpretaciones de la pasión de Cristo vehiculadas por la piedad y por la homilética cristiana que exaltan la cruz por la cruz, y terminan en un dolorismo que desarma la lucha de los cristianos en contra de los mecanismos productores del dolor y de la cruz.

Esta ambigüedad es inherente a la temática de la muerte y de la cruz (1). Por una parte la muerte pertenece a la misma vida y se constituye en un dato inocente conectado con la creación querida por Dios como algo finito y mortal. Por otra parte la muerte es consecuencia del pecado (Rm 12; I Cor 15, 21-22) pues es vivida como maldición y como castigo (Jn 2, 17; Gal 3,17). De la misma manera la cruz tiene dos caras: es un instrumento cruel de castigo para los rebeldes políticos y para los esclavos; pero cuando se impone a un inocente como fue el caso de Jesús, es símbolo de crimen político y religioso; la cruz encarna además una de las realidades más poderosas del cristianismo: la redención de Cristo y la voluntad salvífica del Padre. Por consiguiente, uno de los logros más difíciles es el de hablar de tal manera de la cruz y de la muerte que éstas (la muerte y la cruz) puedan mostrarse como negaciones del proyecto del Dios vivo y al mismo tiempo como precio que ha de pagarse para la realización —en las condiciones presentes de historia decadente— del proyecto de este Dios vivo. El desafío al que nos enfrentamos consiste en elaborar los distintos niveles que tiene el sentido de la cruz y de la muerte, con el fin de clarificar la articulación entre ellos y recuperar con mayor facilidad las expresiones de cruz y de muerte como sacrificio y como solidaridad.

Dada la ambigüedad del tema debemos preguntarnos constantemente: ¿Cómo debemos anunciar hoy la cruz y la muerte, y cómo no debemos anunciar la muerte y la cruz? La misma fe exige que vigilemos el lenguaje para no usar el

nombre de Dios y los símbolos de misericordia con el fin de legitimar actitudes y situaciones que niegan su voluntad o encubren la voluntad de dominación por parte de los poderosos. En seguida presentamos algunas proposiciones básicas.

LA MUERTE Y LA CRUZ INOCENTES AFRONTADAS COMO SUPREMA EXPRESION POSIBLE DE LO HUMANO

La vida es ontológicamente mortal, y la muerte no ocurre al fin de la vida, sino que se instala en el corazón mismo de la vida. Vamos muriendo continuamente; es decir, nos vamos desgastando, se van gastando las energías vitales, se va consumiendo el tiempo hasta que acabamos de morir. No morimos porque alguien nos pueda matar, sino porque la vida misma hospeda a la muerte en la propia casa. Esta muerte como modo de ser se manifiesta por la finitud de las posibilidades de vivir, de sentir, de entender y de amar. El límite se muestra en cada articulación de la existencia, y se traduce en sentimiento de angustia; y nadie se puede curar de esta angustia porque ella constituye nuestra *condition humaine*; todo fin alcanzado es sólo una etapa de un objetivo más alto.

Esta mortalidad natural (que pertenece al misterio de nuestra creación) se transforma en cruz existencial, pues percibimos la disparidad entre el deseo infinito y su realización finita, entre el principio del Eros ilimitado y el principio del Thanatos (muerte) que se traga todo. Nos sentimos gratuitos (*être de trop*) sin podernos dar razón de nuestra propia vida. La cruz humana consiste en un espíritu dimensionado hacia el infinito pero enraizado en una situación finita. Aquí es donde se encuentra una inadecuación y un desequilibrio ontológico, un misterio de la existencia huma-

na. Jesús participó de esa estructura humana. El "muere no solamente porque los hombres asesinamos, sino también porque los hombres morimos" (2).

Predicar la cruz en esta concepción, significa predicar el asumir nuestra propia existencia mortal, sin amarguras con soberanía y "amor fati". Implica saber renunciar a toda prepotencia, a todo totalitarismo religioso y político, a todo dogmatismo y absolutismo. Es una invitación a la tolerancia, a la paciencia histórica y a la alegría de lo provisional. Dios nos quiso así. Esto nos obliga a despojarnos de todo lo que pretende constituirse como absoluto en el tiempo, fuera de Dios. Nos exige una entrega permanente, una actitud de desasimiento de las cosas y de las relaciones intramundanas. El último momento de la vida nos lleva a una última soledad; estamos solos con nosotros mismos y con nuestro Dios. El término del proceso de la muerte propicia en el ser humano una última entrega a Alguien Mayor, una extrapolación completa del propio centro hacia el corazón de Dios. Es un acto supremo de amor, es la obra perfecta de la libertad. Por esto la muerte ofrece la oportunidad única de una suprema humanización. Dejar el mundo abre la posibilidad de una completa ascensión de Dios. Vivir, pues, no significa caminar inexorablemente hacia la muerte. Morir es un peregrinar esperanzador hacia Dios.

No podemos predicar por lo tanto la muerte y la cruz como un fracaso biológico o un drama personal. Más que acentuar el fin de la vida es importante enfatizar la apertura al futuro y las nuevas posibilidades de existencia ofrecidas al término de la vida (3). Como decían los antiguos: "El ser humano nace dos veces, pero nunca muere". Nace cuando deja el seno materno y se desprende (muere) de ese mundo reconfortante; entra en un mundo mayor en donde recibe a otros compañeros de viaje: los padres, los hermanos, los parientes y amigos, las estrellas y la amplia tierra. Al morir se desprende de esta inmensa placenta cósmica y nace a la eternidad. La muerte no constituye una tragedia sino una bendición: la nueva posibilidad de vida más densa y realmente plena. Lo importante no es lo que se deja tras de nosotros, sino lo que se recibe y lo que se despliega ante nosotros. Morir no significa perder la vida, sino ganarla más perfecta y con mayor vigor.

LA MUERTE Y LA CRUZ QUE NOS ANGUSTIAN SUFRIDAS COMO ESTIGMA DEL PECADO

La muerte natural no se vive con naturalidad, porque está ligada a la estructura mortal de la vida. Normalmente vivenciamos la muerte como una agresión a la naturaleza, y por eso como no natural. Sentimos la existencia herida y rota. La angustia ontológica se transforma en miedo, temor y temblor. Nos cuesta desprendernos de los lazos que concretizan nuestro ser-en-el-mundo con los otros. La muerte se nos muestra como máscara de un fantasma que nos amenaza; no se integra al proyecto de la vida; surge como destructora del complejo de la vida. San Pablo nos dice que esta muerte concreta y vivenciada se introdujo por el pecado (Rm 5,12). El pecado no rompe sólo nuestro cordón umbilical con Dios, sino que nos escinde por dentro y afecta nuestra identidad interior. Es la expresión paulina:

"soy vendido como esclavo al pecado; no entiendo absolutamente lo que hago, pues no hago lo que quiero, sino lo que

detesto. . . Infeliz de mí ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?" (Rm 7,14-15; 24).

El hombre Jesús de Nazareth (cuya humanidad es la del Hijo Eterno) participó de esta situación. Entre "clamos y lágrimas" (Hb 5,7) enfrentó la muerte. Dice abiertamente: "Mi alma está triste hasta la muerte" (Mc 14,34); se perturba (Jn 12,27) y llega hasta el pavor con sudor "como gotas gruesas de sangre" (Lc 22,44).

La ascensión de nuestra humanidad rota (carne) por parte del Hijo ha hecho que se establezca un lazo de solidaridad con nuestras angustias. La reflexión neotestamentaria narra que él "cargó el pecado del mundo como un cordero" (Jn 1,29. Is 53,11). Pablo radicaliza el sentido de esta solidaridad al afirmar escandalosamente que Jesús se hizo pecado (2 Cor 5,21) y hasta maldición (Gal 3,13). La soledad natural de la muerte, que permite una entrega y un encuentro con la fuente de la vida, se transforma debido al pecado en un abandono y en un vacío abismal. Jesús quiso descender hasta los infiernos de este abandono; quiso sentir en su propia intimidad la consecuencia del pecado que borra la presencia de Dios del horizonte de la vida. Por eso grita en la cruz, solidario con todos los pecadores: "Dios mío, Dios mío ¿por qué me has abandonado?" (Mc 15,34) (4).

La angustia de la muerte se supera por la vida de fe y por el seguimiento a Jesús. Pertenece a la vida cristiana asimilar de tal forma el proyecto de Dios sobre la vida, el llamado a la vida y no a la muerte, que el miedo a la muerte se exorciza. La muerte termina por ser amada como hermana que nos introduce a la casa de la vida eterna. Esto supone un camino de fe y de confianza radical. También Jesús en esto es ejemplo. En medio del temor mortal pudo clamar: "Abba, Padre. . . no se haga lo que yo quiero, sino lo que Tú quieres" (Mc 14,36). Al final, su última palabra es de una entrega confiada: "Padre; en tus manos entrego mi espíritu" (Lc 23,46).

Predicar la cruz y la muerte según la fe cristiana implica una apelación al realismo de nuestra condición pecadora. El pecado del mundo y el pecado personal pueden revelarnos sus efectos macabros en términos de soledad y abandono (5). Pertenece a nuestra segunda naturaleza (formada por la historia del pecado, según Pascal) aquella angustia pecadora y desintegradora. Acoger esta coyuntura con la conciencia humilde y abierta a la misericordia divina nos asocia a todos los pecadores de la historia, nos incorpora al acto de solidaridad de Cristo y ayuda a redimir el pecado en nosotros. Desde que Cristo no esquivó esta condición de la carne de pecado (2 Cor 5,21), y enfrentó la soledad, no podemos ya considerarnos como abandonados aunque vivamos y suframos el silencio de Dios.

No debemos por otra parte predicar la cruz y la muerte como si ellas tuvieran la última palabra, y como si en nosotros sólo reinara el imperio del pecado con sus consecuencias temibles. La vivencia cristiana que hace nacer en nosotros el hombre nuevo liberado del temor de la muerte nos devuelve la posibilidad de integrar la muerte dentro del fenómeno mayor de la vida. En la carta a los Romanos, Pablo articula genialmente los dos regímenes: el del pecado y el de

la gracia, el de la muerte y el de la vida (caps 5-7). Termina siempre ordenando el pecado a la gracia, la muerte a la vida: "En donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia. Así como el pecado reinó por la muerte, así también la gracia reina por la justicia para la vida eterna por Jesucristo nuestro Señor" (Rm 5,20-21). Se restablece así la confianza de que no sufrimos en vano.

CRUZ Y MUERTE COMO CRIMEN QUE HA DE SER DENUNCIADO Y CONDENADO

La presencia del pecado como fuerza histórica y destructora se manifiesta por las miles de cruces que los hombres preparan para otros hombres. Hay millones de crucificados; y prácticamente cada uno cuelga de alguna cruz. Esta cruz es inicua y muy abominada por Dios. Hay una cruz dolorosa y persistente que pesa sobre las culturas dominadas de los negros y de los indígenas latinoamericanos. Esta cruz injustamente impuesta produjo una verdadera hecatombe demográfica. Según Cook-Simpson había en México en 1519 cerca de 11 millones de indígenas; en 1607 quedaban solamente 2 millones 14 mil (6). Por guerras, enfermedades y opresiones bárbaras fueron diezmados y este proceso no se ha detenido en América Latina.

Millones y millones de las clases subyugadas continúan siendo crucificados con salarios de hambre, en condiciones de trabajo que les acortan la vida, y en situaciones higiénicas que producen la muerte de cerca de 40 millones de personas anualmente. Otras personas penan bajo la cruz de la discriminación por el mero hecho de ser mujeres, enfermos, pobres, negros, homosexuales, marxistas y otras formas de exclusión y de muerte social.

Jesús en su anuncio y en su práctica privilegió a todos éstos. Por ellos quiso comenzar la restauración del Reino que significa la liberación del oprimido por la ceguera, la enfermedad, la prisión y la amenaza de muerte (Cfr Lc 4, 17-21; Mt 21,2-6). El Jesús histórico hizo innegablemente una opción preferencial por los más necesitados (7). Esta opción implica un coraje sagrado contra las injusticias de este mundo y un acto de amor político. Jesús ve que tales realidades contradicen el designio del Padre; su superación es una señal de que el Reino está en medio de nosotros (Lc 7,22). Por esto ataca también a los causantes de tales iniquidades: a los ricos (Lc 6,24), al espíritu de acumulación (Lc 12,15) y a la falta de solidaridad (Mt 25,33-46). Su opción se traduce en una práctica de liberación que ha de comenzar por la infraestructura de la vida, dando muerte al hambre, curando enfermedades, resucitando muertos, estableciendo una nueva relación social basada ya no en los intereses y en el poder, sino en el don y en la acogida de todos, de los pequeños y aun de los enemigos (Lc 6,35-36).

¿Qué significa predicar la cruz y la muerte en este contexto? Significa el ejercicio de la profecía que anuncia y denuncia. *Anuncia* el juicio de Dios que desenmascara esta antirrealidad: el orden como desorden, el equilibrio social como dominación realizada por las clases dominantes que normalmente usan el aparato del estado para realizar sus intereses a costa de la vida de las clases dominadas. *Denuncia* la injusticia como injusticia, la pobreza como

proceso de empobrecimiento del pobre, la riqueza como acumulación lograda con el sacrificio de las grandes mayorías. Hay momentos en que los cristianos más que pastores deben ser profetas. El pastor busca las mediaciones, salta como puede, equilibra las fuerzas en tensión, y socorre a la oveja herida; va en busca de la perdida y cuida de que las gordas no perjudiquen a las flacas. El profeta vive de fidelidades radicales: a Dios, en cuyo nombre anuncia y denuncia; y al pueblo y a los pobres, en cuyo beneficio presta su voz de profeta y su grito. El profeta da de bastonazos a los lobos, denuncia sus engaños, y descubre la verdad a pesar de que duela como la sal sobre la herida abierta. Los obispos no son sólo pastores sino también profetas y maestros de la verdad plena. Les toca no solamente anunciar la verdad de Dios, de Cristo, de la Iglesia y del hombre, sino también la verdad de la pobreza, de la explotación del pueblo, y de la imposición de los regímenes autoritarios y antipopulares. Las cruces que martirizan a los humildes e indefensos deben de ser denunciadas y condenadas porque Dios las aborrece, Cristo luchó contra ellas, y el sentido humano las rechaza.

Hay varias formas de anunciar la cruz y la muerte que deben ser radicalmente evitadas: las que acaban —muchas veces con buena intención— por legitimar-tolerar tales abominaciones. La primera forma es el *fatalismo*. Sostiene que la historia es una trama de sufrimiento y de muerte; no hay cómo evitarlos. El vicio del fatalismo está en su carácter abstracto e insensible; no especifica qué tipo de sufrimiento y qué forma de muerte son ineludibles (aquéllos que consideramos en el primer punto, basándonos en la estructura finita de la existencia); además el fatalismo quita la esperanza y congela la historia como una repetición continua de lo mismo, y reduce el ser humano a la pasividad y a la impotencia; generalmente los poderosos alientan el fatalismo, porque significa la permanencia del status que los beneficia, pues ellos son los que controlan la historia e impiden que los pobres se sacudan las cadenas y se constituyan en agentes de un destino más digno.

Otra expresión legitimadora de la cruz y de la muerte es el *cinismo*: El cínico es fundamentalmente alguien de corazón duro, y enemigo de su propia humanidad. El pesimista no cree en la posibilidad de la superación de las formas humanas de relacionarnos; el cínico se ríe de quien cree. Llega a aducir palabras bíblicas para desarmar el espíritu libertario; así, cita con frecuencia la frase de Jesús: "pobres siempre los tendrán entre ustedes" (Jn 12,8). Sabemos que el sentido de esta frase es el que jamás perdamos el interés por los pobres, pues ellos constituyen un desafío para la ayuda y para la lucha contra la pobreza.

Finalmente, no es menos equívoca la exaltación de la cruz y de la muerte como fuentes de vida y de luz. Así, se repite sin las debidas mediaciones y contextos la frase de que sin sangre no hay redención (Hb 9,22), que la muerte es necesaria para la vida, y que el sufrimiento es agradable a Dios. Jesús tenía que morir (Cfr Jn 19,7,14-16; Lc 24,26) porque así lo había determinado el Padre en su designio eterno. Tales afirmaciones, que podrían poseer un sentido exacto como luego lo tendremos que explicar, acaban por generar un dolorismo nefasto, y la perpetuación de las crucifixiones con las que ofendemos a Dios y penalizamos la



historia, ya dolorosa, de los humillados y ofendidos por nuestra historia. La muerte y la cruz no son directamente queridas, amadas y agradables a Dios. Por el contrario, por sí mismas representan una negación de su proyecto de vida y de exaltación del sentido de la creación (8).

LA CRUZ Y LA MUERTE ABRAZADAS, COMO PRECIO QUE HAY QUE PAGAR POR LA LUCHA CONTRA LA CRUZ Y LA MUERTE

Cuando el profeta se levanta para anunciar y denunciar las cruces injustas y las muertes violentas producidas por los agentes del pecado, debe de tomar en cuenta la persecución, la mala fama, la prisión, la tortura y la muerte. Ningún profeta anterior o actual ha muerto de muerte natural. El profeta no es necesariamente una persona individual, sino una institución completa como la Iglesia que salió de Medellín y Puebla. Ella puede denunciar proféticamente como antievangélicas la pobreza y la miseria a la que son sometidos millones de hermanos latinoamericanos (9). Con serenidad reconoce también que esta posición le ha traído incomprendiones y persecuciones de parte de las clases dirigentes y del mismo estado de seguridad nacional (10).

La cruz y la muerte acompañan los proyectos alternativos a la sociedad vigente; en nuestro caso, acompañan los proyectos alternativos al capitalismo periférico y elitista

que margina a las grandes mayorías de nuestro pueblo. Hay gente que es acusada de marxista y señalada fácilmente como subversiva cuando muestra los mecanismos de explotación generados por la acumulación de una parte y por la miseria de otra, mediante el uso de un análisis más detallado de las causas del subdesarrollo. Cuando elabora, junto con los oprimidos, un proyecto distinto y organiza prácticas sociales que lo implementan, son difamados como enemigos del hombre y de la patria, y son perseguidos y aun encarcelados y torturados, y los desaparecen o los matan porque amenazan al bien común (11).

Hay pues una cruz y una muerte que son consecuencia del esfuerzo y del empeño por quitar la cruz de las espaldas de los crucificados, y por limitar el imperio de la muerte que siega las vidas especialmente de los inocentes.

Esta cruz y esta muerte impuestas constituyen un crimen: Jesús ha dicho que "se les pedirán cuentas por la sangre de los profetas derramada desde el comienzo del mundo" (Lc 11,50). Los lamentos y las muertes de grupos enteros que se han comprometido con la gestación de un mundo más humano para todos, constituyen el grito secular que se dirige al corazón del mismo Dios. Sufrir así y recibir la muerte de esta manera, es hacerse heredero de la bienaventuranza de las persecuciones (Mt 5,10), y verdaderamente digno de honra (Hb 11,38).

Franz Kafka escribió estas significativas palabras en 1922 cuando los ingleses tomaron prisionero a Gandhi en la India: "Es evidente que de ahora en adelante el movimiento de Gandhi vencerá. . . pues sin mártires, todo movimiento degenera en una comunión de intereses, que reagrupa personas que especulan bajamente sobre su éxito. El río se convierte en un charco en donde se pudren todas las ideas del futuro. Pues las ideas, como todo lo que en este mundo tiene un valor suprapersonal, solo viven de los sacrificios personales" (12).

La cruz y el asesinato judicial de Jesús deben de ser consideradas dentro de esta conexión histórica. Fueron el resultado de un mensaje de suprema esperanza y de una práctica liberadora que incomodó a los que tenían el poder religioso, sociopolítico e ideológico de su tiempo. Jesús fue sometido a un doble proceso: uno religioso por blasfemo y por falso profetismo; y el otro, político por ser considerado a los ojos de los agentes del poder imperante como subversivo y guerrillero. Debido a las condiciones del rechazo y de la cerrazón de los judíos, Jesús no tenía otra alternativa digna sino la de aceptar la persecución, la tortura y la condenación a muerte. Los textos evangélicos nos dicen bien que él "tenía que morir" (Jn 19,7,14-16) o que era "necesario que padeciese" (Lc 24,26). Esta necesidad no es transcendente ni se funda en el designio mortal del Padre; es una necesidad histórica, dadas las condiciones de no conversión y de rechazo. Si Jesús quería ser fiel al Padre, a sí mismo y a los hombres en quienes había suscitado las esperanzas radicales del Reino, debía contar con la inevitabilidad de la persecución y del final violento.

Dios no quiso directamente la muerte de Jesús porque Él es un Dios vivo, y su designio es vida y amor. Lo que quiso Dios fue la fidelidad de Jesús; esta fidelidad (amar hasta el extremo: Jn 13,1) puede llevarlo a la muerte de cruz. Entonces Dios quiere indirectamente la muerte implícita en la fidelidad radical, fidelidad que dignifica a la persona, le muestra la coherencia, le revela la fe y la certeza inquebrantable de su verdad y de lo justo de su causa (causa de Dios). La muerte impuesta a Jesús es un crimen (Hch 2, 23: "Ustedes lo crucificaron y lo mataron por mano de los impíos"; Hc 3,15: "Ustedes mataron al autor de la vida").

Los cantos del Siervo Sufriente en el Antiguo Testamento que tal vez ayudaron a Jesús de Nazaret a entender su propia trayectoria, revelan esta dialéctica mortal (13). El siervo es elegido por Dios para instaurar el derecho y la justicia en la tierra (Is 42,1-4), para restaurar la tierra y rehacer al pueblo (Is 49,8). Esta misión le va a causar sufrimiento pues será la víctima de la hazaña de los perseguidores que lo considerarían historia de la humanidad y lo sepultarían entre los malhechores (Is 53,3-12).

¿Cómo anunciar la cruz y la muerte? Al anunciar el proyecto histórico del Padre predicado por Jesús, y al querer normar nuestra vida y construir la sociedad según las inspiraciones de la práctica evangélica debemos contar con el destino del Siervo Sufriente y con el precio que pagó Jesús. Existen los que no quieren ningún cambio; otros, que son insensibles a los llamados de justicia provenientes de los pobres; y otros, los que usarán la violencia contra los constructores de nuevas relaciones sociohistóricas. En el bautismo

cristiano está implícita la participación en la muerte del Señor (Rm 6,3-4); no es necesario considerarla como una metáfora sino como una realidad brutal. Hay un precio que hay que pagar y que debe ser asumido con realismo consciente: el reino se abre camino en la lucha contra el antirreino, productor de cruz y de muerte.

¿Cómo no debemos anunciar la cruz y la muerte de Cristo? No debemos proyectarlas como si fueran realidades fatales realizando un drama suprahistórico, un juego entre Dios y el demonio quienes eximen de toda responsabilidad humana a los judíos, y a los fariseos que se cerraron contra Jesús y a Judas que lo traicionó, y a las autoridades que provocaron contra él un doble proceso. Las expresiones bíblicas "era necesario que el Hijo del Hombre sufriera mucho y fuera rechazado" (Mc 9,31) deben de ser entendidas dentro de las causalidades históricas cuyo conflicto se instauró debido a las exigencias del mensaje, y a la práctica de Jesús. Hay momentos —y Jesús vivió tal momento— en que solamente el martirio y el sacrificio de la propia vida hacen justicia a la vida, y mantienen la fidelidad a la causa de Dios.

LA MUERTE Y LA CRUZ SUFRIDAS COMO SACRIFICIO EN FAVOR DE LOS PROVOCADORES DE CRUZ Y DE MUERTE

¿Qué debemos hacer cuando somos víctimas de la injusticia, de la tortura y de la cruz no merecidas? Hay varias actitudes que se nos ofrecen como oportunidad para la libertad humana.

La primera es la *rebeldía*. Ella puede revelarnos una última dignidad humana que se rehusa a aceptar la humillación; se puede escoger una muerte gloriosa ante una sobrevivencia vergonzosa; muchos son impulsados a esta desesperanza; los culpables no son tanto ellos sino los que los llevaron a este límite extremo. Pero la rebeldía no es la superación de la cruz sino que sucumbe a ella.

Otra actitud es la *resignación*: el resignado acoge con amargura lo que no puede evitar; puede conservar la soberanía interior, pero sucumbe a la victoria de la cruz que continúa lacerando la existencia. El resignado no tiene ni la valentía del rebelde ni la fuerza de aguante del mártir; sobre vive en la derrota, y así triunfa una vez más la cruz.

La tercera actitud es aquella verdaderamente digna y engrandecedora: el *asumir* la cruz y la muerte. La muerte y la cruz no dejan de ser algo impuesto e inevitable. Pero aun así es posible no dejarles la última palabra. Es posible acoger la cruz y la muerte como expresiones de amor y de comunión con los que producen esta iniquidad. Esta fuerza de vivir una reconciliación con aquél que ha producido la ruptura, no significa una forma refinada de escapismo o de venganza encubierta. Si fuera así, el rencor —no el amor— caracterizaría semejante actitud. Esta actitud nace de una profunda convicción y de una confianza de que solamente el amor y el perdón pueden restablecer en armonía la creación rota. El amor representa el sentido de toda la vida, también de aquéllos que odian y que producen cruces para otros. En ellos también el amor es fuerza unificadora y llama que ningún pecado histórico puede en este mundo apagar totalmente. Perdonando, asumiendo, como decisión de

la libertad y no del principio del placer (contra el sadismo y el masoquismo) la cruz y la muerte impuestas, reorientamos la historia hacia una última reconciliación que influye a los enemigos.

En esta concepción aparecen la cruz y la muerte como sacrificio; es decir, como algo oneroso y repugnante, como fue también vivida por Jesús en Getsemaní (Mc 14, 32-42; Hb 5,7), pero que se asumen por la fuerza de un amor al enemigo y por una comunión que va más allá de cualquier compensación. Esta es una expresión de fe preciosa que abraza el bien por el bien, que va más allá de la fe útil que busca una ventaja para sí mismo, que supera también la dimensión sicologizante o pietista y aun edificante. Se sustituye la reacción activa por una comprensión activa de la estructura de la vida que solamente vive de aquello que produce vida como es el amor; el perdón, la acogida más allá de toda ruptura introducida por el pecado.

El Siervo Sufriente de Isaías vivió esta dimensión de la perfecta libertad: "El llevó sobre sí nuestras enfermedades y cargó con nuestros dolores. . . fue castigado por nuestros crímenes y fustigado por nuestras iniquidades. . . él mismo fió su vida y se dejó colocar entre los criminales, tomando sobre sí los pecados de muchos hombres e intercediendo por los culpables" (Is 53,3-12). Todo esto lo soportó él, "aunque no había cometido crímenes ni había engaño en su boca" (Is 53,9; Cfr 1 Pdr 2,22).

Jesús torturado y condenado a la cruz vivió en suprema radicalidad esta actitud libertadora. No buscó la muerte, sino el reino y la conversión de los hombres. Cuando le impusieron la cruz y el exterminio, no se rebeló ("no replicaba con injurias" Pdr 2,23) ni se resignó "Sino que cargó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero" (1 Pe 2,24). Podría decir serenamente: "Nadie me quita la vida; yo la entrego por mí mismo" (Jn 10,18). La muerte le abre la posibilidad de perdonar, de entregar su vida a los que lo condenaban. En Jesús lo que nos revive no es propiamente ni la cruz, ni la sangre, ni la muerte tomadas en sí mismas, sino su actitud de amor, de entrega y de perdón. Toda la existencia de Jesús fue una pro-existencia, un servicio a nosotros; de esta manera toda la vida de Jesús y de manera suprema la muerte poseen un significado redentor. La muerte ratifica y expresa a lo máximo la orientación permanente de su vida como servicio (Lc 22,27) y amor hasta el fin (Jn 13,1).

Predicar la cruz y la muerte es invitar a las personas a realizar la capacidad que tenemos de nunca dejar de amar aun en los mayores sacrificios. Las sombras no podrán eclipsar nunca al sol. Es importante también evitar la moralización de quien trata de imponer una exigencia cuya bondad intrínseca no se muestra y se hace comprender como expresión de libertad y de comunión universal. Con esto no se legitima la cruz ni la muerte; continúan siendo crímenes, pero el crimen no consigue cerrar el círculo en torno a sí mismo y dar muerte a todo sentido. Mediante la libertad se realiza una reconversión del sentido: por la asunción de la cruz se vuelve al criminal en actitud de perdón y de reconciliación. Así se abre el camino hacia un sentido que va más allá de la injusticia. La redención y la liberación total deben de ser vistas desde este horizonte.

LA CRUZ Y LA MUERTE ASUMIDAS COMO EXPRESIÓN DE SOLIDARIDAD HACIA LOS CRUCIFICADOS DE LA HISTORIA

Hay una verdadera forma de darle sentido a la cruz y a la muerte: sucede cuando éstas son asumidas por amor y por solidaridad con los crucificados de nuestra historia. No somos perseguidos ni estamos amenazados de muerte, sino que unimos nuestro destino y acogemos a los perseguidos y amenazados de muerte. Existen millares de cristianos y un sinnúmero de personas que asumen las cruces y toda suerte de sacrificios y limitaciones de su vida por identificarse con los hermanos que sufren penas. Son los que enfrentan los sinsietros de la selva amazónica, los que se pasan la vida en los leprosarios, los que sobreviven en lo inhumano de una fabela, los que van a vivir en medio de la prostitución y que en razón de tales opciones pasan hambre, enfermedades, engaños, incomprensiones antes de morir. El sufrimiento no es bueno para nadie y la cruz permanece crucificante. La opción preferencial por los pobres se inscribe en este cuadro: alguien que no es pobre se hace pobre para identificarse con los pobres, y junto con ellos superar la pobreza en la dirección de la justicia y de la fraternidad. El Siervo Sufriente realizó también esta dimensión redentora, pues "tomó sobre sí nuestros dolores" (Is 53,4) y "cargó con nuestras iniquidades" (Is 53,11).

Por la alianza el mismo Dios se hizo *patético*; es decir, asumió el *pathos* (el sufrimiento) de su pueblo (14). La encarnación revela toda la empatía y la simpatía de Dios para con la humanidad pervertida; asume nuestra carnalidad pecadora, y las consecuencias que el pecado produjo en nuestra historia en términos de enfermedad, y limitaciones de la vida, violencias, incomprensiones y muerte. Dios, por la encarnación de su hijo, ha hecho de esta antirrealidad, su propia realidad por pura gratuidad (Rm 5,10.15): maldito con los malditos, condenado con los condenados, crucificado con los crucificados. No queremos deshistorizar las causas que llevaron a la muerte a Jesús; pero a pesar de esto y en esto, el Hijo aceptó la condenación como forma de solidaridad con los condenados. Tal actitud revela la superabundancia del amor que jamás se deja vencer por los mecanismos de odio persistentes en la historia. Esta simpatía de Dios para con los ofendidos de nuestro mundo continúan, pues el Juez supremo se ha hecho hambriento con los hambrientos, desnudo con los desnudos y prisioneros (cfr Mt 25, 31-46).

Esta solidaridad implica la reciprocidad. En esto consiste el fundamento del seguimiento de Jesús como la forma más plena de vivir el cristianismo. Todos los que sufren se sienten unidos a quien más sufrió: Jesucristo. Los Cristos azotados y torturados de nuestra piedad popular nos muestran la solidaridad y la reciprocidad: por una parte Cristo es el que se identifica con los esclavos, los amarrados al cepo y torturados; por otro lado, es el pueblo quien se ve retratado en el Cristo sufriente y muerto. El pueblo en su marginación y en su sufrimiento puede ser visto como el continuador y el actualizador de la situación del Siervo Sufriente, cuya pasión injusta reclama redención. En la medida en que este pueblo, pobre, cristiano, asume su pasión no por amor a ella sino por amor a Cristo que también padeció, se transforma en el Siervo Sufriente histórico en el que Cris-

to continúa penando, siendo torturado y crucificado hasta el final de la historia del antirreino.

Predicar la cruz y la muerte significa convocar hacia este amor fuerte y revolucionario en la identificación con los que sufren, para combatir junto con ellos los mecanismos productores de las cruces. No debemos pues predicar la cruz y la muerte de tal manera que sean exaltadas por sí mismas; la situación de los siervos sufrientes no nos convida en primer lugar a la contemplación, sino a la acción liberadora. El que tiene hambre grita: ¡Quiero vivir! Y nuestro gesto es de solidaridad que crea condiciones de vida para todos.

LA CRUZ Y LA MUERTE COMO EL LUGAR Y EL MOMENTO DE LA RESURRECCION DE LA VICTORIA SOBRE LA CRUZ Y SOBRE LA MUERTE

La resurrección entendida teológicamente no debe de ser considerada como la deducción de una vida que se sigue a la muerte de cruz. En verdad la opción de asumir la mortalidad de la vida con jovialidad, de compartir la suerte de los que sufren, de abrazar las consecuencias de la lucha contra las cruces, de sacrificarse en favor de los que torturan y matan para mantener con él una comunión digna mediante el perdón, posee dentro de sí tal intensidad de vida que no puede ser engullida por la muerte. Ella persevera dentro de la muerte y triunfa gloriosamente. Con razón San Juan dice: es "la hora de Jesús" tanto el momento de la crucifixión cuanto la resurrección". En el momento en que Jesús se vacía totalmente de sí y se entrega confiadamente al Padre, en ese momento preciso se da también la plenificación de la vida divina y humana en Él. La resurrección es el lugar y el momento de la inauguración del Reino de Dios verdaderamente total en la persona de Jesús. La resurrección por lo tanto, revela cuál es el sentido latente de una vida entregada y sacrificada para nosotros: ella conduce a la vida; más aún, genera la vida en su suprema expresión. San Juan insinúa con su frase que tiene una ambigüedad intencionada: Jesús, "inclinando la cabeza, entregó el espíritu" (Jn 19,30). Jesús entregó el espíritu en el sentido de que murió verdaderamente; Jesús entregó el Espíritu (Pneuma tithenai y no psychet tithenai) en el sentido de entregarnos la fuente de la vida verdadera que es el mismo Espíritu Santo. De esta manera la cruz y la muerte son totalmente desdramatizadas y transformadas en fuente de redención y de hombre nuevo.

NOTAS

- (1) Ver mi libro *Pasión de Cristo, Pasión del Mundo*. Presentamos aquí algunos títulos latinoamericanos pues fue en nuestro continente donde esta temática ha recibido en los últimos años una elaboración más adecuada y más ligada al camino doloroso de la Iglesia: J SOBRINO, *La muerte de Jesús y la liberación en la historia*, en *Cristología desde América Latina*, C.R.T., México 1973. C.R.; Id, *El resucitado es el crucificado*. Lectura de la resurrección de Jesús desde los crucificados

del mundo en Jesús en América Latina, Santander 1973, pp. 235-250; Id la fe en el hijo de Dios desde un pueblo crucificado, op. cit. 251-261; IGNACIO ELLACURIA *Carácter político de la Misión de Jesús* (Miec-Jesi, documento 13-T), Lima 1974; Id *El pueblo crucificado*, en *Cruz y Resurrección*, C.R.T., México 1978. 49-82; Id *Por qué muere Jesús y por qué lo matan*, en *Misión abierta* (2 (1977) 17-26; R VIDALES, *La Práctica Histórica de Jesús*. Notas provisionales, *Christus* No. 480 (1975) 43-45; H ECHEGARAY, *La Práctica de Jesús* Sep 1982 111-152; V FERRARO *El significado político de la Muerte de Jesús a la luz del Nuevo Testamento*, Metrópolis 1979, también Ver 36 (1976) 811-857; J REGDOR, *Gesú é il risveglio degli oppressi. La sfida della teologia della liberazione*, Milan 1981 esp 269-353; varios, *Jesús Vencido ni monarca celestial* Buenos Aires 1977 en la revista *Ínfera* va la obra importante de J I GONZALEZ FAUS *Humanidad nueva*. Barcelona-Madrid 1974, Vol. I, 123-130; Vol II, 519-565.

- (2) J I GONZALEZ FAUS, *La Humanidad Nueva* Vol I, 1974.
- (3) ALCEU AMOROSO LIMA decía: "Vivir es morir... para vivir mejor, para vivir más integralmente, para vivir de modo inmortal": todo es misterio, Metrópolis 1983, 82.
- (4) Ver esto más en detalle en L BOFF, *Pasión de Cristo-Pasión del Mundo*, op cit 67ss; cfr también en grandes señales (1982) 360-365.
- (5) Esta dimensión ha sido testificada por los místicos, Teresa de la Santa Faz, de Lisieux escribía en 1897 un poco antes de morir: "no es para mí un velo, es un muro que se eleva hasta el cielo y cubre el firmamento estrellado. Cuando cunto la felicidad del cielo, la eterna posesión de Dios, no siento ninguna alegría porque canto lo que sólo quiero creer". En otra ocasión escribió: "Avanza, regocíjate por la muerte que te dará no lo que esperas, sino una noche más profunda, noche de la nada. . . no quiero escribir más por miedo a las formas". Una convertida decía: "Antes, cuando era Atea, vivía una ausencia vacía; ahora tengo la vivencia de una ausencia plena". Estas expresiones traducen lo que es una cruz interior, tan dolorosa como la física. Para estos ejemplos y otros más ver: H LEPARGNEU, *Experiencia de Dios*, en *grandes señales* 36 (1982) 278-282.
- (6) Citado por E DUSSEL, *El Episcopado Latinoamericano y la Liberación de los Pobres México* 1979, 19 Nota 18.
- (7) Es lo que el Papa Juan Pablo II dice textualmente en el discurso inaugural a los obispos en Puebla (No. 3,3).
- (8) Ver lo que dice acertadamente I ELLACURIA, *El Pueblo Crucificado* op cit 56: "El enfoque ascético y moralista de la cruz cristiana desvirtuó la importancia histórica de la cruz y suscitó un rechazo de todo lo que tenga que ver con ella. Tal rechazo está plenamente justificado aun en el caso de que se trate de una salida inmadura de quien se libera de sus fantasmas emocionales. La renovación del misterio de la cruz tiene que ver muy poco con la represión gratuita que sitúa la cruz en donde cada uno quiere, y no donde fue colocada por el mismo Jesús, como si él hubiera buscado para sí la muerte y no el anuncio del Reino".
- (9) Número 1159 del Documento de Puebla.
- (10) Num. 79 y 83.
- (11) Ver todo el número 183 (1983) de la revista *Concilium* dedicado al Martirio especialmente en su contexto latinoamericano pp 51-71.
- (12) C JANOUGH, *Conversaciones con Kafka*.
- (13) Ver la obra de C MESTERS, *El destino del pueblo que sufre*.
- (14) Ver para esto J MOLTMANN, *El Dios crucificado*; Id perspectiva de la teología moderna de la cruz en varios, *Sulla Teologia della croce*, Brescia 1972, 23-54 esp 39-40.



JOSE MIGUEZ BONINO

COMPROMISO CRISTIANO ANTE EL SUFRIMIENTO

"El día se levanta como un lamento que brota de lo profundo del corazón" (1).

El texto que recuerda la masacre de obreros en las minas de Iquique en 1907 no podría expresar mejor la sobrecogedora impresión que todos experimentamos cuando, en la reciente Asamblea del Consejo Mundial de Iglesias, escuchamos, en una misma sesión, el testimonio de protagonistas —víctimas y combatientes— de la gran batalla del sufrimiento en el mundo. Una mujer de las islas del Pacífico transformadas en campo de experimentación y blanco de fuego de armas nucleares, la historia de la huelga de hambre de las mujeres de las minas de Bolivia, el testimonio del vacío y el sinsentido de los hombres y mujeres de la Europa rica, la evocación del horror de una guerra nuclear (en el aniversario de Hiroshima), la muerte que acecha en cada calle de Beirut, los campos de refugiados de Africa del Sur, el genocidio de los indios quichés en Guatemala. ¿Es que por primera vez podemos ver y sumar las víctimas sobre toda la superficie del planeta? ¿O es que hemos tomado conciencia de que casi la totalidad de ese dolor es superfluo y eliminable? ¿Es que la humanidad ha desarrollado, junto a una desigualada capacidad de causar sufrimiento, una nueva sensibilidad hacia todo lo que denigra y destruye la dignidad y la vida humana? Sea por lo que fuere, quienquiera tenga alguna medida de sensibilidad no podrá menos que mirar con horror, cómo "el día se levanta como un lamento" en nuestro mundo, cada mañana.

Esto significa que más que hablar de un compromiso de los cristianos con 'el sufrimiento', debemos hablar de un compromiso con 'los que sufren'. Hacer del sufrimiento una abstracción, un quid metafísico sin sujeto ni rostro ni nombre, es robarle de nuevo a los que sufren su humanidad. Igualmente debemos denunciar el recurso de 'espiritualizar' el sufrimiento: "un sufrimiento que no participa del dolor físico, es todavía 'artificial, imaginario'. . . 'es puro romanticismo, pura literatura", señala Dorothee Sölle, citando a Simone Weil (2). Aquí, sobre esta tierra latinoamericana, no podemos caer en semejantes trampas. Cuando hablamos del sufrimiento estamos hablando de esto, de los mil rostros

que sufren hambre, tortura, represión, raquitismo, desnudez, mortalidad infantil, marginación, las enfermedades de los pobres. Compromiso con el sufrimiento significa la voluntad de eliminar. Para citar de nuevo a Dorothee Sölle:

. . . "la solidaridad con los desgraciados no compromete nada, no cambia absolutamente nada; nuestra defensa se manifiesta en el saber preciso de cómo se podrían superar los sufrimientos (3).

SACRALIZACION DEL SUFRIMIENTO

Parecería inevitable que una comunidad reunida en la memoria de una pasión, fundada sobre la historia del sufrimiento horrendo, injusto y comprometido del Crucificado, hiciera del compromiso con los que sufren el centro de su propia existencia. De hecho, la comunidad cristiana ha sido fascinada de muchas maneras por el tema del sufrimiento, y frecuentemente ha procurado servir, incluso de manera imaginativa y abnegadamente, a quienes más sufren. Y sin embargo, difícilmente podremos negar que, a lo largo de la historia, la pasión y crucifixión del pueblo latinoamericano —de los indígenas, de los campesinos, de las masas urbanas— las Iglesias cristianas han actuado sólo marginalmente en favor de los sufrientes, cuando no han permanecido indiferentes. Han ofrecido un fácil consuelo e incluso tomado el partido de los responsables del sufrimiento. Por eso no podemos abordar nuestro tema sin investigar las interpretaciones teológicas, las actitudes espirituales, y las prácticas sociales que han debilitado o vaciado el compromiso de los cristianos con los que sufren.

La aceptación pasiva del sufrimiento e incluso la sacralización del mismo es la primera de esas actitudes, que muchas veces ha sido señalada:

Amigazo: pa sufrir
han nacido los varones. . .

hasta que venga la muerte
y la agarren a coscorrones (4).

Estos versos que el *Martín Fierro* pone en labios del gaucho Cruz (!) reflejan cabalmente esta aceptación del sufrimiento como inevitable, connatural a la existencia humana. Cuando un campesino, explicando la condición de su clase, responde a Paulo Freire, que es así como ha vivido su padre y su abuelo, está simplemente inscribiendo su sufrimiento en "la naturaleza de las cosas". Y presionado por el ¿por qué? el maestro, hace el paso final, teológico: "Será porque así lo ha querido Dios". Si es así, ¿cómo rebelarse frente a la voluntad divina? La voluntad de Dios, manifiesta en el orden de las cosas tal como ocurren, sella definitivamente la necesidad del sometimiento al sufrimiento.

Este 'dolorismo', que tiene una larga historia en las tradiciones religiosas, adquiere incluso una confirmación cristológica en las imágenes del Cristo sufriente que, como se ha notado tantas veces, ha ocupado un lugar central en la religiosidad latinoamericana y muy particularmente en la de los sectores más castigados de su población. "Los Cristos doloristas de América Latina, que tienen como imagen central únicamente la cruz, son Cristo de la impotencia interiorizada en los oprimidos", señala Assmann, y añade, "La impotencia aparece como elemento esencial no-digerido, aceptado de antemano. . ." (5). En su interesante artículo "Ni vencido ni monarca celestial", Jorge Casalis lo explicita aún más:

Cuando el pueblo reza delante de estas imágenes o las venera, cuando ellas se graban en su espíritu a lo largo de toda una vida de pedagogía sometida y de práctica pasiva, está claro que encuentra allí su propio destino y lo adora o acepta con identificación masoquista. Este Jesús abatido no es, en efecto, más que la representación del indio vencido, de ese pobre de todos los pueblos en los que, desde Cortés, nada ha cambiado. . . (6).

Como veremos, esos Cristos no son sólo eso. Pero conviene recordar que son también eso. El círculo se cierra cuando el sufrimiento viene a ser interpretado como un merecido castigo, que es necesario aceptar de manos de un Dios airado por los pecados —casi siempre puramente individuales, moralistas o 'religiosos'— y como vía para alcanzar la salvación eterna:

Dulce Jesús de mi vida
dueño de mi corazón,
a vos confieso mis culpas,
que bien sabes cuántas son.
Aquí estoy en penitencia:
Echame tu absolución:
En vida dame castigos,
En mi muerte, salvación (7).

En este contexto viene al caso la oración de Calvino que cita Dorothee Söller: "Señor, vemos en los castigos que han venido sobre nosotros que tú estás enojado con toda razón contra nosotros. Ya que tú eres justo, no atormentas a los tuyos sin razón. . . Las espadas de que tú te sirves para ejecutar tu venganza están desenvainadas. . ." (8). Todo esto puede tener su lugar propio en la piedad cristiana. Pero inserto en la historia del sufrimiento injusto del pueblo, estimula un sadomasoquismo de trágicas consecuencias. Dios es visto como el monarca lejano, cuya relación con los hombres —sobre un plano individual— está centrada en el

castigo que consecuentemente hay que 'propiciar'. Esta 'propiciación' se manifiesta en el hombre piadoso, mediante una voluntaria aceptación de los sufrimientos; y no lo olvidemos, se trata del sufrimiento de la pobreza, de la esclavitud, de la enfermedad, de la desnutrición, de la miseria cuya 'espada de Dios' es el patrón explotador, el gobierno opresor, el capataz, la compañía minera. Todo queda aceptado y asumido, validado por un Dios que se complace en el castigo y por una 'salvación' ultraterrena. Más aún, esta concepción destruye la solidaridad: Dios "no atormenta sin razón", los que sufren lo merecen. La fórmula popular lo traduce muy claramente: "Si Dios le mandó eso, algo habrá hecho". Finalmente, aparece el consuelo fácil y superficial: "Dios dio, Dios quitó. . . hay que aceptarlo con paciencia". Quienquiera haya vivido o servido en áreas de pobreza, no necesitará ser convencido de la realidad de este síndrome ni del peso de la religión para confirmarlo y perpetuarlo.

MUERTE QUE FASCINA

Söller habla en este contexto de un 'sadmásquismo' inserto en mucha teología y piedad cristiana. Erich Fromm coloca estas actitudes dentro del tema más amplio de la 'necrofilia' —la atracción y fascinación por todo lo que tiene que ver con la muerte— que "puede observarse realmente, o bien vuelto hacia afuera contra los demás, o hacia adentro contra uno mismo" (9). Fromm está describiendo caracteres humanos; pero sería importante preguntarse si grupos, sectores sociales o sociedades enteras, no adquieren a lo largo de determinadas condiciones históricas estos caracteres —obsesión por el sufrimiento y la muerte— que llevan a aceptar o aun buscar masoquistamente el sufrimiento o a infligirlo. Una interpretación de la cruz y de la justicia de Dios inserta en esta situación y simbióticamente ligada a ella, no puede ser sino una fuerza de desmovilización y de defensa del status quo.

Esta perspectiva es útil para comprender el otro lado del sufrimiento de nuestro pueblo: aquéllos que son inmediatamente responsables del mismo dentro de la propia sociedad. En efecto, Fromm destaca cómo el sentimiento necrófilo está ligado a una adoración de la fuerza, de la capacidad de imponer, someter, dominar, destruir. Los resultados de una encuesta al respecto, llevada a cabo por Fromm y Macoby se resumen así:

En todas las muestras hallamos que las tendencias contrarias a la vida estaban significativamente correlacionadas con posiciones políticas que apoyaban un mayor poderío militar, y eran partidarias de la represión contra los inconformes. Los que tenían tendencias predominantes contra la vida consideraban más importantes las siguientes prioridades: mayor restricción de los agitadores. . . vigorizar la policía. . . (10).

Tanto el lenguaje como la prioridad de las dictaduras represivas y de sus grupos de apoyo en América Latina confirman esta correlación, que a su vez arroja luz sobre esta experiencia. El constante uso de un vocabulario religioso y teológico —referencia a la lucha anti-subversiva como 'redentora' o como 'cruzada', a la 'sangre que purifica', al enemigo 'satánico' que debe ser aniquilado— por estos grupos atestigua a la vez la interpretación 'necrófila' que se hace de estas nociones teológicas y su instrumentación como justificación e idealización religiosa —una verdadera sacralización— del sufrimiento infligido.

LA APATÍA COMO HUIDA

Junto a estas actitudes hacia el sufrimiento, interiorizadas mayormente por los sectores oprimidos como dolorismo y por los grupos de poder como justificación y sadismo, aparece en grandes sectores medios de la población urbana una actitud de *apatía frente al sufrimiento ajeno*. No es necesario invocar la experiencia de la Alemania bajo el nazismo para ilustrar esta apatía —indiferencia, incapacidad de reaccionar, voluntaria ignorancia— frente al horror. La complicidad o al menos la pasividad de grandes sectores de la clase media con las dictaduras militares represivas, exhibe las mismas características: “No me consta que esto ocurra” “¡Quién sabe si es verdad!” “Después de todo tampoco son inocentes”, “Alguien tiene que sufrir”, “Yo estoy en otra cosa”, “Eso no es asunto mío” son algunas de las muchas respuestas clisés que se obtienen en esos medios.

Esta negación del sufrimiento ajeno forma parte, según lo analiza Sölle de un esfuerzo por colocarse fuera de la esfera del ‘pathos’ humano, logra evitar y rehuir todo compromiso, todo lazo afectivo profundo, toda solidaridad última que pueda conmover o perturbar el ideal de una especie de ‘limbo’. No es que el sufrimiento haya desaparecido; “lo que falta es darse cuenta del propio sufrimiento y tener sensibilidad para el sufrimiento de los demás” (11). La protección de esa apatía se organiza mediante la huída del sufrimiento en los medios de comunicación, mediante la organización de una industria de la ‘distracción’, y con la prédica ideológica que permite achacar a los mismos que sufren —las clases sumergidas, el tercer mundo— la responsabilidad de su sufrimiento. Así negado, oculto, olvidado o ‘explicado’ el sufrimiento ajeno y hasta el propio, es eliminado de la experiencia. La realidad de la existencia propia y ajena queda bloqueada a la experiencia. El ideal es el de la *ataraxia* (12): Tener ánimo insensible, imperturbable.

Aunque esta actitud es evidentemente hoy un fenómeno secular, particularmente característico del mundo desarrollado y de los sectores medios de nuestras sociedades, no podemos olvidar su afinidad con una persistente corriente teológica cuya visión de Dios y del ideal de la vida mística se afirma en la idea de la impasibilidad. En su *El Dios Crucificado*, Moltmann ha mostrado claramente la profunda oposición entre una teología de ‘la apatía’ de Dios y la visión cristiana ‘patética’ (13). Las discusiones cristológicas de los siglos III-V nos muestran los vanos esfuerzos por forzar la persona de Cristo dentro del molde de esta concepción, o al menos adjudicar toda pasión, sufrimiento o emoción de Jesús a su humanidad, preservando una divinidad impasible. Aun cuando las definiciones cristológicas rechazaron esta separación, la tendencia persiste en mucha literatura teológica casi hasta la actualidad.

UN DIOS QUE SE COMPADECE

Contra toda esta visión a-pática de Dios y del hombre, protesta claramente la visión bíblica de un Dios que se conmueve, sufre, se indigna, se regocija, y de un hombre creyente que ‘lucha’ con Dios desde el propio sufrimiento y el del pueblo. Este motivo de ‘queja’ frente al sufrimiento es el que queremos ahora rescatar en contraposición con el dolorismo y la apatía. Aquí está la otra dimensión de los

Cristos sufrientes de la piedad latinoamericana. Luis Valcarcel lo ha expresado magníficamente:

“Nada más impresionante que los Cristos indios. Son ólvas, esculturas y maderas de artistas cuzqueños en que el Divino Redentor es vera efigie del pueblo indígena. Todo el glorioso cuerpo del Crucificado es como una sola esquistosis, como un volumen verdirrojo, de sangre y pus, como un fruto maduro de la crueldad humana que en ese cuerpo celestia ensañó para no dejar en él espacio libre de dolor y sufrimiento. Es el Cristo Indio la obra maestra de sátira religiosa y cáustica ironía. Son hombres blancos quienes han puesto ese horripilante estado a su propio Dios. Si ellos, conformes a su doctrina, a su sagrada historia, crucificaron a Jesús ¿cómo extrañarse entonces de que tengan también en la cruz de mayor injusticia a su raza? Si, Cristo es la raza India cubierto de esquistosis, de sangre y de lodo. ‘Horrorizáos de todos los hombres que torturaron al dulce Galileo, que le siguen torturando aún: horrorizáos de los hombres blancos, impudicos, delcidas’. Así parecen expresar aquellas pinturas, maderas y esculturas del Cristo Indio, que por millares salen de la Escuela Cuzqueña para difundirse por todo el mundo de los Andes, como un convincente mensaje del odio al opresor como una vera efigie del pueblo así martirizado en la mina, en los obrajes, en los campos palúdicos del trópico y en todos los caminos de costa, sierra y montaña, donde el indio reemplazaba a la acémila.

Tales imágenes sangrantes y esquistomísticas eran permanentes despertadores de la tragedia, de la cotidiana tragedia del regnícola esclavizado (14).

Bien sabemos que ya Marx había percibido y subrayado este aspecto de ‘queja’ o ‘protesta’ inherente a la experiencia religiosa. Pero aquí nos interesa destacar esa expresión en la tradición bíblica, que los estudios del último siglo han puesto de relieve. Por razón de espacio, me limito a tres ejemplos. Los ‘cantos de queja’ (Klagelieder) de los salmistas son una primera evidencia (Salmos 12,44,58,85,90,106,126 entre otros). He aquí algunos de los elementos más notables:

- 1) El creyente, sea individuo o pueblo —los límites no son siempre claros pues hay un sentido de personalidad colectiva— percibe su situación bajo el contraste entre vida y muerte: “El mundo de la muerte está tratando de violar el reino de la vida. Las fuerzas adversarias de Dios parecen haber obtenido la victoria” (15).
- 2) Es muy difícil individualizar las causas específicas del sufrimiento; más bien, éste es descrito como un ámbito generalizado; incluso las expresiones son a veces estereotipadas ritualmente.
- 3) Una de las características más marcadas del sufrimiento es el ‘aislamiento’: “oprobio de los hombres, despreciado” (22,6-7), “cortado de la tierra de los vivientes”.
- 4) La ‘inocencia’ del sufriente agrava la situación: —¿cómo es posible que quien obra mal prospere; más aún que triunfe sobre el inocente?
- 5) Esta situación se transforma en una ‘queja’: “¿Porqué te has olvidado de mí?” Y en un llamado: “levántate”, “desnuda tu brazo”, “Exsurge domine”.

- 6) Dios ha de intervenir y restaurar el triunfo de la vida, defender el sufrimiento inocente y derrotar las fuerzas del mal y la muerte. Tampoco aquí se especifica la forma de la intervención divina, pero se afirma la confianza en su victoria.

Esta 'teología de la queja' encuentra sin duda su expresión más profunda en el libro de Job. El es el representante del sufriente inocente que reclama justicia no meramente consuelo. Rehusa aceptar, y exige ser defendido. Lo que está en juego es la propia justicia divina, vulnerada (¿por el propio Dios?) en el sufrimiento de Job. Dios sólo puede probarse justo en la 'justificación'; a saber, en la defensa concreta e histórica del inocente. Por eso Job rehusa la teología corriente del sufrimiento representada por los 'sabios', los teólogos del sufrimiento cuyo argumento central es una petición de principio: Dios es justo; luego, el sufrimiento debe ser también justo: castigo de una culpa. Job, pues, debe ser pecador. Que admita su culpa, que se humille y pida perdón y que acepte el sufrimiento. Pero Job no está dispuesto a que un argumento teológico enmascare la realidad.

Vuestras máximas son refranes de ceniza,
y vuestros baluartes son baluartes de lodo.
Escuchadme, y hablaré yo,
y que me venga después lo que viniere. . .

Oíd con atención mi razonamiento,
y mi declaración entre en vuestros oídos.
He aquí ahora, si yo expusiere mi causa,
sé que seré justificado.
¿Quién es el que contendrá conmigo?
Porque si ahora yo callara, moriría (Job 13,12ss).

Con razón interpreta Elsa Tames a Job:

¿Porque no callan esos sabios? Su sabiduría no encaja con la vida. Dolor y miseria tienen enfrente y lo niegan con sus palabras. Teología vacía, cerrada, que pretende defender a Dios con mentiras increíbles (Job 13,7). Son abogados de Dios a costa del hombre, en lugar de ser defensores del hombre por mandato de Dios.

Por eso, la defensa de Job no es simplemente una justificación de Dios a costa de la vergüenza de Job. Por el contrario, es el mentís a la teología sado-masoquista del sufrimiento. Es el restablecimiento de la justicia y por ello la justificación de Job. Con razón —por más académicamente objetable que sea su hermenéutica alegórica— los padres viejos allí una profecía de la resurrección.

EL ANTI-DESTINO

La última observación en este contexto, tiene que ver con el tratamiento del sufrimiento en la perspectiva escatológica. En ella la justificación de Dios se transforma en promesa. El sufrimiento no es explicado como un 'destino' o como 'la naturaleza de las cosas' sino que incluso como juicio y castigo como algo que nace de una 'anti-naturaleza', de un 'absurdo' introducido por el pecado. Por consiguiente Dios está empeñado en un combate cuya meta es el 'shalom', la plenitud de vida —gozo, justicia, bienestar, armonía— entre los hombres y en la totalidad de la creación. Nada puede detener esa historia. Y si el camino de la pro-

mesa incluye aún el sufrimiento —como juicio, como pedagogía, como lucha o como sufrimiento vicario— éste no tiene nunca el carácter de fin sino de camino, un camino que se justifica en el triunfo. Aceptar el sufrimiento es aceptar ese camino: aprender, asumir la responsabilidad, arrepentirse, identificarse con una misión. . . pero en el camino de la superación del sufrimiento. Dios se muestra plenamente Dios porque mueve su historia hacia el momento en que "no habrá más muerte, ni pena, ni queja, ni dolor, porque todo lo de antes pasó" (Ap 21,4).

EL DOLOR HECHO HISTORIA

Desde este punto necesitamos regresar a nuestra formulación inicial: el compromiso frente al sufrimiento es compromiso con los que sufren. Ese dolor que se hace queja litúrgica es siempre dolor de hombres y mujeres —concreto, vivido en una carne y en una conciencia humana— personal y comunitario. Es el dolor del hambre, de la soledad, del abandono, de la culpa, del desamor, de la enfermedad, de la cárcel, del desempleo, de la tortura. El compromiso debe moverse a esta fase 'racional', como la llama Dorothee Sölle (16), en que el sufrimiento es 'historizado' —nombrado, analizado— a fin de ser combatido. Cuando esto no ocurre la 'queja' se transforma en escapismo y la esperanza escatológica en desmovilización histórica.

Esta 'historización' del sufrimiento, lo que es su equivalente la historización de la caridad, ha caracterizado el despertar pastoral y teológico de las iglesias latinoamericanas durante los últimos veinte años, y no necesita ser ahora nuevamente elaborado. Sólo quisiera subrayar tres dimensiones a mi ver indispensables en esta fase de nuestra reflexión sobre el sufrimiento.

La primera es analítica, y en ella es indispensable la contribución de las ciencias sociales. Se trata primeramente de remontar el sufrimiento a sus causas histórico-sociales inmediatas, y eso nos lleva a descubrir los mecanismos de la creación y reproducción de la pobreza, la marginación social, la anomia (con sus caracteres morales y psíquicos), y los demás males bajo los cuales concretamente sufre la gran mayoría de nuestros pueblos. Eso nos ha llevado a su vez a ver el carácter estructural de esas causas: esa inmensa carga de sufrimiento que grava la vida del pueblo latinoamericano no es simplemente la consecuencia de un conjunto de fenómenos aislados e inconexos, sino una estructura total —económica, social, política— que determina la existencia de las personas y las comunidades, que condiciona las relaciones, la vida familiar, la salud y la cultura, el trabajo y las expectativas de vida. Finalmente, una visión más profunda muestra este sistema inserto en una realidad aún más global: la estructura económica —con sus relaciones políticas, ideológicas y sociales— de orden mundial de la cual nuestros países dependen. Sin estos niveles de análisis, el compromiso con los que sufren en nuestra tierra resulta superficial y estéril; o peor aún, encubridor y culpable.

En América Latina y aun a nivel ecuménico, la experiencia de los últimos años nos ha conducido a dar un paso más allá: al descubrimiento de que este sistema dentro del cual y a causa del cual sufre nuestro pueblo, es no sólo coyuntural o colateralmente opuesto a la vida, sino en el desa-

rollo actual de la historia de la humanidad, es intrínseca y necesariamente un sistema de muerte. La cosificación del ser humano como fuerza de trabajo, como objeto de manipulación psicológica y cultural, como peón en el ajedrez político no es consecuencia de la perversidad de unos o la estupidez de otros, sino a la vez la demanda y la consecuencia del tipo de racionalidad que rige a nuestro mundo. Cuando el mantenimiento del sistema requiere el crecimiento del desempleo, la depredación de la naturaleza, la carrera armamentista, el genocidio de América Central o la brutal represión de los regímenes militares, la racionalidad técnica hace simplemente los cálculos necesarios y proclama la necesidad absoluta, natural, de tales cosas. La "doctrina de seguridad nacional" tan cuidadosamente probada en América Latina, no es la 'causa' del sufrimiento sino su instrumento. El hombre tiene que morir —o tiene que funcionar como una cosa muerta— para que esa racionalidad y ese sistema funcionen. Y la totalidad toma en efecto un carácter 'automático', independiente de la voluntad personal de los hombres.

EL ANTI-CRISTO

Cuando miramos de cerca como cristianos este sistema, advertimos que se trata, literal y absolutamente de la antítesis del Evangelio, y niega voluntad explícita del creador, el sentido del pacto de Dios con la humanidad y con su Iglesia, el ministerio de Jesucristo, la promesa del Reino y el poder de la Resurrección. En efecto, la anti-vida es el anti-Cristo:

"Nos hallamos —dice uno de los documentos de la reciente Asamblea del Consejo Mundial de Iglesias— en situación similar a la de las iglesias del primer siglo a las que la Revelación de Juan se dirige. Atacadas por la bestia de los poderes domésticos e internacionales, coaccionadas por la bestia de las ideologías de seguridad nacional dominantes (cf Ap 13) y sufriendo bajo quienes abusan del poder económico, militar y político (Ap 18) algunas permanecen fieles, algunas luchan y algunas son tibias".

En otros términos, ya no se trata para las iglesias solamente de un problema de ética social o de doctrina social cristiana, de un servicio entre otros, de un deber 'derivado' de la doctrina. Lo que está en juego es la fe misma, la fidelidad a Jesucristo. Como lo han dicho los luteranos con respecto a una de las formas de este sistema (el *apartheid*) se trata de un *status confessionis* de un problema confesional, de una situación en la que la Iglesia se juega su propia existencia.

La continuidad y coherencia doctrinal entre esta interpretación teológica y la que encontramos anteriormente en los salmos de 'queja' resulta evidente: el reino de la vida es invadido por el poder de la muerte y las fuerzas del caos pretenden irrumpir en la creación de Dios. Y el creyente responde rechazando ese asalto e invocando el poder salvador y liberador. Pero también debe ser evidente la diferencia que se introduce en nuestra relectura de aquellos textos, una diferencia que *no interrumpe la continuidad de la fe* —es la misma fe del salmista— pero que sí hace mediar la distancia histórica en la que se inserta el análisis. El creyente repudia el poder de la muerte, y lo nombra no sólo en su unidad simbólica sino en sus mecanismos históricos; y así la fe incorpora las mediaciones históricas y le da una militan-

cia activa a su queja, compromete su racionalidad política social, concreta en su oración, y así vive su queja en ámbitos distintos pero inseparables de la liturgia y de acción. La unidad y la distinción de estos ámbitos son igualmente esenciales a un compromiso cristiano. La confusión de la separación de los mismos lleva a la 'mitologización' de la lucha contra el sufrimiento, y por ende a la ineficacia culpable o a la 'unidimensionalidad' de esa lucha; y por lo tanto a la pérdida de las dimensiones más profundas —personales y sociales— y a la anulación de los recursos espirituales en la lucha.

SEGUIR A JESUS

No podemos concluir sin dar un paso más. El compromiso del cristiano con el sufrimiento significa compromiso con los que sufren; y el compromiso con los que sufren significa lucha —activa e histórica— contra el sistema de muerte que causa el sufrimiento. Pero —y éste es el último paso— la lucha contra el sistema de muerte significa la aceptación del sufrimiento. Así pues, hay en verdad un compromiso con el sufrimiento, no abstracto ni genérico, o mesiánico, sino como el camino ineludible de quienes en este mundo, toman su lugar como seguidores del Crucificado en la lucha contra el reino de la muerte.

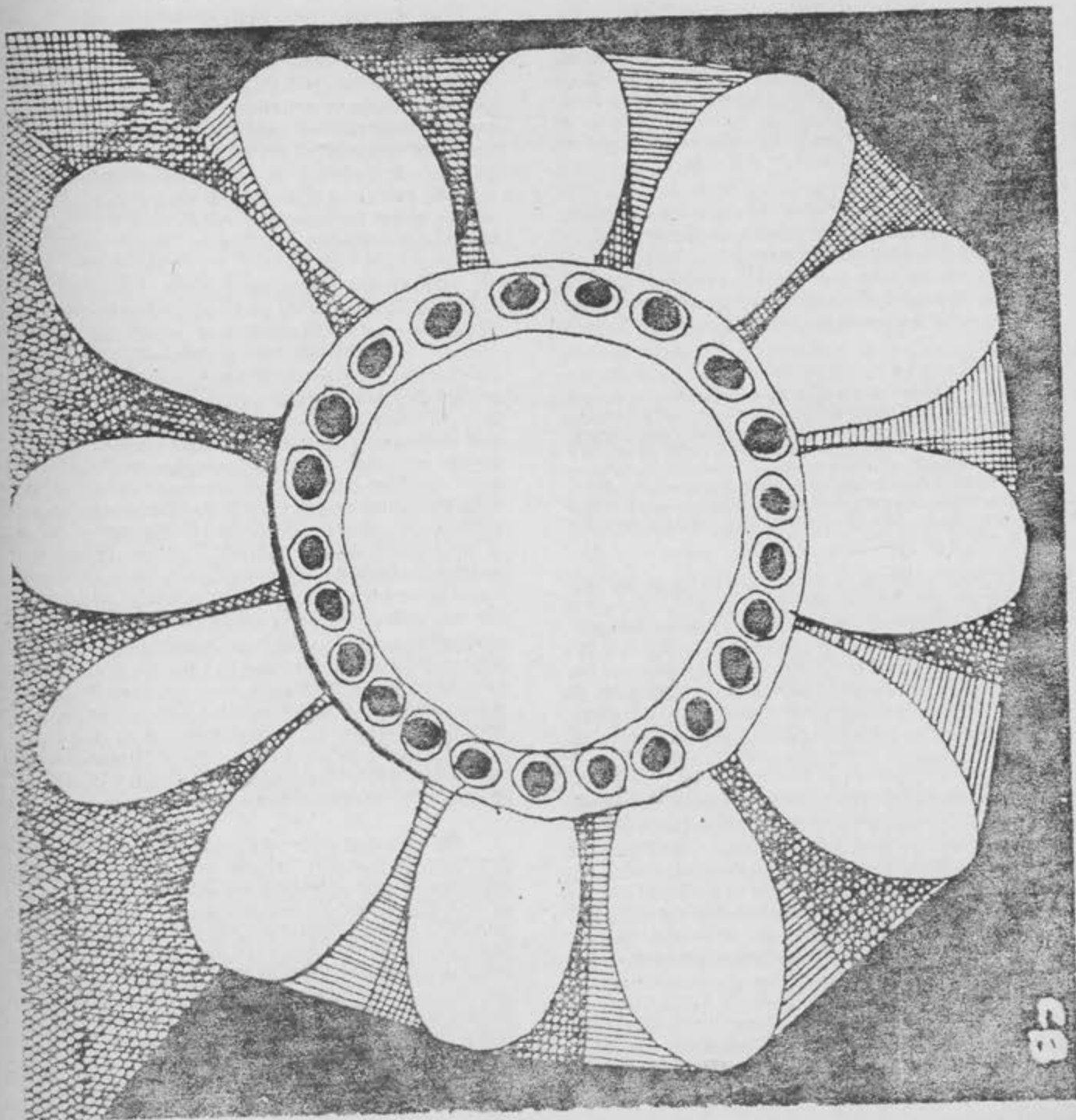
De esto deja pocas dudas el Nuevo Testamento. La invitación a seguirle entraña para Jesús, alistarse en una militancia que exige sacrificar la auto-afirmación ("niéguese a mismo"), el carácter absoluto de las relaciones que establecen nuestra vida ("aborrecer padre, madre, hermanos") y entregar la vida misma ("el que pierda su vida por mí causará vida..."). En un mundo en que 'los que mandan' se enseñorean de los demás, los llamados a seguir a quien "vino como servidor de todos" tienen que estar dispuestos a "tomar su cruz". ¿En qué consiste este sufrimiento? En términos genéricos, significa persecución, calumnia, desprecio, juicio injusto, cárcel y muerte. Son los sufrimientos que acompañan la lucha contra el poder del mal, y que de alguna manera prueban al discípulo que se halla en la línea del combate: "pues así hicieron con los profetas" a lo largo de la historia. Por eso, tales sufrimientos deben ser motivo de gozo, y soportados con la "paciencia militante" de quienes están seguros del triunfo de la causa de Dios. No es diferente la interpretación que hallamos en Pablo con respecto a su propio apostolado, a cuyos sufrimientos da el carácter de 'certificación' ("llevo en mi cuerpo las marcas de Cristo" Gal 6,17) y llega a darle un carácter redentor "completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo" (Col 1,24). Se trata, pues, de un sufrimiento para bien de otros (17).

Sin duda esta visión se encuadra en la perspectiva escatológica que constituye el telón de fondo a la vez que la estructura de todo el pensamiento neotestamentario. Y esto en un triple sentido. En primer lugar, se resalta el carácter conflictivo y contradictorio de la edad presente, en la que el poder del mal ha introducido el sufrimiento: la creación entera está como desquiciada, y *gime* en busca de una plenitud, de una armonía que ha perdido. Pero en segundo lugar, el tránsito hacia la nueva realidad ya ha comenzado, la cruz de Jesucristo y su resurrección inauguran el comienzo de la nueva era que ha de realizarse plenamente y que significará la derrota definitiva del dolor, la enfermedad, el

conflicto y la muerte. Los creyentes se constituyen en testigos de esta nueva edad. El Espíritu les permite vivir 'la nueva creación', pero en medio del conflicto con la edad vieja que aún subsiste y lo combate. Por eso, su gozo es paradójico, "en la tribulación". Este último término, precisamente, alcanza un significado técnico en la literatura apocalíptica, señalando la agudización del conflicto que arrecia en 'el tiempo final', y que pone a prueba la fidelidad del discípulo.

No cualquier sufrimiento tiene este carácter. . . Es el sufrimiento inmerecido que brota del testimonio y del servi-

cio ("Si sufrís por hacer el bien" 1 Pedro 3,14; "por causa de la justicia" Mateo 5,10). ¿Por qué ha de ser así? La respuesta es muy simple: vivimos en un mundo que ha vuelto la espalda al amor, el mundo de la injusticia, el mundo que acepta las pautas y normas del anti-Reino. Quien pretenda ('cristiano' o no) introducir en su vida y acción la forma de vida que corresponde a la verdadera humanidad, la justicia y la paz del Reino, andará inevitablemente "en sentido contrario", contra la corriente, 'intolerablemente'. El mundo viejo resiente la presencia de ese cuerpo extraño y pugna por eliminarlo. A veces lo logra y entonces el cristiano al-



canza la consumación de su solidaridad con Cristo: ser 'testigo hasta la sangre' (18).

COMPROMISO CON LOS MARTIRES

Esta que hemos descrito es la situación de 'martirio' en la que vive parte de la iglesia latinoamericana. Un martirio que nace del compromiso con 'los condenados de la tierra' y que lleva a la aceptación gozosa —no masoquista ni necrófila— del propio sufrimiento como precio de esa solidaridad. La historia de este martirio se escribe día a día en páginas que se reflejan en los periódicos y en otras que quedarán para siempre ocultas de las crónicas humanas, pero que están escritas para siempre "en el libro de la vida del Cordero que fue inmolado".

Por cierto que este 'sufrimiento' —sufrimiento inocente causado por la injusticia y sufrimiento militante nacido de la solidaridad— no agota la totalidad del dolor humano: están las enfermedades, las pequeñas o grandes tragedias personales, "las espinas en la carne" con mil orígenes distintos. Estos sufrimientos no son menos reales. No me he ocupado de ellos por dos razones. La primera es que en nuestro continente su importancia palidece frente al sufrimiento masivo de la injusticia. Más aún, buena parte de este dolor personal está más o menos directamente relacionado con las condiciones estructurales del sufrimiento social. Pero en segundo lugar, este dolor 'existencial' a nivel personal puede cobrar sentido cuando se vive en el contexto del compromiso con los que sufren; entonces, ese dolor puede tener un valor pedagógico: sensibilizarnos al sufrimiento ajeno, permitimos vivir —en algunos casos aunque sea sólo analógicamente— la realidad de nuestro pueblo y encarnar más profundamente ese compromiso en la lucha contra el sufrimiento. Sólo en una perspectiva tal es posible recibir el sufrimiento como voluntad de Dios, no como una voluntad absoluta de Dios que quisiera nuestro sufrimiento por el sufrimiento mismo, sino como la voluntad condicional de Dios que, en el sufrimiento —que no es ni el plan original ni el propósito final de su creación— nos conduce a compartir y sentir el dolor ajeno y a comprometernos para su eliminación.

Tal vez podemos atrevernos a interpretar en este sentido ese núcleo que concentra la experiencia del sufrimiento en la Escritura: Getsemaní. Dolor espiritual y físico, dolor por la ausencia de Dios y por el abandono de los amigos, dolor por una misión cuyo cumplimiento no era evidente, dolor por la anticipación de la muerte. Interpretado este dolor desde una teología de la 'a-patía' de Dios, se ha intentado escamotear la realidad del sufrimiento: no es la divinidad de Cristo la que sufre sino sólo su humanidad. Desde una teología autocrática y arbitraria se ha querido ver en el 'debe ser' la voluntad absoluta e incondicionada de un decreto eterno. Y una teología dolorista se ha concentrado en el sometimiento al dolor como valor central.

En cambio —como buena parte de los relatos de la Pasión— si leemos este episodio a la luz de los salmos de 'queja', el corazón del pasaje es otro: el inocente interroga a Dios, le pide explicaciones, cuestiona la 'necesidad' del 'caliz amargo'. Pero no lo hace egocéntricamente, como la que-

ja aislada de un individuo 'privado': es la queja de quien ha asumido una misión, que ha tomado sobre sí la voluntad liberadora del Padre y la ha hecho plenamente suya. Y ese compromiso subordina la vindicación del inocente: "no se haga mi voluntad sino la tuya". Jesús apela a Dios contra Dios: ¿por qué? Y obedece a Dios contra Dios, al Dios que quiere a cualquier precio (el de la propia entrega y sufrimiento) la libertad de los hombres por sobre el Dios que aprueba incondicionalmente la conducta del Hijo. Por eso la respuesta a 'Getsemaní' no es la explicación del sufrimiento sino —por medio de la cruz— la derrota del sufrimiento: la Resurrección como nacimiento de una nueva humanidad. Creo que es en esta perspectiva que podemos hablar del compromiso del cristiano con el sufrimiento.

NOTAS

- (1) Del texto de la cantata *Santa María de Iquique*. Dirección y guión: CLAUDIO SAPIAIN.
- (2) DOROTHEE SOLLE, *Sufrimiento* (Salamanca, Ediciones Sígueme, 1978), p. 20.
- (3) *Ibid.*, p. 21.
- (4) JOSE HERNANDEZ, *Martín Fierro*, Versos 1688-1692.
- (5) HUGO ASSMANN, "La actuación histórica del poder de Cristo" en *Jesús ni vencido ni monarca celestial* (Ed. J. Míguez Bonino; Buenos Aires, Tierra Nueva, 1977) p. 201.
- (6) JORGE CASALIS, "Jesús: ni vencido ni monarca celestial", *Ibid.*, p. 121.
- (7) Del "Cancionero popular de la Rioja", compilado por Juan A. Carrizo, p. 351, citado en E DUSSEL y MARIA MERCEDES ESANDI, *El Catolicismo Popular en la Argentina* (Buenos Aires, Editorial Bonum, 1970), p. 209s. Subrayado nuestro.
- (8) Citado por SOLLE, *op cit.*, p. 16.
- (9) ERICH FROMM, *El Corazón del Hombre* (México, Fondo de Cultura Económica, 1960, p. 51).
- (10) Citado en FROMM, *Anatomía de la Destructividad Humana* (México, Siglo Veintiuno Editores, 1975), pp. 339-340.
- (11) SOLLE, *op cit.*, p. 44.
- (12) *Ibid.*, p. 48ss, donde se citan otros ejemplos.
- (13) JURGEN MOLTMANN, *El Dios Crucificado* (Salamanca, Ediciones Sígueme, 1975), pp. 382-399.
- (14) LUIS E VALCARCEL, *Ruta Cultural del Perú* (México, Fondo de Cultura Económica, 1945), pp. 176s.
- (15) HELMER RINGGREN, *La Fe de los Salmistas* (Buenos Aires, Editorial La Aurora, 1970), p. 98.
- (16) *Op. cit.* pp. 78s. SOLLE incluye un interesante cuadro, que es reproducido en HERMINIO GIL "Sentido de sufrimiento humano", en "A Cruz-Teología e Espiritualidade"; (São Paulo, Ediciones Paulinas, 1983), p. 152.
- (17) San Pablo habla también de un sufrimiento 'disciplinario' mediante el cual Dios corrige la 'soberbia'. Por ejemplo 2 Cor 12, 7-10.
- (18) Me he permitido citar aquí una página de mi obra *Ama y Haz lo que Quieras* (Buenos Aires, Editorial La Aurora, 1972) p. 112.

ADELA MARIA HELGUERA

LA RELIGIOSIDAD POPULAR ANTE EL DOLOR

INTRODUCCION

En la perspectiva de Puebla, la religiosidad popular latinoamericana no se reduce a las manifestaciones de la piedad —honda y a la vez amenazada— que caracteriza a las muchedumbres marcadas por el bautismo. Es la forma cultural que el diálogo de Dios con el hombre adquiere en nuestros pueblos. Es catolicismo popular (P 444).

Fe de la Iglesia hecha carne en la idiosincracia particular de Latinoamérica. Memoria cristiana colectiva (p 457) que al toparse en la organización social vigente con las "estructuras de pecado" se convierte muchas veces en un clamor por una verdadera liberación (P 452).

¿Cómo lo hace? ¿Cómo se adentra Dios en el corazón de un pueblo? ¿Por qué caminos, lejos de alienarlo, la religión popular lo incita a ser protagonista de su historia?

Acercarnos al "Evangelio encarnado en nuestros pueblos" (P 446) pide una actitud de humildad. Quitémonos las sandalias de los pies, porque la tierra que pisamos es santa. Postrémonos. Aprendamos a adorar. Dejémonos interpelar por la forma en que Dios sigue escuchando el clamor de su pueblo: "Yo soy el Dios de tus padres. . . He visto la aficción de mi pueblo en Egipto y he escuchado el clamor que le arrancan sus capataces. Yo conozco sus sufrimientos" (Ex 3,6-7).

Recibamos en el corazón el impacto de los símbolos que los ritos, fiestas, costumbres populares ponen en acción: reflejan su conciencia del misterio de la vida, su deseo de participación en ese misterio y también los caminos por los que como sujeto de su historia intenta redimir el dolor, transformar la muerte en vida. Caminos de fe, porque sabe que Dios está con él. Reconocimiento de esa presencia y de esa acción de Dios en la historia: "Cuando hayan sacado al pueblo de Egipto, ustedes vendrán a este cerro y me darán culto aquí" (Ex 3,12). Así encuentra su puesto espiritual en el mundo (ver "Iglesia y Religiosidad Popular en América Latina". Doc. Celam No. 29, No. 111).

Aproximarnos a la religiosidad popular es recibir la gran lección de nuestros pueblos, es hacernos discípulos de su sabiduría cristiana (P 448).

COMO SE ADENTRA DIOS EN EL CORAZON DE UN PUEBLO

"He visto la aficción de mi pueblo. . . y he bajado para librarle". . . Así conoció Israel a su Dios. Y así lo sigue conociendo nuestro pueblo.

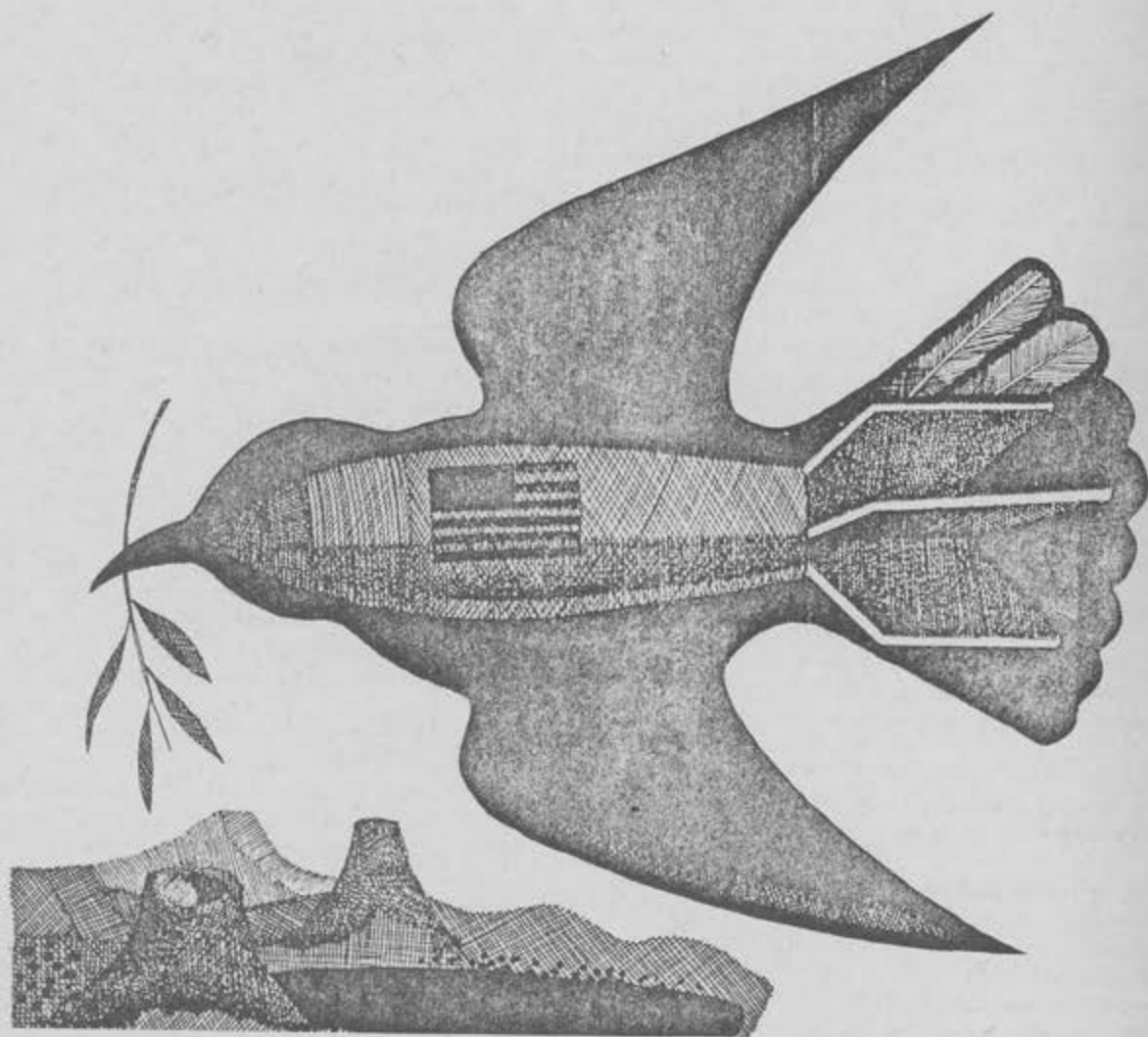
A unas ocho horas a pie de Salta, en el norte argentino, se levanta el santuario del Señor de Sunalac. Su fiesta se celebra en junio. Es invierno y los peregrinos, para calentarse hacen fogones en los altos del camino. . . o empujan la botella. Es temprano y esperamos en un costado del templo que comience la Misa. Junto a nosotros, una imagen de San Rafael, arrinconada y rota: del muñón de su muñeca sale un alambre que sujeta por la boca un gran pescado. . . En eso, por la puerta lateral entra un hombre joven, vestido pobremente y titubeante. Se acerca decidido a la imagen y la mira largamente. Lloro. De pronto exclama "Miráme Tatita, miráme cómo estoy! Perdonáme Tatita!" y saca de un bolsillo una vieja estampa arrugada, que pasea por la imagen, tomando gracia. La besa, la guarda y "Ta' el año, Tatita!" se despide.

Un Dios que está cerca "Tatita", que nos ve como somos: "Miráme Tatita". Un Dios que nos libera: "Perdonáme Tatita". Un Dios que nos espera allí, en el santuario para sanarnos. Un Dios con el que se puede hablar porque primero El se hace presente, nos ve, nos escucha. Presente en la persona de los santos, de María, de Jesús crucificado. En ellos, Dios se deja tocar: "Una fuerza salía de El" (Lc 8,46). Es a El a quien se le reclama "¿Por qué, Señor? ¿Por qué?. . . a los pies de la Virgen de Luján. Es a El a quien se le dicen "Tatita" mientras se toma gracia de un santo. . .

Nuestro Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo, el Dios que sigue metiéndose en el corazón de nuestra vida, de nuestra historia, para consolar, para perdonar, para recrear. "Perdonáme Tatita". Un Dios salvador.

El Dios que espera la respuesta del hombre. El Dios de la Alianza. El sentido de la promesa, en la religiosidad popular arraiga allí. En el reconocimiento de todo lo que le debemos a Dios "Con qué pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho? Cumpliré mis votos al Señor en presencia de su pueblo" (Salmo 115). Pacto de fidelidad: "Tú eres nuestro Dios y nosotros somos tu pueblo".

Y lo aprendió de El a contracorriente de lo que su experiencia inmediata le dictaba. En efecto, los misioneros españoles y portugueses siguieron la ruta abierta por los conquistadores. No venían, como Pablo, de la periferia del Imperio para evangelizar el centro, sino del centro del Imperio para "descubrir" y convertir tierras ignotas. Portadores de la conciencia cristiana que acababa de imponerse a los meros infieles, estaban plasmando la hispanidad: ¿Cómo iban a respetar la visión del mundo de estos nuevos infieles "salvajes" pobladores de la Indias Occidentales?



Sentido de lealtad que liga hondamente, en Alianza, nuestros pueblos latinoamericanos a su Dios (P 200). Reconocimiento de su presencia en lo más hondo de nuestras vidas y de nuestra historia. Reconocimiento que nace de saberse conocidos: "¡Miráme Tatita!"

La Iglesia —dice Puebla— "siente la necesidad de conocer al pueblo latinoamericano". . . para seguirlo evangelizando como heredero de un pasado, como protagonista del presente, como gestor de un futuro, como peregrino al Reino definitivo" (P 3). Esto, la Iglesia lo aprendió de su Dios.

Así, la cruz que vino con la espada y tras ella, no podía hablarle al indio más que de atropello y muerte, aun en aquellas zonas declaradas "tierra de paz" en que los misioneros intentaron persuadir y predicar con el "buen ejemplo"; la cruz hablaba de muerte solamente. Porque no asumía las "semillas del Verbo". Porque destruía junto al panteón indígena, el sentido del mundo y de la vida para estos pueblos.

En la noche triste de América, el clamor sordo de los pueblos que morían se elevó hasta los cielos. . .

Un eco quedó consignado para la historia: es la reacción de los indios principales y sus sabios ante la prédica de los doce primeros misioneros franciscanos llegados a México (1524). La recogió Fray Bernardino de Sahagún:

—“Señores nuestros, muy estimados señores:
Habéis padecido trabajos para llegar a esta tierra.

Por medio del intérprete respondemos,
devolvemos el aliento y la palabra.

Del Señor del cerca y del junto
por razón de él nos arriesgamos,
por esto nos metemos en peligro.

Somos gente vulgar,
Somos perecederos, somos mortales,

Déjennos, pues, ya morir,
déjennos ya perecer,
puesto que ya nuestros dioses han muerto.

Vosotros dijisteis
que nosotros no conocemos
al Señor del cerca y del junto
a aquél de quien son los cielos y la tierra.
Dijisteis que no eran verdaderos nuestros dioses.
Nueva palabra es ésta
la que habladis,
por ella estamos turbados
por ella estamos molestos.

Porque nuestros progenitores,
los que han sido —los que han vivido sobre la tierra—
no solían hablar así.

Ellos nos dieron sus normas de vida,
ellos los tenían por verdaderos,
daban culto, honraban a los dioses.

Ellos nos estuvieron enseñando
todas sus formas de culto,
todos sus modos de honrar (a los dioses).

Así, ante ellos acercamos la tierra a la boca,
nos sangramos, cumplimos las promesas,
quemamos copal,
y ofrecemos sacrificios.
Era doctrina de nuestros mayores
que son los dioses por quien se vive,
ellos nos merecieron (con su sacrificio nos dieron vida).

¿En qué forma? ¿Cuándo? ¿Dónde?
Cuando aún era de noche.
Era su doctrina
que ellos nos dan nuestro sustento,
todo cuanto se bebe y se come,
lo que conserva la vida: el maíz, el frijol,
los bledos, la chía. . .

Ellos son a quien pedimos
Agua, lluvia,
por las que se producen las cosas en la tierra.

Ellos mismos son ricos, son felices,
poseen las cosas.
De manera que siempre y por siempre
las cosas están germinando y verdean en su casa,
allá donde de algún modo se existe,
en el lugar de Tlalocan.
Nunca hay hambre allí,
no hay enfermedad, no hay pobreza.

Ellos dan a la gente el valor y el mando. . .
A ellos sobre todo el mundo,
el poder, la gloria, la fama.

Y ahora, nosotros
¿destruiremos la antigua regla de vida?

Nosotros sabemos a quién se debe la vida,
a quién se debe el nacer,
cómo hay que invocar,
cómo hay que rogar. . .

Y ciertamente no creemos aún lo que nos decís).
no lo tomamos por verdad,
aun cuando os ofendamos.

Es ya bastante que hayamos perdido,
que se nos haya quitado,
que se nos haya impedido nuestro gobierno.

Si en este mismo lugar permanecemos,
sólo seremos prisioneros.
Haced con nosotros
lo que queráis" (1).



¡Déjenos morir puesto que nuestros dioses han muerto! Este grito de dolor recorre la América indígena. Vencida, no renuncia a su verdad, a su sabiduría: "Ciertamente no creemos aún lo que nos decís, no lo tomamos por verdad". . . . Unos años más tarde Atahualpa hace rodar por el suelo la Biblia que le tendía otro misionero: "No me dice absolutamente nada" (2).

Está claro: el indio se repliega, se identifica con la tierra: "Si en este lugar permanecemos, sólo seremos prisioneros". Pero se hace consciente de su autoctonía, y la esgrime contra el blanco: "nosotros sabemos a quién se debe la vida".

En estas condiciones los misioneros sólo lograron conversiones aisladas. Quizás motivadas en la creencia de que con su llegada se había producido el fin del cuarto "sol", o era cósmica. La cruz que sólo hablaba de atropello y muerte no tocó el corazón de la América india.

En esta situación, Dios tuvo que suplir la falta de una antropología misional adecuada en sus ministros, carencia que les impediría distinguir entre lo que es pecado y debe ser convertido, y lo que es expresión cultural y debe ser asumido. Y eligió para hacerlo a la Madre de su Hijo.

La gran evangelizadora de América latina ha sido y es aún María. Ella, por medio de quien "Dios se hizo carne, entró a formar parte de un pueblo, constituyó el centro de la historia" (P 301) es la que hizo carne el Evangelio en el corazón de la América dominada:

"Desde los orígenes —en su aparición y advocación de Guadalupe— María constituyó el gran signo, de rostro maternal y misericordioso, de la cercanía del Padre y de Cristo" (P 282).

El diálogo de la Madre de Dios con Juan Diego, en el cerrillo de Tepeyac es la contrapartida de aquellos otros "coloquios" que apenas unos años antes se dieran entre los doce misioneros y los indios principales de México.

La "señora de sobrehumana grandeza, cuyo vestido era radiante como el sol" cuyos rasgos eran acentuadamente indígenas, lejos de "destruir la antigua regla de vida", la asume e incorpora a la nueva regla de vida que es el Evangelio. Por ella, las "semillas del Verbo" presentes en la cultura de los "hijos del sol" fueron recapituladas en Cristo. Y así, por ella, allá en 1531, el dolor de la América india comenzó a transformarse en vida, adquirió sentido pascual. Pero veamos a nuestra primera misionera en acción. Contemplemos el nacimiento de América Latina:

Amanecía. . . una música detiene los pasos de Juan Diego. Una voz llama al indio desde arriba del cerrillo Tepeyac: "—Juanito, Juan Dieguito". El sube a la cumbre y ve una señora. . . (3). Un diálogo breve y afectuoso se entabla:

"Juanito, el más pequeño de mis hijos, sabe y ten entendido que yo soy la siempre Virgen María, Madre del verdadero Dios (del Dios con raíz y fundamento) por quien se vive (Ipalnemohuani: Creador, Señor del cerca y del junto, Señor del cielo y la tierra; Toteculiyó: Salvador). Deseo vivamente que se me erija aquí un templo, para en él mostrar y prodigar

todo mi amor, compasión, auxilio y defensa a todos los moradores de esta tierra y a los demás amadores míos que me invocan y en mí confíen. Ve al Obispo de México a manifestarle lo mucho que deseo. Anda y pon en ello todo tu esfuerzo".

María, la "Estrella de la evangelización" no opone los nombres que los indígenas daban a Dios, a la revelación de Dios de Jesucristo. Asume el sentido de Dios y de la vida que tiene el indio. Asume el núcleo del mito del sol, con la sucesión de edades cósmicas y la certeza de que estableciendo el fin de la cuarta edad. Como quien sabe, utiliza los símbolos de la "antigua regla de vida": la *música* en el medio de la comunicación divina. El *monte Tepeyac*, uno de las colinas sagradas de México, donde Tonatzin, la diosa tierra se paseó cuando recibió en su seno unas plumas de colibrí y quedó embarazada del sol. Sus vestiduras: la *banda negra* que llevaba en la cintura, signo de embarazo; María embarazada del nuevo sol. Los *colores rojo pálido* de su túnica, color del oriente cuando el sol sale victorioso después de haber muerto durante la noche; el manto *verde azulado* color que se encontraba para el indio en el cruce de las fuerzas opuestas y significaba la fuerza que unificaba las tensiones opuestas que actúan en el mundo. Las *estrellas* del manto y la *luna* bajo los pies de la señora también se suman a esta fuerza unificadora: en vez de luchar contra el sol, su hermano bastardo según el mito —ellas eran hijas del cielo y de la tierra— se reconcilian con él. También el deseo de un *templo* era un anuncio de esperanza para el indígena sometido. Un templo destruido o quemado significaba para él el fin de su civilización y modo de vida. Un templo levantado *por su mediación* era claramente expresión de un nuevo estilo de vida, en continuidad con sus raíces y en una nueva etapa de su historia.

El encargo no es fácil para Juan Diego:

- "Señora, la más pequeña de mis hijas, niña mía expuse tu mensaje al obispo, pero pareció que no lo tuvo por cierto. Por lo cual te ruego que le encargues a alguno de los principales que lleve tu mensaje para que le crean, porque yo soy sólo un hombrecillo".
- "Oye, hijo mío, el más pequeño, —le respondió la Señora— ten entendido que son muchos mis servidores mensajeros a quienes puedo encargar que lleven mi mensaje y hagan mi voluntad, pero es de todo punto preciso que tú mismo solicites y ayudes y con tu mediación se cumpla mi voluntad. Te mando que otra vez vayas a ver al obispo y otra vez le digas que la Siempre Virgen María, Madre de Dios, te envía".

Como el obispo tampoco le dió crédito ese día y le pidió una señal, Juan Diego se desalentó. No volvió. Es más, trató de eludir el encuentro con la Señora del Cielo. Entonces ella bajó a buscarlo. Se puso en su camino, a un lado del cerro:

- "Oye y ten entendido, hijo mío el más pequeño, que es nada lo que te asusta y aflige. No se turbe tu corazón ni te inquiete cosa alguna. ¿No estoy yo aquí que soy tu madre? ¿No estás bajo mi sombra? ¿No estás, por ventura, en mi regazo? . . . Sube ahora, hijo mío, a

la cumbre del cerrillo, donde hallarás diferentes flores: córtalas y tráelas a mi presencia”.

Esa será la señal. Para el obispo y para la raza india. Porque en el lenguaje simbólico de los primeros pobladores de América las flores significaban la vida más allá de la vida (“de manera que siempre y por siempre las cosas están germinando y verdean en su casa, allá donde de algún modo se existe, en el lugar de Tlalocán”. . .). Con la música, la flor era el único camino para decir lo verdadero en la tierra.

En el corazón de Juan Diego y de sus hermanos de raza todos estos signos hablaron más que todas las prédicas. —“Señora mía y Dueño mío”— exclamó. Reconocía que en la mujer embarazada del sol, la oposición varón-mujer se conciliaba.

Y cuando en su humilde tilma se dibujó la imagen de la Señora él no necesitó ver el ángel que la sostiene —como habría sostenido un dios las eras pasadas de tierra, viento, fuego y agua— para saber que una nueva edad había comenzado. María anunciaba no el fin del cuarto sol como los misioneros, sino la presencia del quinto: Jesucristo.

El indio, expoliado por la conquista hasta del sentido de la vida (“déjennos morir puesto que nuestros dioses han muerto!”. . .) volvía a encontrar amparo: un sentimiento profundo de pertenencia y cariño rezuma de su diálogo: “Hija mía, la más pequeña, mi Niña y Señora”. . . “Juanito, el más pequeño de mis hijos”. . . Quien ya no tenía lugar (“solo seremos prisioneros”. . .) se vio confiada una misión, y la asume: “de buena gana iré a cumplir tu mandato”. . .

Bajo el manto verde azulado de María de Guadalupe la dura lucha social desatada por la conquista desembocaba en una síntesis nueva. Las fuerzas de “todos los moradores de esta tierra que me invoquen y en mí confíen” se concilian. Las fuerzas de los que “son sólo hombrecillos” y las de los principales”. Las del indio y las de los españoles creyentes. Claro que no de la misma manera: no se trata de canonizar la conquista sino de revertirla. Aquí el protagonista principal es el indio. El nuevo templo, la nueva fe necesita la mediación de Juan Diego ante el obispo. Como lo hiciera con Israel, Dios sigue eligiendo a los pobres para gestar en alianza nuestra historia.

El nuevo templo, la América Latina cristiana necesita la conversión del obispo. Ese rostro mestizo de María de Guadalupe le era extraño. Muchos misioneros, después de mieron que fuera una superchería, un modo de restablecer la antigua religión. Reconocer lo que había sucedido en el Tepeyac equivalía a reconocer la razón del indio. Y la Iglesia lo hizo. Apenas diez años después de la conquista de Tenochtitlan por Cortés, el obispo Fray Juan de Zumárraga se postró ante la imagen de la Virgen Indita.

Necesita la conversión del indígena también. Porque no se trata de un sincretismo fácil. María, la Madre del Dios con raíz y fundamento no es una diosa, como Tonantzin, no lleva máscara terrible. Sus rasgos son humanos: es la Madre del Dios hecho hombre, Jesucristo. Lenguaje nuevo para el indio. En esta humanidad de Dios reside la novedad del cristianismo y la ruptura con la concepción indígena de la

divinidad. Ruptura que lo abre al anuncio de un esplendoroso quinto sol, en quien el dolor, la derrota y la muerte se vuelven vida y liberación.

Y entonces creyó. Los misioneros, nos dice Mendieta no se daban abasto para bautizar a las muchedumbres que se convertían “y aunque mudaban los brazos ambos se les cansaban, porque un solo sacerdote acaecía bautizar en un día cuatro y cinco y hasta seis mil adultos y niños” (4).

Esta conciliación de indios y españoles en el plano de la fe común ligó nuestro bautismo al imperativo de ciertos valores humanos hondos, como el de la dignidad personal y el de la hermandad solidaria. Así nació América Latina. La fe selló su alma, marcó su identidad nueva, se constituyó en la matriz cultural del continente (P 445). “Esa identidad se simboliza muy luminosamente en el rostro mestizo de María de Guadalupe” (P. 446). En ella está la verdad de América Latina. La impotencia transformada en poder, el dolor transformado en vida.

Así entró Dios en el corazón de nuestros pueblos. Así vió su aflicción y bajó a liberarlos.

COMO UN PUEBLO TRANSFORMA EL DOLOR EN VIDA

“Miráme Tatita, miráme cómo estoy. . .” “Yo soy sólo un hombrecillo. . .” La fe cristiana, en Latinoamérica nace marcada por la actitud indígena —y oriental— del mero estar ahí. La conciencia de la propia indigencia, de vivir al borde de la muerte, en la pobreza, la injusticia, establecen a nuestros pueblos pobres en una ligazón especial con Dios. Es una alianza, una pertenencia, un vivir muy despojada, muy sencillamente delante de Dios: “Miráme Tatita. . . Perdonáme Tatita”. . .

Dependencia radical. Recurso a Dios desde la pobreza, la falta de todo apoyo. El corazón recibe el impacto de la realidad y lo rumia. La sabiduría de nuestro pueblo se refiere al puro hecho de vivir. Siente la cercanía del desgarrón de la muerte y el desamparo en que lo deja el ser pobre en esta sociedad. Los lleva adentro. No pretende modificarlos sólo a fuerza de voluntad. No es pasivo; sin embargo, es astuto para ocupar los espacios y esperar el momento (P 452): “A Dios rogando y con el mazo dando”.

Herederó del pasado y protagonista del presente (P 3) se adueña de los hechos que marcan su historia, los relee en su experiencia colectiva de Dios y de la vida, los expresa en símbolos variados, y transformados en costumbres, ritos, fiestas, los pone en acción, y gesta el futuro. . . Afirmación de un sujeto total comunitario que da a cada hombre su lugar, lo ampara en medio del mundo hostil, le permite perseguir un cambio total de la sociedad.

Relectura de la historia:

La religiosidad popular encierra un modo propio de leer la historia, de analizar la realidad, de encontrar su sentido, desde la fe. Vamos a ponernos a la escuela de alguien que fué hasta las últimas consecuencias de esta escucha hon-

da del pueblo y del Evangelio: Monseñor Enrique Angelelli, obispo de La Rioja, Argentina.

Pastor y poeta, descubrió en seguida la riqueza de la gran fiesta riojana: el Tinkunaco: nombre quichua que significa Encuentro. Vió a los promesantes de San Nicolás levantando sus banderas arriadas en señal de paz salir detrás de los alfereces que llevaban al santo. Vió a los "aillis", con el "Inca mayor" a la cabeza gastando vinchas anchas, pectorales con espejitos relucientes, a la cabeza de los promesantes del Niño Alcalde, vinchas y cintillas de colores sobre el negro pelo reluciente. Y entendió: la memoria colectiva estaba reviviendo y transfigurando el encuentro de dos razas, de dos culturas que nos dieron origen.

*"Porque el proyecto se hace silencio,
porque la vida se hace rezo,
porque el hombre se hace encuentro,
en cada historia de pueblo" (5).*

Las procesiones salen de dos puntos de la ciudad vestida de fiesta: campanas y pañuelos al aire, tum-tum de las cajas, el Inca bailando bajo el arco florido que precede al Niño. . . cuando ambas imágenes se topan, ante la casa de gobierno el rito se vuelve mensaje: San Nicolás descende, el pueblo se arrodilla, adora al Niño y tres veces lo aclama: "Niño Alcalde, Hijó de Dios, te adoramos!" Y la palabra del pastor recoge sus "gritos de penas y esperanza de sangre" (6):

"Puesto que reconocemos y confesamos una sola fe, en un solo Señor, Cristo, desde este primer día del año, debemos seguir bregando a fin de que no exista dominación del hombre por el hombre" (Mons Enrique Angelelli, 1-1-70).

Encuentro en medio de un desencuentro. Vida que nace de la muerte. La lectura que la religiosidad popular latinoamericana —desde el Tepeyac hasta La Rioja— hace de nuestra historia, no se agota en la dialéctica opresor-oprimido. No la ignora tampoco. Ni la resuelve simplistamente. La sitúa decididamente en un marco mayor, que abarca el mestizaje gestador de una raza nueva y el diálogo que suscita la fe. La presenta como un polo de la tensa dialéctica conquista-evangelización, dominación-fraternidad.

Acaso la Virgen Indita no nos enseñó que en el quinto Sol ya no hay indio ni español, esclavo ni hombre libre, varón ni mujer, sino que todos somos uno solo en Cristo. Ese es el programa que la sabiduría de nuestro pueblo recoge. Y así anuncia, a través de signos eficaces, la liberación que anse.

Una transformación de la historia:

Con este programa ante los ojos, nuestro pueblo sabe contemplar la Pasión de su Señor. Identifica su dolor con el del justo sufriente. . . "¿Por qué Señor? ¿Por qué?". . . Solloza y calla. Aprende no la resignación fatalista sino a llevar su cruz: "Hay que seguir andando nomás". Aprende a asumir el dolor y transformarlo en vida. Eso es la *paciencia* cristiana de nuestra gente, su largo aguante. Fe en la victoria de la vida, a pesar de todo. Al final saldremos adelante: "Dios aprieta pero no ahorca".

Aprende también que esa victoria de la vida será obra de todos. De Dios en primer lugar. El es quien "sabe lo que hace". Quien, cuando llegue el momento, "escribe derecho con líneas torcidas". El es justo y hace justicia.

Pero esta fe en la Providencia no lo lleva a cruzarse de brazos: "De buena gana iré a cumplir tu mandato" exclama, con Juan Diego. "Todos unidos triunfaremos" canta la marcha más popular de Argentina.

Esta afirmación de un sujeto total se ha dado desde el principio de nuestra historia latinoamericana, en el ámbito de la religiosidad popular. Ya lo vimos: al sellar una Alianza con el Señor (P 200) nuestros pueblos encontraron su lugar en el mundo y ante El. Y en plena pasión y muerte cuando sufrían en su carne la experiencia de ser conquistados y dominados, labraron espacios de libertad para expresar su sentir colectivo, y participar activamente en gestos que anunciaban simbólicamente su victoria final. Los santuarios, las peregrinaciones, las fiestas patronales son sacramentales del misterio de la Iglesia y de nuestra verdad histórica. Las cofradías y hermandades ¿acaso no han sido en muchos lugares un precursor intento de organizar a los fieles cristianos para que vivan y testimonien su fe?

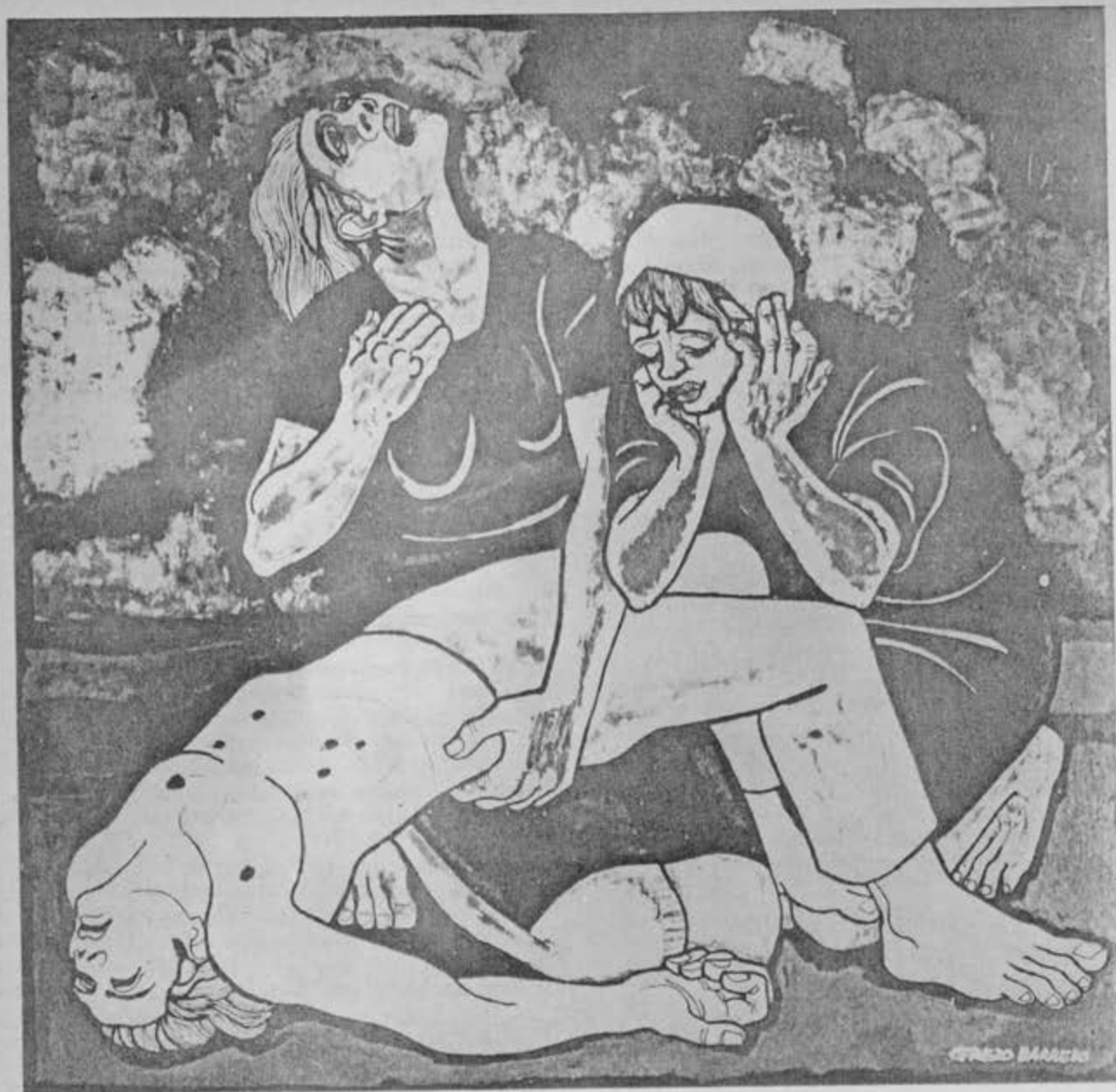
Con la secularización que trajo el mundo moderno, vino para nuestros pueblos el desafío de crear espacios donde ejercer la fraternidad lejos de la sombra protectora del campanario eclesial. Y supieron recogerlo: el deporte, el barrio, la aldea, los sindicatos, los movimientos populares. . . atestiguan su capacidad para organizarse y defender sus derechos, para vivir y festejar aun en medio de condiciones duras.

En la escuela de María de Guadalupe y Juan Diego hemos aprendido que para levantar esos espacios nuevos se necesita la conversión y el aporte de todos, pero sobre todo de los más pobres: ". . . *es de todo punto preciso* que tú mismo solicites y con tu mediación se cumpla mi voluntad".

Porque justamente de lo que se trata es de algo totalmente nuevo; y son quienes no tienen nada que perder y a la vez poseen desbordantes tesoros de fe esperanza y caridad, quienes pueden llevar adelante un cambio total.

Y también hemos aprendido que la participación popular, para ser creadora, debe ser fiel a su identidad. Poner en juego los símbolos que expresan su peculiar manera de ver la vida; revitalizar su sabiduría al contacto con la Palabra y con los ministros de la Iglesia.

De este modo en la escuela de la Virgen Indita y de Juan Diego podemos recoger la gran lección de nuestros pueblos: asumir el dolor, llevar su cruz como quien sabe que es escuchado. Como quien es hijo: "Yo oí sus lágrimas y ruegos para darles consuelo y alivio". . . "Miráme Tatita! Miráme cómo estoy! Perdonáme Tatita!" Saberse aceptado, acogido tal como se es, tal como se está. Y así, con esa certeza por todo bagaje, emprender el camino interior. El de la humildad. El de la larga paciencia que sabe redimir el dolor por el dolor. El de la fidelidad a la vida que arranca de llevar en sí mismo su propia muerte, entera. Ante el Tatita Dios.



Hasta que podamos escuchar a la Madre del Dios vivo decirnos:

"Oye y ten entendido, hijo mío el más pequeño, que es nada lo que te asusta y aflige. No se turbe tu corazón ni te inquiete cosa alguna. ¿No estoy yo aquí, que soy tu madre? ¿No estás bajo mi nombre? ¿No estás, por ventura, en mi regazo?... Ve al obispo y dile que sigo deseando vivamente que se me levante en esta tierra tuya, un templo nuevo". . .

NOTAS

- (1) Versión nahuatl de "Coloquios y Doctrina cristiana con que los doce frailes de San Francisco enviados por el Papa Adriano sexto y por el Emperador Carlos Quinto convirtieron a los indios de la Nueva España", obra de **FRAY BERNARDINO DE SAHAGUN**. Citado en: "Iglesia y religiosidad popular en América Latina, ponencias y Documento final". Documentos Celam No. 29, pag 163-5. El texto entero, en su versión española ha sido publicado por **JUAN GUILLERMO DURAN** y **RUBEN DARIO GARCIA** en "Teología", Revista

de la Facultad de Teología de la U. Cat. Argentina No. 34 año 1979, 2o. semestre. Data de 1564.

- (2) De "Tragedia del fin de Atahualpa"; drama quichua anónimo traducido al castellano por **JESUS LARA**, Cochabamba 1957.
- (3) Del Nican Mopohua escrito nahuatl cuyo autor, **D. ANTONIO VALERIANO** fué uno de los alumnos preferidos de Fray Bernardino de Sahagún. Este lo menciona en el equipo de hombres "hábiles y entendidos en lengua mexicana y en lengua latina" que le ayudó a recopilar y llamar los "Coloquios". Data de 1548 (ó 1576). Editado en Méjico, 1971.
- (4) "Historia eclesíastica Indiana". Obra escrita a fines del siglo XVI y publicada en México en 1970; libro 3, cap. 35.
- (5) "El hombre, proyecto de pueblo" poesía de **MONS ANGE-LELLI** en "Encuentro y mensaje" Ed. Patria Grande Bs. As. 1976 pag 17-18.
- (6) Ver también allí: "Tinkunaca riojano", pág 23-24.

SERGIO SANCHEZ FIGUEROA

SOLIDARIDAD

COMO RESPUESTA AL SUFRIMIENTO

INTRODUCCION

Me ha correspondido el honor de participar en este Congreso Ecuménico sobre "Sufrimiento Humano y Compromiso Cristiano en América Latina", en respuesta a la amable invitación de STAUROS a Monseñor Juan de Castro Reyes, Vicario de la Vicaría de la Solidaridad del Arzobispado de Santiago de Chile.

Quisiera expresar que es un orgullo para nosotros, el poder aportar con nuestra cuota particular de experiencia a la reflexión sobre el valor y dinamismo que genera hoy el Misterio de la Cruz en América Latina.

Se nos ha encomendado el tema "Solidaridad como Respuesta al Sufrimiento", y lo hemos acogido con gusto, porque refleja muy bien lo que ha sido el acento permanente de la Iglesia de Santiago durante esta última década. Promover la solidaridad a todo nivel, con, entre y desde los que sufren, ha sido la forma concreta de hacer presente el Reino en el aquí y en el ahora. Solidaridad ha sido amar hoy, liberando de su necesidad al pobre, al desvalido, al perseguido, al marginado, al enfermo, al opresor. . .

Hemos buscado seguir el camino del Buen Samaritano, en el que se nos revela el misterio del corazón de Dios y el de su actitud hacia el hombre, tal como El quiso manifestarlo en la vida de Jesús: pleno de gratuidad, encaminado a salvar a todo el hombre y a todos los hombres, sin mutilar ninguna dimensión de su ser ni marginar a nadie.

Quisiéramos haber hecho del Reino algo nuevo, actual y esperanzador, haber alentado la vida en quienes se iba extinguiendo. . .

I. NUESTRA HISTORIA CAIDA, HERIDA Y DESPOJADA

A partir de los acontecimientos de Septiembre de 1973, cambia el rostro de Chile. Corre-sangre, hay miles de

muerdos, detenidos, asilados o desaparecidos. Surge una situación enteramente nueva. Como la dignidad y los derechos de muchos hombres se ven gravemente amenazados, la Iglesia junto con otras confesiones cristianas y la Comunidad Israelita, intervienen acudiendo en ayuda de los "heridos del camino". Así nace primero, en Octubre de 1973, el Comité de Cooperación para la Paz en Chile, con el carácter de institución ecuménica; y luego, a partir de 1976, la Vicaría de la Solidaridad como continuadora de su acción.

A ella le ha tocado no sólo actuar en estos últimos años tormentosos de la historia chilena, sino además, concentrar su acción en un campo —el de los derechos humanos— que es de suyo conflictivo: pues no siempre es posible manifestar con nitidez el carácter evangélico de las propias motivaciones. No obstante, se ha esforzado en conservar su independencia para dejarse guiar únicamente por aquéllas que le son propias: no mirando sino al hombre integral que sufre (persona, sociedad y cultura) y a Cristo en él.

En nuestra patria hemos asistido, sin duda, a una auténtica revolución, donde muchos de los aspectos sociales de la vida humana han sido tocados. Una nueva civilización se ha inaugurado entre nosotros, comandada por un modelo económico de corte liberal capitalista, y un modelo político autoritario, basado en la doctrina de la Seguridad Nacional. Ambos modelos, por desgracia, imposibles de conciliar con la "verdad sobre el hombre" que plantea la enseñanza social de la Iglesia.

En nombre de este último, la represión a los disidentes ha sido y sigue siendo fuerte, aunque con distintas características según los años. Si bien es cierto que la brutalidad se ha atenuado, en cuanto hoy no tenemos más desaparecidos, ni fusilamientos sin juicio, ni campos masivos de detención, es un hecho por otra parte, que las medidas represivas, aunque más sutiles, afectan a un sector importante de la ciudadanía.

Después de diez años, no se esclarece aún la situación de centenares de personas que desaparecieron luego de su detención y acerca de quienes no se ha tenido ninguna clase de noticias. También existen miles de personas a los que se les ha negado su elemental derecho a vivir en la patria, y por lo mismo se encuentran sufriendo un exilio obligado.

Desafortunadamente aún continúan los tratos "cruces, inhumanos y degradantes" que sufren las personas cuando se les priva de su libertad. Persisten las situaciones de amedrentamiento individual o colectivo, con las que se infunde temor en los disidentes y en la población en general. Hay continuas relegaciones, especialmente de obreros y estudiantes, que deben cumplirse en lugares inhóspitos, por el solo hecho de manifestar su pensamiento, o participar en legítimos actos de protesta, nacidos de la situación particular que les afecta o por la crisis que vive el país.

Por otra parte la concentración de la riqueza en manos de unos pocos y la marginación de muchos ha enfatizado gravemente la división por las desigualdades sociales. Los primeros, han quedado heridos en su espíritu. Los segundos, en la carencia de bienes mínimos como el alimento, el techo (1) o la salud, debido fundamentalmente al desempleo (2). En estos años han sido cientos de miles los chilenos que han debido soportar la pobreza, la extrema pobreza y la cesantía crónica o frecuente.

El individualismo y la tendencia a la privatización han conducido a una vida social donde fatalmente terminan privilegiándose los intereses particulares, destruyéndose así la solidaridad como valor fundamental de la construcción de una sociedad en fraterna convivencia. A ello se ha agregado una participación dirigida verticalmente por el autoritarismo, con la consecuente falta de libertad para organizar y hacer oír la voz activa y espontáneamente.

La Seguridad Nacional ha negado de hecho el pluralismo ideológico, conduciendo a muchos a una actitud y mentalidad sectarias, que han desembocado en formas políticas y administrativas de persecución, afectando a miles de disidentes. La atomización de las organizaciones gremiales y sindicales ha dejado a sus miembros, particularmente a los trabajadores, indefensos frente a las diversas leyes hechas sin su participación y que han deteriorado hasta el extremo sus derechos adquiridos y su propio poder frente al poder del capital.

En medio de este desconocimiento de los más elementales y legítimos derechos, nos hemos encontrado con un Poder Judicial que por razones incomprensibles, muchas veces ha eludido su misión fundamental e irrenunciable de hacer justicia defendiendo los derechos fundamentales de las personas.

Así pues, muchas personas, grupos o instituciones, han quedado como "heridos en el camino" en la instauración de esta nueva civilización. . .

No obstante, no todo es criticable. Especialmente, si por contraste, tomamos en cuenta que también bajo el régimen anterior se llegó a excesos: el escándalo del "cuoteo" entre los propios partidarios del régimen por sobre el bien común, y las presiones de sus adictos que terminaban

avasallando a las personas, incluso en sectores populares, fueron el producto de un activismo político descontrolado que nos hizo mucho daño. . . Sin embargo, las heridas de los hombres caídos en el camino de estos últimos años han sido tantas y tan graves, que han interpelado a la iglesia, rica en misericordia, más que las partes saludables.

II. "LO QUE EL ESPÍRITU DICE A LA IGLESIA"

En esta historia, la Iglesia ha buscado ser fiel a su propia identidad solidaria, sembradora y defensora de la justicia, la libertad y la participación en comunión y verdad. . . No sin dolor, ha debido escrutar los signos de los tiempos, y con la fuerza del Espíritu que la confirma en su quehacer diario, ha ido escuchando lo que el mismo Espíritu le susurra al oído. . .

Ante todo, descubrimos que ser solidario como Cristo en el dolor, implica riesgos. Y más aún, cuando éste deriva del atropello de los derechos fundamentales de la persona humana.

- Riesgo de *ser utilizado* por ideologías y partidos políticos.
- Riesgos de *perder la legítima independencia* al momento de las "alianzas".
- Riesgo de *opacar la transparencia de las motivaciones* que le son propias a la Iglesia: mirar sólo al hombre que sufre y a Cristo en él.
- Riesgo de *solidarizar, generalmente, con un enemigo ideológico* del Estado.
- Riesgo de *ser acusado de hacer política y conspirar* contra el César.
- Riesgo de *provocar duras reacciones* de quienes ejercen el poder.
- Riesgo de que las acciones *sean malinterpretadas* o distorsionadas, por los medios de comunicación social, e incluso al interior de la misma Iglesia.

En la historia del Comité pro Paz y en la de la Vicaría de la Solidaridad, hemos experimentado muchas veces todo este tipo de riesgos. Pero creemos que quien quiera seguir el camino de Jesús, Buen Samaritano, debe estar dispuesto a enfrentar no sólo la incomprensión, sino incluso la persecución y la muerte. De hecho, es la suerte que muchos latinoamericanos han corrido, a causa de su opción preferencial —como el mismo Dios— por los pobres.

No obstante, el Espíritu nos hace descubrir un riesgo que tiene como condición necesaria la *confianza en el Dios Providente*. Difícilmente nos dejaríamos interpelar en profundidad por los pobres, ni menos aún seríamos capaces de acercarnos para comprometernos con su angustia y necesidad, si olvidamos la "sencillez" y fundamos nuestra respuesta exclusivamente en nuestros propios cálculos. . . El

mismo Jesús nos recuerda que los cálculos de la verdadera "prudencia" van aparejados con la "sencillez".

"Sean, pues,
prudentes como las serpientes,
y sencillos como las palomas"
(Mt 10,16).

Sencillez que está relacionada con haber asumido la actitud de desapego, confianza y fraternidad que encierra aquella otra frase del Evangelio:

"Pero el Padre de ustedes
sabe que necesitan todo eso.
Por lo tanto,
busquen primero el Reino
y todo lo bueno que éste supone;
y esas cosas vendrán por añadidura".

(Mt 6,32-33)

Sin una profunda confianza en el Dios Providente, comprometido con la historia humana, se vuelve casi imposible compartir los riesgos que implica una solidaridad generosa y plena, a la manera de Jesús.

Intimamente relacionado al riesgo y a la confianza en el Dios Providente, hemos descubierto una *acción profética integral*:

- En la *denuncia* de las injusticias, para disuadir y lograr que sean corregidos los atropellos a la dignidad humana, ya que siempre, el conculcamiento de los derechos fundamentales de los hombres, constituye una inhumana y antievangélica violencia, y se transforma en un potencial capaz de desatar acciones incontrolables de fuerza y brutalidad.
- En el *anuncio* de las grandes líneas éticas, valóricas, que a nombre de Dios la sociedad debe recorrer para instaurar una convivencia justa y pacífica. Pero es un anuncio basado, más que en la proclamación de la Palabra, en el testimonio que evangeliza fundamentalmente a través de hechos, orientados a la satisfacción de las necesidades de aquéllos a quienes se les impide el acceso al Reino.
- En el *llamado* a la conversión de la mente y del corazón a ese anuncio. Primeramente para que los hechos que motivan la denuncia no se repitan. Pero también, para que los mismos afectados, dejando de lado estériles divisionismos fruto del pecado, asuman como un solo pueblo, el rol protagónico que deben ejercer en la construcción del Reino.
- En la *integralidad del hombre*, llamando a salvaguardar o a promover la persona humana en todas sus dimensiones, ya que para que nuestra acción profética sea plenamente eficaz, no basta con interpelar a las personas y a las estructuras opresoras. Es necesario, en último término, abordar la cultura de la que forman parte y que las condiciona en sus posibilidades reales de liberación.

Hemos palpado también, que mientras *más pobres* son aquéllos a quienes servimos, más gratuito y universal aparece el rostro de Dios. Y por ende, más creíble.

Más *gratuito*, porque mientras mayor es la necesidad, más lejana se hace una posible recompensa al acudir en su ayuda. Más *universal*, porque se hace presente el Reino en los despreciados, los débiles, los perseguidos, los marginados. La no opción preferencial por ellos, redundaría en una necesaria discriminación. . . Los pobres pasan a ser así, prueba irrefutable de la auténtica y verdadera solidaridad.

Hemos podido confirmar el enriquecimiento mutuo que se produce cuando creyentes y no creyentes, católicos o no, concurrimos en un trabajo *pluralista y ecuménico*, en un servicio que busca mitigar el dolor para restablecer la justicia y la dignidad humana. Vivimos así, una Iglesia que no sólo busca la superación de las discriminaciones para con aquéllos "a quienes" pretende servir, sino también evitarla para "con quienes" se busca realizar en forma conjunta un servicio.

Sentimos, sin embargo, que la solidaridad no es completa si su universalidad no se extrapola al *perdón del adversario*. No se trata de un perdón por el perdón, que lejos de restituir la justicia es una claudicación ineficaz de los propios y legítimos principios. Creemos que el perdón gestor de solidaridad, es aquél que se forja por un lado, en la honestidad del reconocimiento de la culpa por haber dañado la dignidad de alguien, en el arrepentimiento y en la decisión eficaz de repararla; por el otro, en la iniciativa acogedora y misericordiosa dispuesta a volver a creer y a comenzar de nuevo, haciendo sentir al que hizo daño, que se le perdona porque —más allá de lo que haya hecho— se le reconoce la dignidad de ser hermano. Son estas actitudes interiores las que han hecho al perdón fecundo en solidaridad y esperanza.

III UN RE-ENCUENTRO CON DIOS EN EL SERVICIO AL HOMBRE

1. Con el Dios de la historia

Los hechos han llevado a la Iglesia a un re-encuentro concreto con el Dios preocupado de la historia humana, que en el acontecer político, económico e ideológico del "gemido de mi pueblo". . . llama a sacarlo de la opresión.

"He visto la humillación de mi pueblo (. . .)
y he escuchado sus gritos
cuando lo maltratan sus mayordomos.
Yo conozco sus sufrimientos.
He bajado
para liberar a mi pueblo de la opresión (. . .)"

(Ex 3,7-8)

En una reciente encuesta publicada por la revista chilena "Estrategia" del mes de Octubre, el 80o/o denuncia el permanente retroceso del país en cuanto a sueldos y salarios; sólo el 1,3o/o de los encuestados califica de bueno el estado actual de la economía; y en cifras redondas, el 66o/o califica de peor su nivel de vida en comparación con 1973. En el terreno político, casi un 70o/o estima que la situación del país es mala (3).

Ante esta situación de dolor y sufrimiento, la Iglesia no sólo acompaña en las propias acciones de protección y defensa legal que emprende la población, consuela y alienta en la esperanza, sino por sobre todo intenta una pastoral enraizada en el acontecer del pueblo, capaz de rescatar la historia para que vuelva a ser escrita por todos los chilenos.

Por eso insiste en re-prestigiar la *actividad política y su canalización a través de partidos* que encaucen los distintos planteamientos en orden al Bien Común. En momentos en que en nuestro país se hace difícil la participación social, ha correspondido a la pastoral de la solidaridad recordar a los laicos que la Iglesia "valoriza y tiene en alta estima" (4) la política. Ella constituye una forma eficaz de solidaridad. Es una forma especialmente noble y dilatada del amor cristiano: en la medida en que pretende dar respuesta a múltiples necesidades de grandes conjuntos humanos.

Sin una actividad política garantizada en la sociedad, no es posible la participación responsable, ni tampoco el control social. En pocas palabras, se hace imposible escribir la historia.

Por otra parte, una pastoral encarnada en la historia requiere de una solidaridad que abarca no sólo la dimensión personal y social, sino lo cultural como condicionante de éstas. La *forjación de una conciencia crítica* individual y co-



lectiva en la que hemos estado empeñados durante estos años, no intenta sino agudizar la acción consciente del pueblo sobre su entorno vital. Fragar una cultura nueva, en que los pobres se constituyan en especiales y activos protagonistas, parece ser la única solución integral y la única verdadera respuesta de solidaridad frente a los mismos pobres y los postergados del continente y de nuestra patria.

Esta *acción educativa* que busca echar las bases en la formación de agentes de cambio social capaces de impregnar la cultura con valores cada vez más humanos, la hemos llevado a cabo a través de múltiples programas de capacitación con distintos tipos de Organizaciones Solidarias, con Mujeres Pobladoras, con Jóvenes, con Animadores de Organizaciones Poblacionales, con Agentes Pastorales, con el Voluntariado de Ancianos y con Campesinos Sindicalizados (5).

Más aún, en el transcurso del presente año, la Vicaría de la Solidaridad, consciente de la importancia de impregnar todo su quehacer de una dimensión educativa, crea el Departamento de Educación Solidaria, cuyo afán consiste en ir profundizando y perfeccionando su práctica en una línea de Educación para la Justicia en el sentido de Puebla "ejerciendo la función crítica, propia de la verdadera educación, procurando regenerar permanentemente, desde el ángulo de la educación, las pautas culturales y las normas de interacción social que posibiliten la creación de una nueva sociedad, verdaderamente participativa y fraterna" (No. 1029).



2. Con el Dios de los débiles y crucificados

El re-encuentro con el Dios de la Historia, se realiza en el campo de los postergados.

*"Señor, ¿cuándo te vimos hambriento
y te dimos de comer;
sediento y te dimos de beber,
o forastero y te recibimos,
o sin ropa y te vestimos,
o enfermo,
o en la cárcel,
y te fuimos a ver?"
El Rey responderá:
"En verdad les digo
que cuando lo hicieron
con alguno de estos mis hermanos más pequeños,
lo hicieron conmigo".*

(Mt 25,37-40)

Descubrimos así al Dios de los débiles a quien hemos ido re-encontrando, acercándonos y cargando sobre los hombros. . . En los más de 700 casos de detenidos-desaparecidos que nos ha tocado acompañar, comprometiéndonos con sus familiares en la búsqueda de la verdad hasta restituir la justicia. En los cientos de denuncias judiciales por tortura, tratos crueles, inhumanos o degradantes, y una cantidad mucho mayor aún de testimonios sobre esta materia, cuyos protagonistas no se atreven a presentar su queja ante los Tribunales, por temor a represalias. En las decenas de miles de exiliados (6) cuyo derecho a vivir en la patria está sujeto a la discrecionalidad del Ministro del Interior. En los múltiples casos de amedrentamiento a través de seguimientos, diversos tipos de amenazas, secuestros, etc realizados por sujetos escondidos bajo el anonimato irresponsable. En los relegados por simple determinación administrativa y por varios meses, a lugares apartados y de duras condiciones climáticas. Y en fin, el Dios de los débiles se nos presenta en tantos otros, atropellados en sus derechos más elementales.

En todos estos casos, la pastoral solidaria, practicada por el Departamento Jurídico de la Vicaría, se ha guiado por los siguientes criterios:

- La defensa se efectúa por dos medios principales: la vía judicial y la denuncia pública.
- Defendemos el derecho a la vida como algo sagrado, y predomina por sobre cualquier otra consideración.
- Sólo se atienden aquellos casos que solicitan la atención de la Vicaría directamente o a través de sus familiares, o de personas u organizaciones responsables. Actúa, por lo tanto, ante requerimiento.
- Nuestro principal criterio de admisibilidad es que el recurrente sea víctima de violaciones de derechos humanos fundamentales.
- Y sólo se excluye la prestación de servicios de defensa legal, cuando se trata de conductas que afectan los derechos humanos de terceros inocentes.

Pero los postergados no han sido solamente los marginados por el modelo político, sino además los desplazados por el modelo económico. La alta tasa de cesantía ha ido aparejada de una pérdida del poder adquisitivo, lo que redundado en una baja del nivel de alimentación, salud, y de suyo escuálida recreación infantil de los sectores populares. . .

Solidaridad, en este caso, ha sido sinónimo de Programas de Subsistencia (Ollas Comunes y Comités de Cesantes; Comités de Abastecimiento y Compromisos Juntos; Talleres Artesanales y Poblacionales; Huertos Familiares; Talleres de Capacitación; Programas de Recreación Educativa (Colonias Urbanas y Campamentos de Verano; Recreación permanente). Programas de Salud (organización y capacitación de equipos de salud y de delegados de salud de organizaciones solidarias poblacionales; policlínicos) (7).

En la práctica de la acción solidaria a este nivel, se ha buscado que fundamentalmente sean *las mismas personas afectadas* por los problemas de cesantía, de hambre, salud, vivienda, educación o perspectivas de vida, etc, quienes organizadamente realicen tales acciones solidarias. La labor de la Iglesia ha tratado de mantenerse en el plano de organización y coordinación del apoyo a esas iniciativas, evitando generar cualquier tipo de dependencia. Más aún, ha intentado transformarlas en "acciones educativas que los ayuden a comunicarse eficazmente; tomar conciencia de sus deberes y derechos; comprender la situación en que viven y discernir sus causas; capacitarse para organizarse en lo civil, lo laboral y político y poder así participar plenamente en los procesos decisivos que les atañen" (8).

Nos hemos confirmado así, en que el Dios de los débiles no es un Dios paternalista, que mira desde su sitial divino, permaneciendo externo a una acción liberadora. El Dios de los débiles que hemos buscado experimentar es aquél que mira la vida desde la perspectiva de los pobres, para descubrir los fenómenos del pecado social, sus raíces y sus consecuencias. Aquél que asumiendo solidariamente la situación de los pobres, se compromete a acompañarlos en la acción liberadora que nace de ellos mismos. Aquél que sirve a los pobres en un estilo liberador "cumpliendo antes que nada las exigencias de la justicia, para no dar como ayuda de caridad, lo que ya se debe por razón de justicia; suprimiendo las causas y no sólo los efectos de los males, y organizando los auxilios de tal forma que quienes los reciben se vayan liberando progresivamente de la dependencia externa y se vayan bastando por sí mismos" (9).

Esta labor con los débiles, ha permitido que ellos de alguna manera "verifiquen" la dimensión evangélica de este servicio de la Iglesia. El testimonio solidario con gestos concretos y comprensibles de amor y vida, ha dado credibilidad a la fe que profesamos y anunciamos. El dolor se ha tornado así, en motivo de comunión y esperanza.

3. Con el Dios crucificado y de los crucificados de la historia.

Pero el mismo re-encuentro con el Dios de los débiles, se torna en un re-encuentro con el Dios débil.

"El, que era de condición divina,
no se aferró celoso a su igualdad con Dios
sino que se rebajó a sí mismo hasta ya no ser nada,
tomando la condición de esclavo;
y llegó a ser semejante a los hombres.
Habiéndose comportado como hombre,
se humilló, se hizo obediente hasta la muerte
y muerte de cruz".

(Filip 2,6-8).

Es el crucificado del Gólgota y el de los débiles de hambre y sed del reino de justicia, el Dios de los silenciados. . .

Particularmente en estos días, a la Vicaría de la Solidaridad le ha tocado estar junto a los que no tienen techo que cobije a sus familias. Ellos han tenido que llegar al extremo de las tomas de terreno para despertar la preocupación más inmediata de la autoridad.

Según el Gobierno, se calculan en alrededor de 2,900 familias las que se habrían tomado terrenos en el área sur de Santiago (10). Según otros antecedentes proporcionados por la Vicaría Zonal correspondiente, el número de familias fluctuaría entre nueve y diez mil.

Los "allegados", los "sin casa" que hoy luchan por su derecho a suelo, son una versión de los crucificados de la historia. Son los que aún no aspiran a la casa sólida, y ni siquiera a los servicios sociales indispensables para una vida mínimamente digna, sino solamente buscan poseer un espacio físico donde habitar que les evite el malsano y destructivo hacinamiento a que se encuentran sometidos.

Otro signo en el que se nos revela el rostro del Crucificado, son los muertos a bala, víctimas de la represión como respuesta a las "protestas nacionales" efectuadas mes a mes por la disidencia. En ellos se repite la historia y sigue viva la Pasión del Señor.

Son estos crucificados —por nombrar los más recientes— y tantos otros en la historia, quienes nos interpelan y nos confirman cada vez más en una pastoral de solidaridad que *enseñe a ver y descubrir el dolor ajeno, sin esquivarlo*: desde lo más próximo a lo más lejano; desde lo más íntimo a lo más exterior; desde lo más cotidiano a lo menos habitual; desde lo más individual, a lo más colectivo; desde lo personal a lo estructural y cultural, induciendo a descubrir sus causas, raíces y mecanismos, para mirarlos de frente.

Pero a su vez, nos confirman en una pastoral *cimentada en la irremplazable experiencia directa con el dolor ajeno*. El contacto vivo hace que el problema social se personalice y adquiera rostros concretos, con nombres y apellidos; rostros que nos comprometen y cuyo dolor comienza a dolernos también a nosotros. Es distinto saber que hay pobreza y sufrimiento, a conocer y haber visto hombres o niños sumidos en la miseria.

Es aquí donde surge este *padece con el otro*, la compasión, actitud clave y distintiva de la solidaridad cristiana, a través de la cual reconocemos al caído su dignidad de hijo del mismo Padre Dios.

4. Con el Dios que resucitó a Jesús.

Sin embargo, los silenciados a causa del bien, los anodados de hambre y sed del Reino de Justicia, son bienaventurados. A ellos Jesús les aclara:

"Vosotros sois los que habéis perseverado conmigo
en mis pruebas;
yo por mi parte,
dispongo un Reino para vosotros,
como mi Padre lo dispuso para mí,
para que comáis y bebáis a mi mesa en mi Reino"
(Lc 22,28).

Es el Reino de Dios, del mismo Dios que resucitó a Jesús, y que sigue resucitando en la historia, la esperanza en "cielos nuevos y tierra nueva". Los crucificados con el Crucificado son los resucitados con el Resucitado. . .

Nuestra historia reciente está plagada de signos de resurrección, capaces de superar el dolor y la muerte; capaces de realizar el tránsito entre el ensimismamiento y cerrazón fruto del pecado, y la comunicación abierta y esperanzada de los hijos de Dios.

Los hemos encontrado cada vez que la comunidad solidaria se ha reunido en el ayuno y la oración para golpear las puertas del Padre que "comparte nuestros secretos y sabe lo que necesitamos". Los hemos encontrado también, en la sistemática toma de conciencia de la propia dignidad, en la capacidad de responsabilidad y en el despertar de la vinculación fraterna, que conduce a la búsqueda de soluciones conjuntas.

Frente a los hechos de dolor, también y fuerte, hemos visto los hechos de liberación que nos muestran la palabra actuante de Cristo Resucitado influyéndonos para la vida de fraternidad eterna. En hechos tan simples y concretos como la delicada y acuciosa atención de los heridos o de los familiares de los muertos; en el apoyo a los perseguidos y desplazados; en la solícita orientación hacia organismos de defensa de sus derechos; en el cuidado de los niños mientras se realizan los trámites de defensa; en la capacitación, en tareas de salud en condiciones de emergencia; en la denuncia de atropellos; o en la colaboración eficiente de muchos voluntarios, en todo tipo de labores.

Es el misterio de la cruz que fecunda la existencia del oprimido y la torna en solidaridad, vida y esperanza, signos inequívocos de la presencia del Resucitado.

El re-encuentro con el Dios de la Resurrección nos hace *alentar* todo germen de organización que genere vínculos fraternos entre los hombres que sufren los mismos problemas, para que juntos puedan expresarlos, comunicarlos, compartirlos y buscar las soluciones adecuadas en mutuo apoyo.

Una pastoral de Solidaridad en la Resurrección nos ha llevado a *despertar* todo lo que hay de divino en el hombre: su deseo de libertad, de verdad, de solidaridad, de justicia, creatividad, valor, y nobleza en general. Nos ha llevado a estimular la confianza en que sólo en comunidad se hace más

y se es más, y por ello mismo, a *denunciar* que no hay resurrección sin un perdón eficaz, impulsado por la misericordia, pero a la vez, restablecedor de la justicia quebrantada entre hermanos.

5. Con el Dios de los profetas

En este misterio de muerte y resurrección permanente, hemos reencontrado también al Dios de los Profetas. El que llama a denunciar y anunciar aquello que hace avanzar el Reino, o lo que constituye un rechazo o retardo del mismo.

"Mira que he puesto mis palabras en tu boca.
Desde hoy mismo te doy autoridad
sobre las gentes y sobre los reinos
para extirpar y destruir,
para perder y derrocar,
para reconstruir y plantar".

(Jr 1,9-10)

La Vicaría de la Solidaridad, ha tenido como principio y fundamento de su acción la promoción y defensa de los Derechos Humanos, porque reconoce en ellos el nuevo nombre de la eterna ley de Dios sobre el hombre, para instaurar una sociedad justa y fraterna. . .

La tarea en sí es profética y en ella, una vez más, los pobres son la medida de su cumplimiento: ellos se encuentran, más que cualquier otro, desvalidos e indefensos ante todo tipo de violaciones a los derechos fundamentales. . . Es Dios que nos expresa su querer a través de ellos; y la Iglesia, fiel a Jesús, Profeta de la Nueva Alianza, no puede dejar de "profetizar", interpretando y manifestando la voluntad del Señor.

Descubrimos entonces, una acción profética sostenida y profunda, que es, por sobre todo, una gran *instancia educativa*, inscrita más allá de la asistencia y promoción humana, en una solidaridad liberadora, que toma en serio la dimensión estructural, colectiva y conflictiva de la injusticia y la pobreza.

Por un lado, se trata de una *denuncia* que busca socializar el conocimiento de los sistemas y situaciones de injusticia para formar una conciencia liberadora, incluyendo tanto las tendencias que adquieren las violaciones de los Derechos Humanos como las causas que las generan. Se trata de una acción centrada en la calidad ética de los hechos, de los marcos legales y estructurales que están tras los atropellos detectados en tales hechos, guiando conductas o actitudes dinamizadoras, a través de métodos pedagógicos adecuados.

Por otro, se trata de un *anuncio* y un *llamado* que nos llevan a colaborar con el hombre en la toma de conciencia de su situación, su dignidad y sus posibilidades; a apoyar sus esfuerzos de organización; a comprometernos en su lucha colectiva por la conquista de sus derechos; a sumarnos a su empeño por gestar, desde las mismas bases populares, una sociedad nueva, menos injusta y deshumanizante, más igualitaria y participativa, capaz de fortalecer la esperanza cierta en el Reino de Dios.

6. Con el Dios de la humanidad y de la unidad

Los hechos relatados al comienzo, nos han llevado también, al reencuentro con el Dios de la humanidad y unidad.

"Porque Cristo es nuestra paz —nos dice San Pablo— él, que de los dos pueblos ha hecho uno solo, destruyendo en su propia carne el muro, el odio, que los separaba.
Eliminó la Ley con sus preceptos y sus mandatos.
Reunió los dos pueblos en su persona, creando de los dos un solo Hombre Nuevo.
Hizo la paz,
reuniendo los dos pueblos en un solo cuerpo y los reconcilió con Dios,
por la Cruz,
destruyendo el odio en su persona".

(Ef 2,14-)

Es el Dios que nos impulsa a convertirnos de nuestro sectarismos, a trabajar en colaboración con "no creyentes" y con personas de diversos credos o ideologías.

Nuestro testimonio, tanto *ecuménico* como *pluralista* se remonta a la experiencia del Comité de Cooperación para la Paz en Chile (11), cuando, a raíz de los acontecimientos en nuestra patria en Septiembre de 1973, diversas Iglesias cristianas y la Comunidad Israelita, deciden aunar sus esfuerzos con el fin de otorgar consuelo y apoyo frente a situaciones de detención, desaparecimiento, muerte, cesantías, etc, llamando a colaborar a quienes quisieran correr el riesgo de hacerlo. Las Iglesias se ponían, entonces, frente al problema del hombre concreto, ubicado en una experiencia histórica concreta y se sumergían en él, lo consideraban un problema: es decir, se ponían de su parte.

Se inauguraba así, un trabajo ecuménico distinto, no sólo para orar y reflexionar teológicamente, sino además para trabajar al servicio del hombre que sufre y está desvalido. Se emprendía un ecumenismo laborioso, un compromiso militante de las distintas creencias y religiones, en el cual se descubriría un acercamiento y hermandad inéditos, descubriría una iglesia grande que estaba al servicio de los postergados y reprimidos.

Una iglesia que encontraba la mejor forma de dar su testimonio de amor. Paradojalmente, el sufrimiento de tantos hombres se encarna como nunca en el hombre en particular, y encuentra una forma abierta de dar su testimonio de manera tal, que creyentes y no creyentes se sienten identificados en el camino de la resurrección.

El re-encuentro con este Dios de la unidad, nos ha llevado a profundizar en la conciencia de nuestra *mutua dependencia*, y en la necesidad de acciones coordinadas y conjuntas que apunten a la humanización cada vez mayor de la sociedad en que vivimos.

Así, en los últimos tiempos, hemos podido presenciar un fenómeno unificante y decidor, en el cual creemos en cierta manera, haber influido; y es que, junto al crecimiento del nivel organizativo y el de su coordinación en poblaciones y grupos, ha aumentado la conciencia colectiva en torno a los problemas de justicia y de derechos humanos: los partidos políticos y los grandes sindicatos se han agrupado e

bloques, y en cierta medida han respondido junto a crecientes sectores de gobierno al llamado a "crear instancias eficaces de diálogo para evitar la violencia", que nos hiciera el Papa en junio de este año.

Es el mismo Dios de la humanidad, el que nos impele a una *miser cordia sin apellidos*, para con todo ser humano, sin discriminación, sin preguntar jamás lo que piensa para ayudarlo. Es el samaritano de la parábola, que prescindió justamente, de las diferencias religiosas y políticas que lo separaban de ese judío asaltado. . . En cada hombre que sufre, independientemente de sus ideas y del grado de amistad o enemistad que tengamos con él, el Dios de la unidad nos llama a ver tan sólo el rostro de Jesús pobre y paciente que en él prolonga su Pasión.

No es fácil tener un espíritu universal, como tampoco poder proclamarlo sin pasar por el tamiz de los prejuicios ideológicos, partidistas o simplemente sectarios que nos dividen. La Iglesia, no obstante, renueva su convicción de que sólo el amor, expresado en el respeto absoluto por la persona y en la conciencia de nuestra mutua vinculación humana, es lo que en toda época y situación salva el corazón del hombre de sus egoísmos y constituye el alma de la convivencia social.

7. Con el Dios que llama a conversión

Finalmente, en el Dios de la unidad y de la humanidad, nos hemos encontrado con el Dios que llama a conversión:

"He venido,
no para llamar a los buenos,
sino para invitar a los pecadores
a que se arrepientan".

(Lc 5,32)

Desde el punto de vista de la Solidaridad, se trata de un llamado permanente a todo hombre para volverse al hombre como a un hermano. A todo sistema hecho por los hombres para que sirva verdaderamente a los hombres. Es, en definitiva, el llamado a construir la "Civilización del Amor", que exige a su vez, la conversión a los pobres.

Una pastoral solidaria que llama a conversión tanto a las personas como al tejido de relaciones que ellas han creado y donde se desenvuelven, la hemos vivenciado en gran medida, a través de nuestra Revista *Solidaridad*, testigo fiel de la golpeadora realidad que vive el pueblo, y que como tal exige cambio y conversión a los valores del Evangelio. Ella ha cumplido un rol profético de "anuncio" de las palabras y signos que en la historia, revelan la presencia esperanzadora del Señor; y de "denuncia" de aquéllos que, también en la historia concreta de los hombres, revelan la presencia del pecado.

Pero sin duda, el re-encuentro con el Dios que llama a Conversión, lo hemos experimentado más que nada, en nosotros mismos, en el *contacto diario*, al recibir los miles de *testimonios* que demuestran la acción disociadora y destructiva del pecado en las personas, las estructuras y en forma más sutil y peligrosa, en la cultura que nos involucra a todos como base de una misma conciencia colectiva.

DESDE UN CRISTO SOLIDARIO A UNA IGLESIA SOLIDARIA

Podemos concluir diciendo que el Misterio de la Cruz, durante estos años en Chile, una vez más se ha constituido en el gran pedagogo de la solidaridad que al ser profundamente humana, adquiere rasgos de lo auténticamente cristiano. Solidaridad que no es una especie de "lástima", atentatoria contra la dignidad personal, sino un activo reconocimiento del valor intrínseco de la persona humana, por el solo hecho de haber sido creada a imagen y semejanza de Dios, predestinada desde la eternidad a ser hija suya en Cristo Jesús (12).

Hemos descubierto en el "sufrimiento humano *nuestro* Compromiso Cristiano". Y así, en el gozo de crecer en y a través de la cruz, buscamos ir realizando en nuestra Iglesia, el Misterio Pascual.

Desde un Cristo Solidario con la *historia* de la humanidad errante, a una Iglesia Solidaria con nuestra historia caída, herida y despojada de América Latina, que reivindica para el hombre el forjamiento de su conciencia crítica, y lo impulsa a participar creadora y responsablemente en la construcción de ésta, su propia historia.

Desde un Cristo Solidario con los *débiles* de la humanidad usurpada y desgarrada por el pecado, a una Iglesia Solidaria que reivindica la restauración de la justicia arrebatada a los pobres y se compromete en la acción liberadora que nace de ellos mismos.

Desde un Cristo Solidario con los *crucificados* de todos los tiempos, a una Iglesia Solidaria que reivindica su propia crucifixión en medio de los débiles; y así desde la cruz, enseñar a compartir el dolor ajeno.

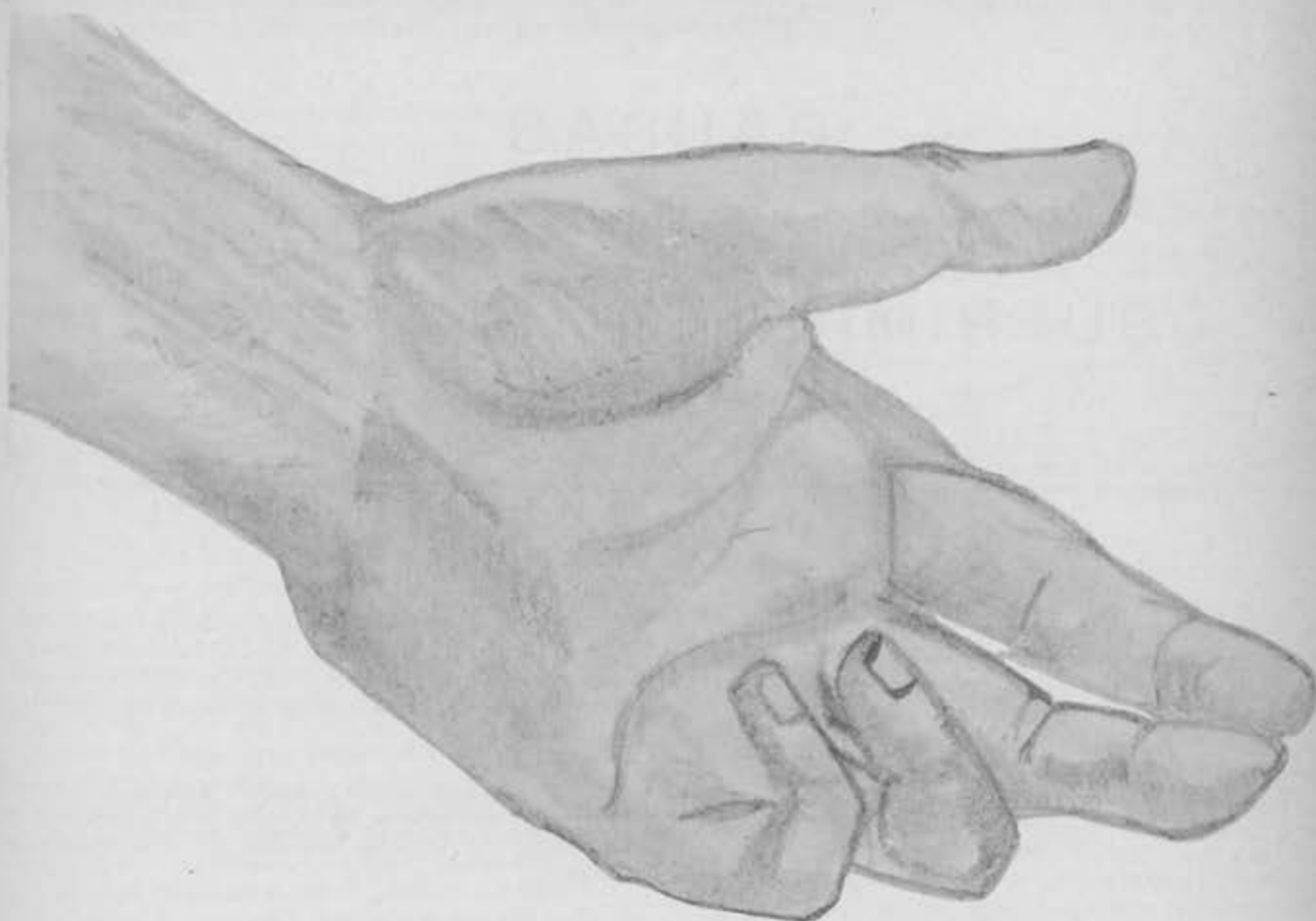
Desde un Cristo Solidario en la *resurrección*, a una Iglesia Solidaria que reivindica en todo hombre el perdón liberador y la fortaleza en la esperanza.

Desde un Cristo Solidario, profeta de Nueva Alianza, a una Iglesia Solidaria que reivindica para sí los riesgos de ser testigo del Dios justo y verdadero, fraterno y liberador.

Desde un Cristo Solidario en la *universalidad* y gratuidad de su testimonio, a una Iglesia Solidaria que reivindica una praxis consecuente: ecuménica y pluralista.

Desde un Cristo Solidario que llama a la conversión, a una Iglesia Solidaria que reivindica la apertura de mentes y corazones, capaz de develar las estructuras de pecado y re-velar los valores del Reino.

Finalmente, quisiéramos reiterar nuestro compromiso como testigos del Reino, haciendo de él algo nuevo, actual y esperanzador, alentando la vida con nuestra SOLIDARIDAD COMO RESPUESTA AL SUFRIMIENTO.



NOTAS

- (1) Se estima en aproximadamente 700,000 viviendas el déficit habitacional (Revista Hoy, No. 323, Sept. 83), en una población de once millones trescientos mil habitantes.
- (2) Basándose en la cifras dadas por el Instituto Nacional de Estadísticas (INE), para el trimestre Mayo-Junio 83, a esa fecha existía una tasa de desocupación real del 32o/o a nivel nacional.
- (3) Mayo 1983, Pág 19.
- (4) Documento de Puebla No. 514.
- (5) En 1982 se estima un total aproximado de 12,000 personas las asistentes a los distintos programas de capacitación vinculados con los Departamentos de Zonas y Campesino de la Vicaría de la Solidaridad.

- (6) Según Comisión Gubernamental ad hoc: 30,000 (Diario La Nación, 26/12/82).
- (7) El trabajo del Departamento de Zonas alcanza en la actualidad, aproximadamente a 87,000 personas. Con 50,000 una relación más permanente. Ocasionalmente con las demás.
- (8) Documento de Puebla No. 1045.
- (9) Documento de Puebla No. 1146.
- (10) Reportaje al Intendente de Santiago, General R. Gullard, El Mercurio, 9 de Octubre de 1983.
- (11) Comité de Cooperación para la Paz en Chile. Crónica de sus dos años de labor solidaria.
- (12) Ef 1.5.

TOMAS BALDUINO

CAUSAS DEL SUFRIMIENTO HUMANO

EN AMERICA LATINA Y LA ACCION PASTORAL

INTRODUCCION

He pensado abordar y tratar el contenido de esta conferencia, "las causas del sufrimiento humano en América Latina y la acción pastoral", enfocando en primer lugar la situación del pueblo, y en segundo lugar la nueva pastoral de la iglesia, como si fueran relámpagos que se sucediesen una a la otra.

Para el que vive, como un obispo del "sertao", en contacto directo con la dura realidad del pueblo, la visión cruda de los hechos que claman (sin necesidad de un análisis minucioso para constatarlo) constituye por sí misma una revelación elocuente de las raíces de la injusticia que está detrás de estos hechos. Por otra parte, estos mismos hechos constituyen el gran resorte que ha impulsado al pueblo latinoamericano a un amplio proceso de liberación. La nueva pastoral se sitúa en este proceso, e integra y asimila este caminar en las exigencias propias de la comunidad de fe: la iglesia.

ALGUNOS DESTELLOS DE NUESTRA SITUACION

Un acontecimiento entre los indios Beijo de pau

El siguiente relato es del jesuita Antonio Iasi, misionero y confidente de los indios. Los Beijo de Pau encontraron algunos sacos de azúcar en la brecha que va de su aldea hacia las orillas del río. Una vez que se les pasó el susto, probaron aquello, lo saborearon y lo llevaron en seguida a sus hijos para que disfrutaran del regalo. Los sacos volvieron a aparecer en los siguientes días, y cada vez que sucedía esto había fiesta entre los niños. Sin embargo un día después de aquella alegre y ruidosa merienda, murieron todos los niños de la aldea. La causa de la muerte: arsénico añadido al azúcar. El objetivo de la acción violenta: limpiar esa tierra que era codiciada por un grupo de empresarios.

Esta masacre no ha sido la única ni la más cruel en la terrible historia de los pueblos indígenas latinoamericanos.

De cerca de 5 millones que eran en el tiempo del descubrimiento del Brasil hoy han sido reducidos a doscientos mil a causa de la matanza y del genocidio sistemáticamente ejercidos contra ellos por la sociedad invasora y por sus gobiernos.

Esto ha sucedido no a causa de la guerra racial o religiosa, sino simplemente por la fuerza de la codicia y de la usurpación de las tierras habitadas por ellos desde hace milenios.

Los indios obtuvieron en 1973 la ley 6,001 que constituye el *Estatuto del Indio* y que les reconoce la posesión exclusiva de las tierras que ocupan, y les garantiza la delimitación de las mismas por la FUNAI, en un término de 5 años. Desobedeciendo la ley, el gobierno no ha hecho la delimitación, sino que por el contrario el 23 de febrero de 1983 por el decreto 88,118 el Presidente modificó la ley condicionando el reconocimiento de las tierras indígenas a un proceso complicado del Ministerio para Asuntos de Fondo. En el congreso no hubo ninguna protesta eficaz contra este abuso de poder por parte del presidente Figueiredo, ni se indemnizó a los indios por los fuertes daños de la delimitación de sus tierras.

El posesionario José Roberto

Un día de estos me contó José Roberto lo que le había sucedido algunos días antes. Vivía en su posesión rural hace varios años, en el municipio de Goiás. Un día su hijo, niño de pecho, amaneció con fiebre muy alta y él tuvo que salir de prisa con su mujer y su niño en busca de atención médica a Mozarlandia, la ciudad más cercana. Al volver de la ciudad vieron en el lugar que ocupaba la casa un montón de cenizas. Sólo se quedaron con la ropa que traían puesta y la frazada con que cubrían al niño. El que litigaba aquella posesión era el médico hacendado veci-

no, que hoy impune y protegido, ha añadido aquella parcela a su latifundio propio.

José Roberto forma parte de una masa de 12 millones de familias de trabajadores brasileños que no tienen nada de tierra, o que tienen una tierra insuficiente para su manutención.

Nuestra historia rural es una secuencia absurda de monopolios de la propiedad agraria que utilizan la más implacable violencia de legalismos y de corrupción a gran escala.

Desde 1964, año en que fue prolongado por el Gral Castelo Branco la ley 4,504 —el Estatuto de la Tierra—, el gobierno federal no ha hecho uso —como podría y debería haberlo hecho— de las expropiaciones de la tierra en favor de las necesidades permanentes del hombre del campo como tampoco se preocupó de las necesidades subyacentes en el desarrollo nacional, en la consolidación de la democracia y en el destino de toda la sociedad brasileña.

Lo que le sucedió a Margarita

—¿Es usted, Doña Margarita? —Sí Señor, ¿qué desea? —La respuesta del pistolero, de piel morena, ojos y cabello oscuros, fue disparar su escopeta calibre "12", en el rostro de aquella mujer. Con calma, carcajeándose, con la confianza de aquéllos que tienen la certeza de jamás ser castigados, el asesino caminó hasta el Opel amarillo placas EX 0690, de Nova Cruz, Río Grande do Norte, en donde otros dos pistoleros lo esperaban, y desapareció.

Margarita Albes de 40 años, mujer firme y decidida, era la presidenta del sindicato de los trabajadores rurales de Alagoa Grande en Paraíba. Se había comprometido hacía 12 años en la lucha por los derechos de los cañeros. El día 12 de agosto estaba a la puerta de su casa que da directamente hacia la calle, comiendo una espiga de trigo y contemplando el juego de sus hijos. El marido Severino Alves, de 65 años de edad, estaba en la sala.

El umbral de la puerta y las paredes de la casa quedaron salpicadas de sangre, pedazos de cerebro y de carne. Severino no duda: Los que ordenaron este crimen son los mercenarios del "grupo de Várzea", que varias veces ya habían hecho amenazas de muerte desde el momento en que Margarita comenzó a promover un gran número de acciones de los trabajadores contra los hacendados de la región (FCP. 21-03-83 Reporte de Ricardo Kotscho).

Margarita es el retrato de centenas y millares de líderes campesinos y trabajadores que se levantan en toda América Latina en defensa de su clase. Como viene sucediendo en todo el continente, también aquí en Brasil han sido asesinados o encarcelados. Asesinados por pistoleros invariablemente impunes, y encarcelados por el Ministerio de Trabajo en una forma vergonzosa siguiendo una tradición secular de autoritarismo esclavista, opresor y violento.

Víctimas del "milagro", víctimas de la crisis

Es curioso observar que el pretexto para la construcción de la transamazónica en 1970 fue la gran sequía del

Nordeste. El Presidente Médici según el noticiero, "profundamente conmovido" al ver a millares de emigrantes hambrientos que buscaban comida y trabajo a lo largo de las carreteras, declaró que el nuevo camino resolverá los problemas agrarios de la sequía, pues llevaría a los hombres sin tierra del Nordeste hacia la tierra sin nombre de la Amazonia.

A fin de financiar la fantástica Transamazónica, además del pomposo proyecto "Operación Amazonas", conectado al "Plan de Integración Nacional" el gobierno emprendió sin dudar una captación de grandes sumas de las Instituciones Internacionales de Préstamos y de los bancos extranjeros.

En 1972 Brasil ya aventajaba a Japón como el mayor pedidor de préstamos del Banco exportador e importador de Estados Unidos, y se convertía en la nación más endeudada con el banco mundial.

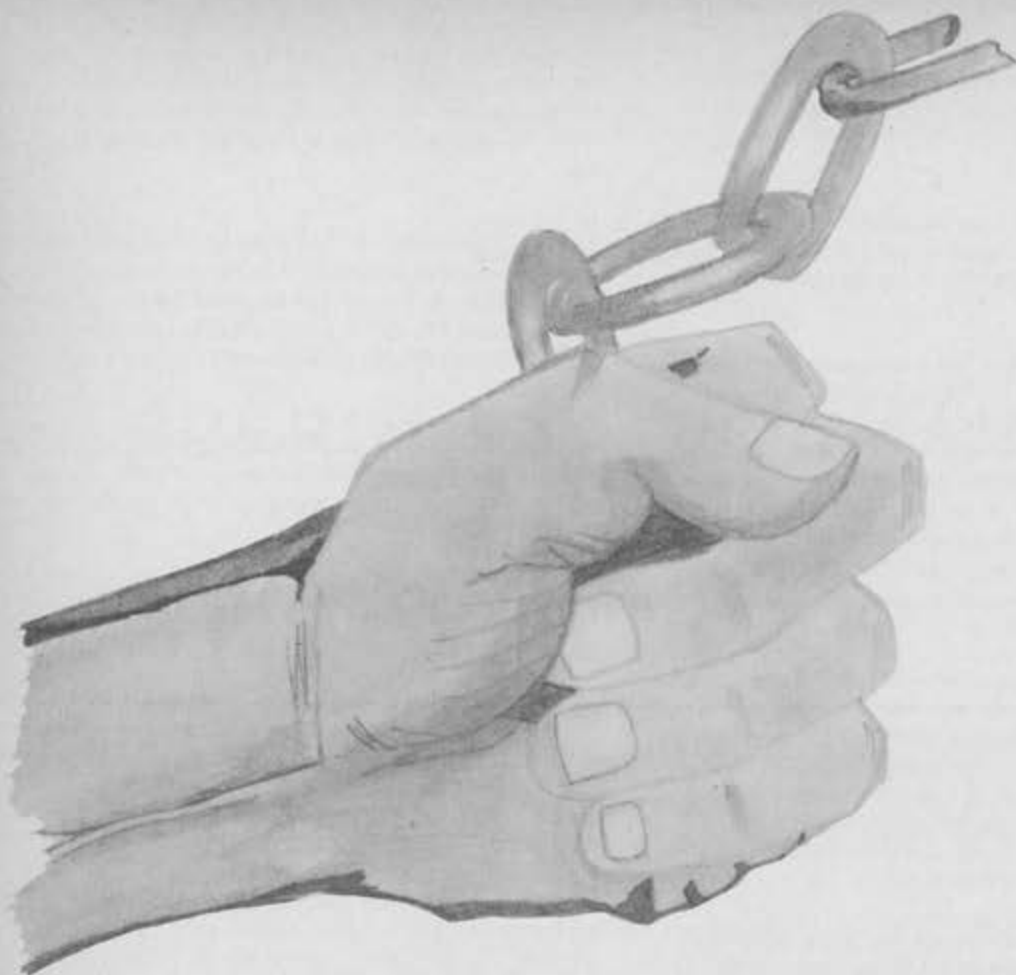
El resultado de estos préstamos fue simplemente nulo para los campesinos del noreste, y gravemente dañoso para los pueblos indígenas.

Entre octubre de 1970 y enero de 1974 sólo cuatro mil 69 familias se establecieron a lo largo de la Transamazónica, de las cien mil que el INCRA se había comprometido a establecer en la región hasta 1975. A partir de 1973, a la verdad, el INCRA suspendió todos los trabajos para que los colonos llegaran a la Amazona.

A los indios los tocó la peor parte. En el área de la transamazónica y sus vecindades había cerca de 30 grupos tribales. Todos fueron diezados. La FUNAI fue contratada para una rápida "pacificación" de los grupos antes de que llegaran las máquinas. 12 de estas tribus sólo tenían contactos esporádicos con la sociedad brasileña. Sólo hablaré de una de ellas; los Parakaná. En noviembre de 1981 el médico Antonio Medeiros descubrió en una de sus aldeas que 35 indias y 2 agentes de la FUNAI tenían enfermedades venéreas. Verificó además que 8 niños del grupo nacieron ciegos, y por lo menos otros 6 habían muerto de disentería. En febrero de 1972 una epidemia de gripe atacó mortíferamente a la tribu Parakaná.

Con las carreteras terminadas, o casi terminadas, no se acabó el papel de la FUNAI. Se le encargó también garantizar el camino a las compañías multinacionales y estatales interesadas en tener acceso a las reservas naturales de la cuenca amazónica. Básicamente institucionalizó la política de arrendar los inmensos recursos minerales existentes en las tierras de los indios.

Este fue el tiempo del "milagro". Veamos ahora el tiempo de crisis. El 13 de julio de 1983 habiendo convocado extraordinariamente al Consejo de Seguridad Nacional, el presidente Figueiredo expidió el decreto 2,045 con validez por dos años. Las medidas tomadas tenían como objeto principal a los asalariados, y estaban en perfecta sintonía con las exigencias del FMI para sobrellevar la crisis económica, resguardando los intereses del capital hegemónico internacional e imponiendo drásticos sacrificios a los trabajadores. El impacto en la opinión pública



fue hábilmente desviado por el discurso del presidente en Cleveland —nuevo polo de atracción del noticiero de televisión— que no le daba menos espacio del que se llevaban las inundaciones del sur, y las sequías del nordeste.

Así pues, los mismos que más sufrieron con el milagro brasileño concretizado en grandes proyectos faraónicos —los indios, los campesinos y trabajadores— son los que ahora pagan el mayor precio por las crueles imposiciones de la recesión a la que el país fue conducido.

Iglesia y estado

El 29 de mayo de 1964, después del golpe militar, la conferencia nacional de los obispos del Brasil se pronunció de esta manera:

"Al rendir gracias a Dios que escuchó las oraciones de millones de brasileños y nos libró del peligro comunista, agradecemos a los militares que con gran riesgo de su vida se levantaron en nombre de los supremos intereses de la nación, y estamos reconocidos a cuantos ayudaron para librarla del abismo inminente".

16 años más tarde, en 1970 la misma CNEB daba por medio de su presidencia, un apoyo claro y decidido a la huelga de los metalúrgicos del ABC. Entrevistado al respecto, el presidente Joao Figueiredo declaró: "La CNEB no representa a la Iglesia".

En este largo periodo se cambió profundamente la relación entre la jerarquía católica y el poder cívico-militar. Se pasó de una colaboración mutua y cordial sucesivamente a un enfrentamiento, a la tensión, y finalmente, por parte del estado militar, a una clara represión de miembros de la iglesia.

En el IPM de los 30 padres denunciados en Belo Horizonte un coronel decía: "Ahora tenemos todo en las manos porque controlamos todos los medios de comunicación. Sólo nos falta el púlpito de las iglesias". Otro completaba: "Si la iglesia se pone a combatir al capitalismo, ya no hay lugar para ella en Brasil".

El reflejo de esta nueva situación es el extenso martirologio de un sinnúmero de agentes de pastoral en toda América Latina perseguidos por los gobiernos militares desde la década del 60. Aquí en Brasil basta citar la prisión de Don Aloisio Lorscheider, cuando era secretario general de la CNEB, el proceso de expulsión de Don Pedro Casaldáliga, el secuestro de don Adriano Hipólito, la paliza propinada a Don Elwin Krentlel para darse una idea de la enorme represión contra sacerdotes, religiosas, laicos por causa de su acción pastoral.

El proceso no fue diferente ni menos violento en toda América Latina donde como clara señal de una acción brutal de la policía y ejército contra millares de agentes de

pastoral contamos 3 obispos asesinados: Gerardo Valencia Cano, Obispo de Buenaventura, Colombia, muerto el 21 de enero de 1972. Enrique Angelelli Obispo de La Rioja, Argentina, muerto el 4 de agosto de 1976. Y el más conocido de ellos Arnulfo Romero, Arzobispo de San Salvador, asesinado el 24 de marzo de 1980.

De este modo se sigue cumpliendo la profecía de Zacarías, recordada por Jesús a propósito de su prisión: "Heriré al pastor, a fin de que las ovejas queden dispersadas" (Zac 13,7).

LA NUEVA PASTORAL LATINOAMERICANA

Nueva manera de ser Iglesia

Las Comunidades Eclesiales de Base en la opinión de teólogos y obispos fue la respuesta más adecuada del pueblo latinoamericano, bajo la inspiración del Espíritu Santo a estas situaciones que llevan siglos de opresión estructural. Es una respuesta profética, es un nuevo modo de ser iglesia. En la feliz expresión de Aloisio Lorscheider "es el mejor modo de ser iglesia".

Las CEBs van realizando de un modo único la articulación armoniosa de la Biblia con la realidad, de la fe con la política, de la reflexión con la oración y la acción, de lo eclesial con lo popular del pueblo y con la jerarquía.

Ellas son en sí mismas un hecho, un acontecimiento al interior del pueblo y de la iglesia, asumido oficialmente por ella. No han sido el resultado de la planeación ni de ninguna estrategia pastoral. Y nacieron al buscar el fortalecimiento de la Parroquia. Han surgido antes que nada del encuentro de la Iglesia con el pueblo pobre y oprimido, y al mismo tiempo de la irrupción de éste dentro de la misma Iglesia.

En estas comunidades la fe ha revelado su extraordinario dinamismo de acción en el crecimiento transformador del pueblo que desencadena un proceso de liberación, y por la celebraciones vividas y participadas por él. En estas celebraciones se anticipa, por así decirlo, el fruto de la esperanza que se va cosechando de día en día en el pueblo, en la medida en que él se reconoce y es reconocido como sujeto activo y destinatario de su propia liberación.

La Biblia en las manos del pueblo

En las comunidades se ha dado también un nuevo encuentro que no se había programado: el encuentro con la Biblia. ¿Ha sucedido esto debido al esfuerzo de los agentes de la renovación eclesial? ¿O fue la influencia de los protestantes en la convivencia y en el encuentro con los católicos?

Lo que es verdad es que las Comunidades de Base no absolutizan la Biblia. Ellas se reúnen naturalmente con la Biblia y con la realidad. Leer la realidad a través de la Biblia y leer la Biblia a través de la realidad. Pero además de esto la comunidad se reconoce reflejada en la misma Biblia y en continuidad con ella. Un labrador de Goñas me decía: "Así como el pueblo antes de Cristo es el Antiguo Testamento, y

el pueblo del tiempo de Cristo es el Nuevo, así nosotros el pueblo de hoy que vivimos después de Cristo somos el Novísimo Testamento"

La exigencia que las personas de la base tienen al profundizar los datos de la historia, la organización social, jurídica y política de la sociedad, se muestra también en sus reivindicaciones por las que tratan de profundizar la Biblia como libro diferente e indispensable, como libro que ha de ser conocido de una mejor manera para poder servir mejor a la comunidad. La Escritura se ha convertido en el punto de referencia central del camino de la fe en la liberación que viene de Dios con la participación de todo el pueblo.

Pueblo que lee políticamente el Evangelio, y que lucha religiosamente en la política

Lo que ha suscitado más polémica contra las Comunidades de Base es el hecho de que ellas explicitan claramente y organizan eficazmente su compromiso liberador ante todas las situaciones opresoras.

Nadie combatiría a las CEBs, si fueran puramente religiosas con cierta autonomía ante la jerarquía, como sucede con los movimientos católicos que vienen de Europa o de los Estados Unidos.

Lo que las convierte en sujeto de tantas sospechas, críticas y aun de acciones represivas por parte de la Iglesia y de la sociedad es la dimensión política inherente a su visión del Evangelio, de la Iglesia y del mundo con la consecuente búsqueda de una acción organizada de liberación.

Al contrario de algunos sectores de la antigua JEC y JOC que en la medida en que se fueron comprometiendo con lo político se apartaron de lo religioso y llegaron rápidamente a una ruptura con lo eclesial, en las Comunidades de Base hay una integración de ambas cosas desde su nacimiento. El profundizar en lo religioso las ha llevado a lo político, y las exigencias de lo político las lleva a lo religioso. Esto nos muestra su carácter popular, y la integración —no la dicotomía— entre ambas cosas. Por esto podemos afirmar que en estas Comunidades el pueblo lee políticamente el Evangelio y lucha religiosamente en la política.

A partir de la fe se siente atraído a un compromiso en la lucha; esta misma lucha con toda la autonomía de sus organizaciones lo empuja a buscar la comunidad de fe como punto de referencia, y como fuente, alimento y fuerza en el camino de la liberación.

Pastoral indigenista: del proselitismo a la solidaridad

La pastoral indigenista pasó por un sorprendente cambio en América Latina. Paso a paso, de experiencia en experiencia, de encuentro en encuentro, en los misioneros y obispos de diferentes países ha nacido la exigencia de solidaridad con los pueblos indígenas y ha ido surgiendo la auténtica y eficaz forma de dar testimonio del Evangelio entre ellos. A partir de la década de los 70s, esta pastoral ha adquirido un cuño específico. Por el hecho de ser una pastoral de frontera, se ha convertido en un punto brillante que comenzó a iluminar toda la pastoral en su conjunto. Ci-

to en seguida las conclusiones de la primera asamblea del SIMI realizada en Goiás en 1975, con el fin de que podamos tener una idea de los nuevos caminos de esta pastoral indigenista en Brasil y en América Latina.

Tierra

Apoyar decidida y eficazmente, en todos sus niveles, el derecho que tienen los pueblos indígenas a recuperar y a tener garantías de dominio sobre sus tierras, en los términos del art 11 de la Convención 107 de la OIT, ya que ellos son los propietarios originales y son parte integrante de la misma tierra. Tierra apta y suficiente para un crecimiento demográfico adecuado a su realidad ecológica y socioeconómica.

Cultura

Reconocer, respetar y apoyar abiertamente el derecho que tienen los pueblos indígenas a vivir según su cultura (Estatuto del Indio art 1o). De manera especial, animar a los grupos en proceso de desintegración con el fin de que puedan revitalizar su cultura.

Autodeterminación

Tratar por todos los medios de devolver a los pueblos indígenas el derecho a hacer sujetos, autores y destinatarios de su propio crecimiento. Reconocer que, como personas y como pueblo, son y deben ser aceptados como adultos, con voz y con responsabilidad, sin tutorías ni paternalismos, capaces de construir su propia historia. En consecuencia, todo organismo religioso o civil que considere al indio o al grupo indígena como propiedad y como objeto de manipulación, atenta contra los derechos fundamentales de la población indígena.

Encarnación

Siguiendo los pasos de Cristo, optar seriamente como personas y como Iglesia por una encarnación realista y comprometida con la vida de los pueblos indígenas, conviviendo con ellos, investigando, descubriendo y valorando, adaptando su cultura y asumiendo su causa con todas sus consecuencias; superando las formas de etnocentrismo y colonialismo hasta el punto de ser aceptados como uno de ellos.

Concientización

Asumir como nuestra principal tarea el trabajar en una concientización sistemática:

- Para que la Iglesia examine su alianza con los poderosos, opte real y eficazmente por los oprimidos y marginados.
- Para que los pueblos indígenas conozcan y nagan respetar todos sus derechos, y también para que se informen debidamente de los justos deberes que tienen para con otras sociedades.
- Para que la sociedad global y de modo especial el gobierno camine hacia estructuras sociales más justas y cristianas.

Pastoral global

Conducir la pastoral indigenista en nuestro país dentro de la misión que la iglesia latinoamericana se siente llamada a cumplir en el mundo de hoy con el fin de expresar y encarnar la voz de los oprimidos y marginados, superando así nuestros individualismos de iglesias y congregaciones, y buscando conjuntamente la unión y coordinación de todos los esfuerzos hacia una acción global liberadora.

Conclusión

Al aprobar estos lineamientos de nuestra acción, creemos proporcionar una alternativa al único modelo socioeconómico y religioso de la sociedad nacional, y garantizamos así un Brasil más justo y pluralista (Boletín del CINI No 24 pag 28-29).

Los compromisos de la conferencia episcopal

El documento de la 18a Asamblea del episcopado que en 1980 estudió los problemas de la tierra, habla por sí mismo. Nos muestra las consecuencias del camino de la Iglesia que ha entendido la opción por los pobres no en el sentido de integrarlos al gremio, sino de encarnarse en ellos, de comprender y de apoyar sus propios instrumentos de lucha por la liberación. He aquí algunos tópicos:

- 97-3o: Reafirmamos nuestro apoyo a las justas iniciativas y a las organizaciones de los trabajadores y ponemos nuestras fuerzas y nuestros medios al servicio de su causa de acuerdo con los mismos compromisos (Puebla No. 11-62).
- 98: Nuestra actuación pastoral, que no debe sustituir las iniciativas del pueblo, estimulará la participación consciente y crítica de los trabajadores en los sindicatos, en las asociaciones, en las comisiones y en otras maneras de cooperación, con el fin de que sean realmente organismos autónomos y libres que defiendan los intereses y que coordinen las reivindicaciones de sus miembros y de toda su clase.
- 99-4o: Apoyamos el esfuerzo del hombre del campo por una auténtica reforma agraria, definida ya en muchas ocasiones, de tal manera que le posibilite el acceso a la tierra y a las condiciones favorables para cultivarla. Con el fin de hacerla efectiva, queremos valorar, defender y promover los regímenes de propiedad familiar, de posesión, de propiedad comunal de los pueblos indígenas, de la propiedad tribal en la que la tierra se considera como un instrumento de trabajo. De la misma manera apoyamos la movilización de las leyes existentes como también la conquista de una política agraria, laboral que sea previsoras y que responda a los anhelos de la población.

100-5o: Nos comprometemos a defender y a promover las legítimas aspiraciones de los trabajadores urbanos —muchos de ellos expulsados del campo— en relación con los derechos necesarios para una existencia digna de la persona humana, especialmente en lo que se refiere al derecho al terreno y a la casa, que altere el régimen de propiedad urbana y la especulación inmobiliaria, y respete el derecho fundamental al trabajo y a la justa remuneración.



102-7o: Renovamos nuestro compromiso de ahondar la vivencia del evangelio en las Comunidades Eclesiales rurales y urbanas pues estamos convencidos de su fuerza transformadora, como la manera más eficaz que tiene la Iglesia para colaborar en la causa de los trabajadores. En estas Comunidades los cristianos, impulsados por la gracia de Dios, iluminados por el Evangelio de Jesús, y animados por la palabra de la Iglesia —Encíclica "Mater et magistra" del Papa Juan XXIII— entran en un proceso de constante concientización y adquieren cada vez más una visión crítica de la realidad. Con los hermanos en la fe y con todos los trabajadores, trataremos de organizar una nueva sociedad. Con

ellos, apoyados en Dios, despertaremos un nuevo espíritu de convivencia.

103: Asumiendo un compromiso serio con los trabajadores, necesitamos alimentar su y nuestra valentía, su y nuestra esperanza, especialmente en la hora de las dificultades y de las persecuciones. Así constantemente reanimados por el recuerdo de la promesa y de la certeza de la liberación traídas por el Señor, vividas en la comunidad y celebradas en el misterio de la Eucaristía, los cristianos cumplirán entre sus hermanos trabajadores su misión de fermento, sal y luz del mundo.

104: Así la iglesia contribuirá permanentemente a la construcción del hombre nuevo, base de una nueva sociedad.

CONCLUSIONES

La acción liberadora de Moisés que caminó con su pueblo en el éxodo de Egipto fue que estaba en el mismo seno de una larga historia de opresión.

De acción en acción, entre intentos acertados o fracasados, esta acción liberadora fue llegando a la claridad y a la concreción que se produjo en la teofanía del Monte Horeb, cuando Dios le dijo a Moisés: "He oído los clamores de mi pueblo. . . Ve, yo te envío al Faraón para que liberes a mi pueblo" (Ex 3,7 y 8).

El sufrimiento del pueblo latinoamericano y la acción liberadora que brota de ahí está en perfecta continuidad con la aventura del pueblo del éxodo, aun en su carácter religioso.

La gran sorpresa, sin embargo reside en el hecho de que este proceso como se realiza en el continente ha comprometido a la Iglesia a partir de sus raíces más profundas religiosas y de fe, a partir de su identidad específica.

Se ha dado un fenómeno de cambio de lugar de la Iglesia que se ha pasado resueltamente al lado de los pobres y oprimidos. Según Leonardo Boff, lo que ha sucedido ha sido una "revolución copernicana" en el seno de la Iglesia.

Esto es el fruto de siglos de sufrimiento de todo el pueblo, fruto que a su vez es semilla y va desencadenando otros procesos de liberación, según la profecía de Mons Romero cuando les decía a sus hermanos de El Salvador:

"Estoy seguro de que tanta sangre derramada y tanto dolor causado a los familiares de las numerosas víctimas no será en vano. Es sangre y dolor que fecundan nuevas y cada vez más numerosas semillas de salvadoreños que tomarán conciencia de la responsabilidad que tienen de construir una sociedad más justa y humana, y que fructificarán en las reformas estructurales, audaces, urgentes y radicales que necesita nuestra patria".

(Homilía del 27 Enero 1980).

JOSE MARINS Y EQUIPO

EL MARTIRIO

CONSECUENCIA DE LA LUCHA CONTRA EL SUFRIMIENTO

NOTA: CONDENSO HERMINIO GIL

INTRODUCCION

El equipo de José Marins, con las Hermanas religiosas Teolide María Trevisan y Carolee Chanona, realizaron una celebración eucarística sobre los mártires de América Latina. El equipo de José Marins es famoso desde hace muchos años por su dedicación a las comunidades eclesiales de base en Brasil y en toda América Latina. Su participación en el Congreso Staurós no fué doctrinal sino experiencial, vivencial.

En una celebración densa de tres horas, expusieron las fotografías de unos 200 mártires, y algunas reliquias de mártires también; tenían de fondo una cruz desnuda de madera y mantas con mensajes de unas comunidades cristianas a otras, sobre todo perseguidas.

LA CELEBRACION

Explicaron los símbolos expuestos, tan importantes para el pueblo sencillo que expresa su religiosidad en formas simples pero densas de significación. Y destacaron que es la fuerza de la unidad la que anima a tantas comunidades y cristianos a vivir su fe.

Celebramos la Vida, porque Dios no es dios-de-muerte, sino el Dios de la Vida para el hombre. La celebración de los mártires no es sólo recuerdo. Como decía un campesino de una comunidad de El Salvador: "Rutilio no debe ser recordado, sino actualizado e imitado".

Presentaron a nuestra memoria, los relatos de mártires de todos los países de América Latina, y de todas las categorías sociales: obispos, sacerdotes, religiosas, catequistas, estudiantes, campesinos, indígenas, intelectuales.

Cantamos entonces, llenos de alegría la canción: "Jesús nuestra Esperanza, nos manda a los pobres liberar".

El acto penitencial consistió en pedir perdón, porque a veces somos cobardes en vivir nuestra fe en Dios y en los hermanos; porque el miedo nos hace pecar de omisión; porque las estructuras de nuestra sociedad son injustas, y hacen sufrir a los humildes y pequeños.

REFLEXION CRISTIANA SISTEMATICA

Estas experiencias, testimonios y relatos sobre los mártires, necesita de una reflexión bíblica y teológica que dé fuerza y unifique lo que está sucediendo entre nosotros, en América Latina. Por esto, el Equipo nos dió estos elementos de reflexión.

¿Cómo reacciona la sociedad ante estos hechos? Estos cristianos son presentados como de conducta moral no ejemplar; tratan de desprestigiar su figura y de neutralizar su memoria; y dan mucha importancia a los grupos pentecostales como si fuesen la auténtica forma de vivir el cristianismo. Necesitamos rescatar la memoria de nuestros mártires, porque evidentemente han muerto y sufrido por causa del Evangelio de Jesucristo.

¿Por qué se dan estos hechos evidentes? Por la misma realidad que existe en América Latina. Estructuras injustas que provocan una dialéctica entre ricos y pobres, la pobreza extrema que lleva a la aniquilación violenta y a la muerte, los pobres que son considerados peligrosos cuando toman conciencia de su pobreza. Jesús se solidarizó con los expulsados de la sociedad, porque Dios estaba a su favor. La cruz es la señal de que el Reino de Dios está aconteciendo hoy, como en la vida de Jesús.

¿Qué lecciones sacamos de todo esto? La que conocemos como utopía del Reino, se convierte ahora ya en realidad: la vida de los cristianos consiste en compartir lo que se



tiene y lo que se es. Hay por toda América Latina, como un nuevo modo de ser Hombre y Mujer, y de ser Comunidad. Provoca una relectura de la Palabra de Dios que escandaliza a los que en la Iglesia tienen privilegios. ¿Por qué son perseguidos? Por hacer y vivir la opción por los más pobres. La Iglesia debe estar cada día más cerca del pueblo; se encuentra cercada de lobos. Tenemos así la experiencia de la cruz de Jesús, la Sangre de hoy resurgimiento de vocaciones sacerdotales y religiosas. Es un riesgo vivir el Evangelio; pero los cristianos sienten el atractivo de un amor más fuerte que la muerte misma. ¿Qué hacer?

- Retomar y reconstruir la mística de la liberación, en la entrega total por el Reino y por el hermano.
- Ser realistas y perseverantes acompañando el caminar del pueblo.
- No pactar jamás con el triunfalismo, que siempre es estéril.
- Reforzar redes de comunicación en las bases que nos unifiquen y fortalezcan.
- Dar importancia a lo fundamental, que es el Amor mayor. La Fe contra el miedo.

¿QUE NOS DICE JESUS?

La lectura del Evangelio de Mateo 25,31-46, en este contexto adquirió una dimensión excepcional. La palabra de Jesús nos cuestiona y nos compromete con su Persona y con la persona de cada hermano herido que encontramos en nuestro caminar latinoamericano. Un silencio profundo interiorizó la Palabra del Señor en cada uno de nosotros.

LA CELEBRACION EUCARISTICA

Pasamos entonces a celebrar la Eucaristía, Sangre de Jesús para la comunidad de los discípulos.

El canto del Padre nuestro, con el signo de fraternidad y la unidad, quedó destacado de forma fuerte entre los participantes en la asamblea.

De manera especial, la Comunión del Cuerpo y de la Sangre de Cristo, unida a la sangre de cada hermano muerto por la evidencia de la injusticia, en los rincones de nuestra América Latina. Sangre de Cristo unida y fusionada con la sangre de un mártir. O mejor dicho; la sangre de un cristiano unida a la de Jesús, un hombre Justo injustamente asesinado por los responsables de la sociedad, sobre una cruz; porque el discípulo no puede ser mayor que el Maestro, y si a éste lo han perseguido, sus seguidores deben estar preparados.

Al final, pasamos a venerar sobre el altar, las reliquias de dos mártires: un trozo de madera empapada con la sangre de un obispo asesinado, y el hueso de un ser humano en forma de paloma —libertad— que un cristiano de una comunidad de base había formado en años de prisión.

Cantamos a santa María "Madre del cielo, morena, Señora de América Latina" pidiéndole que mire con sus ojos de caridad el sufrimiento de tantos hijos pequeños y oprimidos.

Un aplauso de cinco minutos coronó la celebración de nuestros hermanos, que por causa del Evangelio fueron torturados y martirizados. El aplauso era para los mártires, por su testimonio y por el ejemplo que nos han dejado a nosotros —cristianos, religiosas, sacerdotes, obispos—, a la Iglesia que peregrina hacia el Reino de Dios.

EUGENIO DELANEY

SUFRIMIENTO HUMANO Y COMPROMISO CRISTIANO

A LA LUZ DEL SEGUIMIENTO HISTORICO DE JESUS CRUCIFICADO

(Nota: Los temas de cada día no tenían una finalidad en sí, sino en función del objetivo del Congreso, indicado en el título de estas conclusiones).

I. SEGUIMIENTO DE JESUS CRUCIFICADO

- Jesús Crucificado es el criterio supremo para discernir la realidad del Mundo, y la vida de la Iglesia: escándalo, contradicción, locura y muerte.
- Máxima expresión del Proyecto del Padre: dar la vida al hombre en su carne, asumiendo la muerte de su carne.
- Máxima expresión de la solidaridad de Dios con el hombre: hecho hombre en la carne sufriente.
- Manifestación del Poder y Sabiduría de Dios: avanza hacia la Vida desde el interior de la muerte, luchando contra la muerte y derrotándola.

II. COMPROMISO CRISTIANO FRENTE AL SUFRIMIENTO

- 1.- Rescatar la Cruz como símbolo de liberación, impidiendo su manipulación.
- 2.- Partir del Pueblo como fuente de inspiración, en cuanto sujeto del Proyecto de Dios y protagonista de la historia del sufrimiento.
- 3.- Solidaridad con los que sufren:
 - a) Los que sufren la privación de: TIERRA — TRABAJO — PAN en una sociedad capitalista estructuralmente organizada para la acumulación de la riqueza en manos de pocos y la pobreza de la mayoría. En una sociedad que reprime con violencia todo reclamo de los pobres, y persigue a los que buscan la justicia.

Los que sufren la indiferencia de la Iglesia ante sus problemas, con excepciones que aún no llegan a caracterizar a la Institución, particularmente a nivel jerárquico.

b) Solidaridad:

- ser pobres o intentarlo.
- Vivir con los pobres: lugar geográfico (sentir en la piel).
- Ponerse del lado de los pobres: lugar social.
- Forzar "proféticamente" a la Iglesia hasta colocarla en la carne de los hombres (Teología del conflicto).

4.- Luchar contra el sufrimiento

- Asumiendo la causa de los pobres.
- Manteniendo una conciencia crítica.
- Realizando una acción eficaz: análisis de hechos y causas estructurales (Mecanismos de dominación y dependencia); necesidad de mediaciones socio-políticas y culturales (concientización, ideología, organización); denuncia de ideología de lucro y dominación y de sus mecanismos manifiestos u ocultos; no violencia-activa. Metodología pastoral con objetivos claros y acción planificada, reubicación de personas y recursos.

5.- Dinamizar la esperanza pascual

- Tener y comunicar seguridad en el triunfo de la causa de los pobres, por ser la Causa de Dios (coraje cristiano).
- Exorcizar los fantasmas de la muerte (miedo, apatía)
- Celebrar la Pascua en situaciones de muerte.
- Tener paciencia histórica: fuerza que perdura en el



- tiempo y trasciende las circunstancias adversas.
- Favorecer las iniciativas en favor del Pueblo y de los Derechos Humanos.

6.- Luchar por la Vida.

- Por la vida integral, sin dualismos ni reduccionismos.
- Por la forma humana de vida: hijo, hermano, señor.
- Multiplicar situaciones de vida.

III. ESPIRITUALIDAD DEL COMPROMISO

- Cultivo de la memoria del Crucificado, evitando que la Cruz sea desvirtuada.
- Oración: encuentro con el Dios vivo y con el Hombre crucificado.

- Radicalidad evangélica: Fidelidad a Dios y al Hombre.
- Discernimiento: desde Jesús Crucificado y sus opciones.
- Conversión (Mente, corazón, actitudes): optar.
- Coherencia con las opciones.
- Ecclesialidad: Fidelidad a la Iglesia de Jesús, en medio de las ambigüedades, las contradicciones y tensiones.
- Coraje y audacia, fruto del Espíritu.
- Disposición a perder (amigos, prestigio, privilegios, seguridad, vida).
- Disposición al servicio gratuito e "inútil".



CHRISTUS

DOCUMENTOS

JUAN PABLO II

CARTA APOSTOLICA

SOBRE EL SUFRIMIENTO HUMANO

EL MUNDO DEL SUFRIMIENTO HUMANO

8. . . Pensando en el mundo del sufrimiento, en su sentido personal y a la vez colectivo, no es posible, finalmente, dejar de notar que tal mundo, en algunos períodos de tiempo y en algunos espacios de la existencia humana, parece que se hace particularmente denso. Esto sucede, por ejemplo, en casos de calamidades naturales, de epidemias, de catástrofes y cataclismos o de diversos flagelos sociales. Pensemos, por ejemplo, en el caso de una mala cosecha, y como consecuencia del mismo —o de otras diversas causas—, en el drama del hambre.

Pensemos, finalmente, en la guerra. Hablo de ella de modo especial. Hablo de las dos últimas guerras mundiales, de las que la segunda ha traído consigo un cúmulo todavía mayor de muerte y un pesado acervo de sufrimiento humano. A su vez, la segunda mitad de nuestro siglo —como en proporción con los errores y trasgresiones de nuestra civilización contemporánea— lleva en sí una amenaza tan horrible de guerra nuclear, que no podemos pensar en este período sino en términos de un incomparable acumularse de sufrimientos, hasta llegar a la posible autodestrucción de la humanidad. De esta manera ese mundo de sufrimiento, que en definitiva tiene su sujeto en cada hombre, parece transformarse en nuestra época —quizá más que en cualquier otro momento— en un particular “sufrimiento del mundo”; del mundo que ha sido transformado, como nunca antes, por el progreso realizado por el hombre, y que a la vez está en peligro más que nunca a causa de los errores y culpas del hombre.

A LA BUSQUEDA DE UNA RESPUESTA A LA PREGUNTA SOBRE EL SENTIDO DEL SUFRIMIENTO

9. Dentro de cada sufrimiento experimentado por el hombre, y también en lo profundo del mundo del sufrimiento, aparece inevitablemente la pregunta: ¿por qué? . . .

Y es bien sabido que en la línea de esta pregunta se llega no sólo a múltiples frustraciones y conflictos en la relación del hombre con Dios, sino que sucede incluso que se llega a la negación misma de Dios. En efecto, si la existencia del mundo abre casi la mirada del alma humana a la existencia de Dios, a su sabiduría, poder y magnificencia, el mal y el sufrimiento parecen ofuscar esta imagen, a veces de modo radical, tanto más en el drama diario de tantos sufrimientos sin culpa y de tantas culpas sin una adecuada pena.

10. El hombre puede dirigir tal pregunta a Dios con toda la conmoción de su corazón y con la mente llena de asombro y de inquietud; Dios espera la pregunta y la escucha, como podemos ver en la Revelación del Antiguo Testamento. En el libro de Job la pregunta ha encontrado su expresión más viva, . . .

11 Job, niega la verdad del principio que identifica el sufrimiento con el castigo del pecado y lo hace en base a su propia experiencia. En efecto, él es consciente de no haber merecido tal castigo; más aún, expone el bien que ha hecho a lo largo de su vida. Al final Dios mismo reprocha a los amigos de Job por las acusaciones y reconoce que Job no es culpable. El de Job es el sufrimiento de un inocente; debe ser aceptado como un misterio que el hombre no puede comprender a fondo con su inteligencia.

El libro de Job no desvirtúa las bases del orden moral trascendente, fundado en la justicia, como las propone toda la Revelación en la Antigua y en la Nueva Alianza. Pero, a la vez, el libro demuestra con toda claridad que los principios de este orden no se pueden aplicar de manera exclusiva y superficial. Si es verdad que el sufrimiento tiene un sentido como castigo cuando está unido a la culpa, no es verdad, por el contrario, que todo sufrimiento sea consecuencia de la culpa y tenga carácter de castigo. La figura del justo Job es una prueba elocuente en el Antiguo Testamento. . .

12. El libro de Job pone de modo perspicaz el "por qué" del sufrimiento; muestra también que éste alcanza al inocente, pero no da todavía la solución al problema.

Ya en el Antiguo Testamento notamos una orientación que tiende a superar el concepto según el cual el sufrimiento tiene sentido únicamente como castigo por el pecado, en cuanto se subraya a la vez el valor educativo de la pena-sufrimiento. Así pues, en los sufrimientos infligidos por Dios al Pueblo elegido está presente una invitación de su misericordia, la cual corrige para llevar a la conversión: "Los castigos no vienen para la destrucción sino para la corrección de nuestro pueblo" (1)...

13 Pero para poder percibir la verdadera respuesta al "por qué" del sufrimiento, tenemos que volver nuestra mirada a la revelación del amor divino, fuente última del sentido de todo lo existente. El amor es también la fuente más rica sobre el sentido del sufrimiento, que es siempre un misterio; somos conscientes de la insuficiencia e inadecuación de nuestras explicaciones. Cristo nos hace entrar en el misterio y nos hace descubrir el "por qué" del sufrimiento, en cuanto somos capaces de comprender la sublimidad del amor divino...

JESUCRISTO: EL SUFRIMIENTO VENCIDO POR EL AMOR

14 "Porque tanto amó Dios al mundo, que le entregó su unigénito Hijo, para que todo el que crea en El no perezca, sino que tenga la vida eterna"(2). Estas palabras, pronunciadas por Cristo en el coloquio con Nicodemo, nos introducen al centro mismo de la acción salvífica de Dios. Ellas manifiestan también la esencia misma de la soterología cristiana, es decir, de la teología de la salvación. Salvación significa liberación del mal, y por ello está en estrecha relación con el problema del sufrimiento. Según las palabras dirigidas a Nicodemo, Dios da su Hijo al "mundo" para librar al hombre del mal, que lleva en sí la definitiva y absoluta perspectiva del sufrimiento. Simultáneamente, la misma palabra "entrega" ("entregó") indica que esta liberación debe ser realizada por el Hijo unigénito mediante su propio sufrimiento. Y en ello se manifiesta el amor, el amor infinito, tanto de ese Hijo unigénito como del Padre, que por eso "entrega" a su Hijo. Este es el amor hacia el hombre, el amor por el "mundo": el amor salvífico...

El hombre "muere", cuando pierde "la vida eterna". Lo contrario de la salvación no es, pues, solamente el sufrimiento temporal, cualquier sufrimiento, sino el sufrimiento definitivo: la pérdida de la vida eterna, el ser rechazados por Dios, la condenación. El Hijo unigénito ha sido dado a la humanidad para proteger al hombre, ante todo, de este mal definitivo y del sufrimiento definitivo. En su misión salvífica El debe, por tanto, tocar el mal en sus mismas raíces trascendentales, en las que éste se desarrolla en la historia del hombre. Estas raíces trascendentales del mal están en el pecado y en la muerte: en efecto, éstas se encuentran en la base de la pérdida de la vida eterna. La misión del Hijo unigénito consiste en vencer el pecado y la muerte. El vence el pecado con su obediencia hasta la muerte, y vence la muerte con su resurrección.

15 Cuando se dice que Cristo con su misión toca el mal en sus mismas raíces, nosotros pensamos no sólo en el mal y el sufrimiento definitivo, escatológico (para que el hombre "no muera, sino que tenga la vida eterna"), sino también —al menos directamente— en el mal y el sufrimiento en su dimensión temporal e histórica. El mal, en efecto, está vinculado al pecado y a la muerte. Y aunque se debe juzgar con gran cautela el sufrimiento del hombre como consecuencia de pecados concretos (esto indica precisamente el ejemplo del justo Job), sin embargo, éste no puede separarse del pecado de origen, de lo que en San Juan se llama "el pecado del mundo" (3), del trasfondo pecaminoso de las acciones personales y de los procesos sociales en la historia del hombre. Si no es lícito aplicar aquí el criterio restringido de la dependencia directa (como hacían los tres amigos de Job), sin embargo no se puede ni siquiera renunciar a un criterio de que, en la base de los sufrimientos humanos, hay una implicación múltiple con el pecado...

16 En su actividad mesiánica en medio de Israel Cristo se acercó incesantemente al mundo del sufrimiento humano. "Pasó haciendo bien"(4), y este obrar suyo se dirigía ante todo a los enfermos y a quienes esperaban ayuda. Curaba los enfermos, consolaba a los afligidos, alimentaba a los hambrientos, liberaba a los hombres de la sordera, de la ceguera, de la lepra, del demonio y de diversas disminuciones físicas; tres veces devolvió la vida a los muertos. Era sensible a todo sufrimiento humano, tanto al del cuerpo como al del alma. Al mismo tiempo instruía, poniendo en el centro de su enseñanza las ocho bienaventuranzas, que son dirigidas a los hombres probados por diversos sufrimientos en su vida temporal. Estos son los "pobres de espíritu", "los que lloran", "los que tienen hambre y sed de justicia", "los que padecen persecución por la justicia", cuando los insultan, los persiguen y, con mentira, dicen contra ellos todo género de mal por Cristo (5)... Así según Mateo. Lucas menciona explícitamente a los que ahora padecen hambre (6).

De todos modos Cristo se acercó sobre todo al mundo del sufrimiento humano por el hecho de haber asumido este sufrimiento en sí mismo. Durante su actividad pública probó no sólo la fatiga, la falta de una casa, la incompreensión incluso por parte de los más cercanos; pero sobre todo fue rodeado cada vez más herméticamente por un círculo de hostilidad, y se hicieron cada vez más palpables los preparativos para quitarlo de entre los vivos. Cristo era consciente de esto y muchas veces hablaba a sus discípulos de los sufrimientos y de la muerte que le esperaban: "Subimos a Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado a los príncipes de los sacerdotes y a los escribas, que lo condenarán a muerte y le entregarán a los gentiles, y se burlarán de El y le escupirán, y le azotarán y le darán muerte; pero a los tres días resucitará" (7). Cristo va hacia su pasión y muerte con toda la conciencia de la misión que ha de realizar de este modo...

18 Puede afirmarse que las consideraciones anteriores nos llevan ya directamente a Getsemaní y al Gólgota, donde su cumplió el Poema del Siervo doliente, contenido en el Libro de Isaías. Antes de llegar allí, leamos los versículos sucesivos del Poema, que dan una anticipación profética de

la pasión del Getsemaní y del Gólgota. El Siervo doliente —y esto a su vez es esencial para un análisis de la pasión de Cristo— se carga con aquellos sufrimientos, de los que se ha hablado, de un modo completamente voluntario:

“Maltratado, mas él se sometió,
no abrió la boca,
como cordero llevado al matadero,
como oveja muda ante los trasquiladores.
Fue arrebatado por un juicio inicuo,
sin que nadie defendiera su causa,
pues fue arrancado de la tierra de los vivientes
y herido de muerte por el crimen de su pueblo.
Dispuesta estaba entre los impíos su sepultura,
y fue en la muerte igualado a los malhechores,
a pesar de no haber cometido maldad
ni haber mentira en su boca” (8).

Cristo sufre voluntariamente y sufre inocentemente. Acoge con su sufrimiento aquel interrogante que, puesto muchas veces por los hombres, ha sido expresado, en un cierto sentido, de manera radical en el Libro de Job. Sin embargo, Cristo no sólo lleva consigo la misma pregunta (y esto de una manera todavía más radical, ya que El no es sólo un hombre como Job, sino el unigénito Hijo de Dios), pero lleva también el máximo de la posible respuesta a este interrogante. La respuesta emerge, se podría decir, de la misma materia de la que está formada la pregunta. Cristo da la respuesta al interrogante sobre el sufrimiento y sobre el sentido del mismo, no sólo con sus enseñanzas, es decir, con la Buena Nueva, sino ante todo con su propio sufrimiento, el cual está integrado de una manera orgánica e indisoluble con las enseñanzas de la Buena Nueva. Esta es la palabra última y sintética de esta enseñanza: “la doctrina de la Cruz”, como dirá un día San Pablo (9).

PARTICIPES EN LOS SUFRIMIENTOS DE CRISTO

19 El mismo Poema del Siervo doliente del libro de Isaías nos conduce precisamente, a través de los versículos sucesivos, en la dirección de este interrogante y de esta respuesta:

“Ofreciendo su vida en sacrificio por el pecado,
verá descendencia que prolongará sus días
y el deseo de Yavé prosperará en sus manos.
Por la fatiga de su alma verá
y se saciará de su conocimiento.
El justo, mi siervo, justificará a muchos,
y cargará con las iniquidades de ellos.
Por eso yo le daré por parte suya muchedumbres,
y dividirá la presa con los poderosos
por haberse entregado a la muerte
y haber sido contado entre los pecadores,
llevando sobre sí los pecados de muchos
e intercediendo por los pecadores” (10).

Puede afirmarse que junto con la pasión de Cristo todo sufrimiento humano se ha encontrado en una nueva situación.

Parece como si Job la hubiera sentido cuando dice: “Yo sé en efecto que mi Redentor vive. . .” (11); co-

mo si hubiese encaminado hacia ella su propio sufrimiento, el cual, sin la redención, no hubiera podido revelarle la plenitud de su significado. En la cruz de Cristo no sólo se ha cumplido la redención mediante el sufrimiento, sino que el mismo sufrimiento humano ha quedado redimido. Cristo —sin culpa alguna propia— cargó sobre sí “el mal total del pecado”. La experiencia de este mal determinó la medida incomparable del sufrimiento de Cristo que se convirtió en el precio de la redención. De esto habla el Poema del Siervo doliente en Isaías. De esto hablarán a su tiempo los testigos de la Nueva Alianza, estipulada en la Sangre de Cristo. He aquí las palabras del apóstol Pedro, en su primera carta: “Habéis sido rescatados no con plata y oro, corruptibles, sino con la sangre preciosa de Cristo, como cordero sin defecto ni mancha” (12).

20. . . La elocuencia de la cruz y de la muerte es completada, no obstante, por la elocuencia de la resurrección. El hombre halla en la resurrección una luz completamente nueva, que lo ayuda a abrirse camino a través de la densa oscuridad de las humillaciones, de las dudas, de la desesperación y de la persecución. De ahí que el Apóstol escriba también en la misma carta a los Corintios: “Porque así como abundan en nosotros los padecimientos de Cristo, así por Cristo abunda nuestra consolación” (13).

22. . . El motivo del sufrimiento y de la gloria tiene una característica estrictamente evangélica, que se aclara mediante la referencia a la cruz y a la resurrección. La resurrección es ante todo la manifestación de la gloria, que corresponde a la elevación de Cristo por medio de la cruz. En efecto, si la cruz ha sido a los ojos de los hombres la expoliación de Cristo, al mismo tiempo ésta ha sido a los ojos de Dios su elevación. En la cruz Cristo ha alcanzado y realizado con toda plenitud su misión: cumpliendo la voluntad del Padre, se realizó a la vez a sí mismo. En la debilidad manifestó su poder, y en la humillación toda su grandeza mesiánica. ¿No son quizás una prueba de esta grandeza todas las palabras pronunciadas durante la agonía en el Gólgota y, especialmente, las referidas a los autores de la crucifixión: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”? (14). A quienes participan de los sufrimientos de Cristo estas palabras se imponen con la fuerza de un ejemplo supremo. El sufrimiento es también una llamada a manifestar la grandeza moral del hombre, su madurez espiritual. De esto han dado prueba, en las diversas generaciones, los mártires y confesores de Cristo, fieles a las palabras: “No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, que el alma no pueden matarla” (15).

La resurrección de Cristo ha revelado “la gloria del siglo futuro” y, contemporáneamente, ha confirmado “el honor de la Cruz”: aquella gloria que está contenida en el sufrimiento mismo de Cristo, y que muchas veces se ha reflejado y se refleja en el sufrimiento del hombre, como expresión de su grandeza espiritual. Hay que reconocer el testimonio glorioso no sólo de los mártires de la fe, sino también de otros numerosos hombres que a veces, aun sin la fe en Cristo, sufren y dan la vida por la verdad y por una justa causa. En los sufrimientos de todos éstos es confirmada de modo particular la gran dignidad del hombre.

23. . . En la carta a los Romanos el apóstol Pablo se pronuncia todavía más ampliamente sobre el tema de este "nacer de la fuerza en la debilidad", del vigorizarse espiritualmente del hombre en medio de las pruebas y tribulaciones, que es la vocación especial de quienes participan en los sufrimientos de Cristo. "Nos gloriamos hasta en las tribulaciones, sabedores de que la tribulación produce la paciencia; la paciencia, una virtud probada; y la virtud probada, la esperanza. Y la esperanza no quedará confundida, pues el amor de Dios se ha derramado en nuestros corazones por virtud del Espíritu Santo, que nos ha sido dado" (16). . .

24. . . El que sufre en unión con Cristo —como en unión con Cristo soporta sus "tribulaciones" el apóstol Pablo— no sólo saca de Cristo aquella fuerza, de la que se ha hablado precedentemente, sino que "completa" con su sufrimiento lo que falta a los padecimientos de Cristo. En este marco evangélico se pone de relieve, de modo particular, la verdad sobre el carácter creador del sufrimiento. . .

EL EVANGELIO DEL SUFRIMIENTO

25 Los testigos de la cruz y de la resurrección de Cristo han transmitido a la Iglesia y a la humanidad un específico Evangelio del sufrimiento. El mismo Redentor ha escrito este Evangelio ante todo con el propio sufrimiento asumido por amor, para que el hombre "no perezca, sino que tenga la vida eterna" (17). . .

Es ante todo consolador —como es evangélica e históricamente exacto— notar que al lado de Cristo, en primerísimo y muy destacado lugar junto a El está siempre su Madre Santísima por el testimonio ejemplar que con su vida eterna da a este particular Evangelio del sufrimiento. En Ella los numerosos e intensos sufrimientos se acumularon en una tal conexión y relación, que si bien fueron prueba de su fe inquebrantable, fueron también una contribución a la redención de todos. . .

El Evangelio del sufrimiento significa no sólo la presencia del sufrimiento en el Evangelio, como uno de los temas de la Buena Nueva, sino además la revelación de la fuerza salvadora y del significado salvífico del sufrimiento en la misión mesiánica de Cristo y luego en la misión y en la vocación de la Iglesia. . .

Varias veces dijo también Cristo que sus discípulos y confesores encontrarán múltiples persecuciones; esto —como se sabe— se verificó no sólo en los primeros siglos de la vida de la Iglesia bajo el imperio romano, sino que se ha realizado y se realiza en diversos períodos de la historia y en diferentes lugares de la tierra, aun en nuestros días. . .

26 Si el primer gran capítulo del Evangelio del sufrimiento está escrito, a lo largo de las generaciones, por aquellos que sufren persecuciones por Cristo, igualmente se desarrolla a través de la historia otro gran capítulo de este Evangelio. Lo escriben todos los que sufren con Cristo, uniendo los propios sufrimientos humanos a su sufrimiento salvador. . .

A través de los siglos y generaciones se ha constatado que en el sufrimiento se esconde una particular fuerza que

acerca interiormente el hombre a Cristo, una gracia especial. A ella deben su profunda conversión muchos santos, como por ejemplo San Francisco de Asís, San Ignacio de Loyola, etc. . .

Ante el hermano o la hermana que sufren, Cristo abre y despliega gradualmente los horizontes del Reino de Dios, de un mundo convertido al Creador, de un mundo liberado del pecado, que se está edificando sobre el poder salvífico del amor. Y de una forma lenta pero eficaz, Cristo introduce en este mundo, en este Reino del Padre al hombre que sufre, en cierto modo a través de lo íntimo de su sufrimiento. En efecto, el sufrimiento no puede ser transformado y cambiado con una gracia exterior, sino interior. Cristo, mediante su propio sufrimiento salvífico, se encuentra muy dentro de todo sufrimiento humano, y puede actuar desde el interior del mismo con el poder de su Espíritu de Verdad, de su Espíritu Consolador.

No basta. El divino Redentor quiere penetrar en el ánimo de todo paciente a través del corazón de su Madre Santísima, primicia y vértice de todos los redimidos. Como continuación de la maternidad que por obra del Espíritu Santo le había dado la vida, Cristo moribundo confirió a la siempre Virgen María una nueva maternidad —espiritual y universal— hacia todos los hombres, a fin de que cada uno, en la peregrinación de la fe, quedara, junto con María, estrechamente unido a El hasta la cruz, y cada sufrimiento regenerado con la fuerza de esta cruz se convirtiera, desde la debilidad del hombre, en fuerza de Dios. . .

Cristo no explica abstractamente las razones del sufrimiento, sino que ante todo dice: "Sígueme", "Ven", toma parte con tu sufrimiento en esta obra de salvación del mundo, que se realiza a través de mi sufrimiento. . .

27. De esta alegría habla el Apóstol en la carta a los Colosenses: "Ahora me alegro de mis padecimientos por vosotros" (18). Se convierte en fuente de alegría la superación del sentido de inutilidad del sufrimiento, sensación que a veces está arraigada muy profundamente en el sufrimiento humano. . .

El hombre, cuanto más se siente amenazado por el pecado, cuanto más pesadas son las estructuras del pecado que lleva en sí el mundo de hoy, tanto más grande es la elocuencia que posee en sí el sufrimiento humano. Y tanto más la Iglesia siente la necesidad de recurrir al valor de los sufrimientos humanos para la salvación del mundo.

EL BUEN SAMARITANO

28. Pertenece también al Evangelio del sufrimiento —y de modo orgánico— la parábola del buen Samaritano. Mediante esta parábola Cristo quiso responder a la pregunta "¿Y quién es mi prójimo?" (19). En efecto, entre los tres que viajaban a lo largo de la carretera de Jerusalén a Jericó, donde estaba tendido en tierra medio muerto un hombre robado y herido por los ladrones, precisamente el Samaritano demostró ser verdaderamente el "prójimo" para aquel infeliz. "Prójimo" quiere decir también aquel que cumplió el mandamiento del amor al prójimo. Otros dos hombres corrían el mismo camino; uno era sacerdote y el otro levita,

pero cada uno "lo vió y pasó de largo". En cambio, el Samaritano "lo vió y tuvo compasión. . . Acercóse, le vendó las heridas", a continuación "lo condujo al mesón y cuidó de él" (20). Y al momento de partir confió el cuidado del hombre herido al mesonero, comprometiéndose a abonar los gastos correspondientes.

La parábola del buen Samaritano pertenece al Evangelio del sufrimiento. Indica, en efecto, cuál debe ser la relación de cada uno de nosotros con el prójimo que sufre. No nos está permitido "pasar de largo", con indiferencia, sino que debemos "pararnos" junto a él. Buen Samaritano es todo hombre, que se para junto al sufrimiento de otro hombre de cualquier género que ése sea. Esta parada no significa curiosidad, sino más bien disponibilidad. Es como el abrirse de una determinada disposición interior del corazón, que tiene también su expresión emotiva. Buen Samaritano es todo hombre sensible al sufrimiento ajeno, el hombre que "se conmueve" ante la desgracia del prójimo. Si Cristo, conocedor del interior del hombre, subraya esta conmoción, quiere decir que es importante para toda nuestra actitud frente al sufrimiento ajeno. Por lo tanto, es necesario cultivar en sí mismo esta sensibilidad del corazón, que testimonia la compasión hacia el que sufre. A veces esta compasión es la única o principal manifestación de nuestro amor y de nuestra solidaridad hacia el hombre que sufre.

Sin embargo, el buen Samaritano de la parábola de Cristo no se queda en la mera conmoción y compasión. Estas se convierten para él en estímulo a la acción que tiende a ayudar al hombre herido. Por consiguiente, es en definitiva buen Samaritano el que ofrece ayuda en el sufrimiento, de cualquier clase que sea. Ayuda, dentro de lo posible, eficaz. En ella pone todo su corazón y no ahorra ni siquiera medios materiales. Se puede afirmar que se da a sí mismo, su propio "yo", abriendo este "yo" al otro. Tocamos aquí uno de los puntos clave de toda la antropología cristiana. El hombre no puede "encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás" (21). Buen Samaritano es el hombre capaz precisamente de ese don de sí mismo.

29. Siguiendo la parábola evangélica, se podría decir que el sufrimiento, que bajo tantas formas diversas está presente en el mundo humano, está también presente para irradiar el amor al hombre, precisamente ese desinteresado don del propio "yo" en favor de los demás hombres, de los hombres que sufren. Podría decirse que el mundo del sufrimiento humano invoca sin pausa otro mundo: el del amor humano; y aquel amor desinteresado, que brota en su corazón y en sus obras, el hombre lo debe de algún modo al sufrimiento. No puede el hombre "prójimo" pasar con desinterés ante el sufrimiento ajeno, en nombre de la fundamental solidaridad humana; y mucho menos en nombre del amor al prójimo. Debe "pararse", "conmoverse", actuando como el Samaritano de la parábola evangélica. La parábola en sí expresa una verdad profundamente cristiana, pero a la vez tan universalmente humana. No sin razón, aun en el lenguaje habitual se llama obra "de buen samaritano" toda actividad en favor de los hombres que sufren y de todos los necesitados de ayuda.

Esta actividad asume, en el transcurso de los siglos, formas institucionales organizadas y constituye un terreno

de trabajo en las respectivas profesiones. ¡Cuánto tiene "de buen samaritano" la profesión del médico, de la enfermera, u otras similares! . . .

Viendo todo esto, podemos decir que la parábola del Samaritano del Evangelio se ha convertido en uno de los elementos esenciales de la cultura moral y de la civilización universalmente humana. Y pensando en todos los hombres, que con su ciencia y capacidad prestan tantos servicios al prójimo que sufre, no podemos menos de dirigirles unas palabras de aprecio y gratitud. . .

Es difícil enumerar aquí todos los tipos y ámbitos de la actividad "como samaritano" que existen en la Iglesia y en la sociedad. Hay que reconocer que son muy numerosos, y expresar también alegría porque, gracias a ellos, los valores morales fundamentales, como el valor de la solidaridad humana, el valor del amor cristiano al prójimo, forman el marco de la vida social y de las relaciones interpersonales, combatiendo en este frente las diversas formas de odio, violencia, crueldad, desprecio por el hombre, o las de la mera "sensibilidad", o sea la indiferencia hacia el prójimo y sus sufrimientos.

Es enorme el significado de las actitudes oportunas que deben emplearse en la educación. La familia, la escuela, las demás instituciones educativas, aunque sólo sea por motivos humanitarios, deben trabajar con perseverancia para despertar y afinar esa sensibilidad hacia el prójimo y su sufrimiento, del que es un símbolo la figura del Samaritano evangélico. . .

30 La parábola del buen Samaritano, que —como hemos dicho— pertenece al Evangelio del sufrimiento, camina con él a lo largo de la historia de la Iglesia y del cristianismo, a lo largo de la historia del hombre y de la humanidad. Testimonia que la revelación por parte de Cristo del sentido salvífico del sufrimiento no se identifica de ningún modo con una actitud de pasividad. Es todo lo contrario. El Evangelio es la negación de la pasividad ante el sufrimiento. El mismo Cristo, en este aspecto, es sobre todo activo. De este modo realiza el programa mesiánico de su misión, según las palabras del profeta: "El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ungió para evangelizar a los pobres; me envió a predicar a los cautivos la libertad, a los ciegos la recuperación de la vista; para poner en libertad a los oprimidos, para anunciar un año de gracia del Señor" (22). Cristo realiza con sobrealabundancia este programa mesiánico de su misión: El pasa "haciendo el bien" (23), y el bien de sus obras destaca sobre todo ante el sufrimiento humano. La parábola del buen Samaritano está en profunda armonía con el comportamiento de Cristo mismo.

Esta parábola entrará, finalmente, por su contenido esencial, en aquellas desconcertantes palabras sobre el juicio final, que Mateo ha recogido en su Evangelio: "Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; preso, y vinisteis a verme" (24). A los justos que pregunten cuándo han hecho precisamente esto, el Hijo del Hombre responderá: "En verdad os digo que cuantas veces hicisteis eso a uno de estos mis hermanos menores, a mí me lo hicis-

teis". "La sentencia contraria tocará a los que se comportaron diversamente: "En verdad os digo que cuando dejasteis de hacer eso con uno de estos pequeñuelos, conmigo dejasteis de hacerlo" (25) . . .

En el programa mesiánico de Cristo, que es a la vez el programa del reino de Dios, el sufrimiento está presente en el mundo para provocar amor, para hacer nacer obras de amor al prójimo, para transformar toda la civilización humana en la "civilización del amor". En este amor el significado salvífico del sufrimiento se realiza totalmente y alcanza su dimensión definitiva. Las palabras de Cristo sobre el juicio final permiten comprender esto con toda la sencillez y claridad evangélica.

CONCLUSION

31 Este es el sentido del sufrimiento, verdaderamente sobrenatural y a la vez humano. Es sobrenatural, porque se arraiga en el misterio divino de la redención del mundo, y es también profundamente humano, porque en él el hombre se encuentra a sí mismo, su propia humanidad, su propia dignidad y su propia misión. . .

Con María, Madre de Cristo, "que estaba junto a la Cruz" (26), nos detenemos ante todas las cruces del hombre de hoy.

Invoquemos a todos los Santos que a lo largo de los siglos fueron especialmente partícipes de los sufrimientos de Cristo. Pidámosles que nos sostengan.

Y os pedimos a todos los que sufrís, que nos ayudéis. Precisamente a vosotros, que sois débiles, pedimos que seáis una fuente de fuerza para la Iglesia y para la humanidad. En la terrible batalla entre las fuerzas del bien y del mal, que nos presenta el mundo contemporáneo, venza nuestro sufrimiento en unión con la cruz de Cristo.

A todos, queridos hermanos y hermanas, os envío mi Bendición Apostólica.

Dado en Roma, junto a San Pedro en la memoria litúrgica de Nuestra Señora de Lourdes, el día 11 de febrero del año 1984, sexto de mi Pontificado.

Joannes Paulus pp II

NOTAS

(1) 2 Mac 6,12.

(2) Jn 3,16.

(3) Jn 1,29.

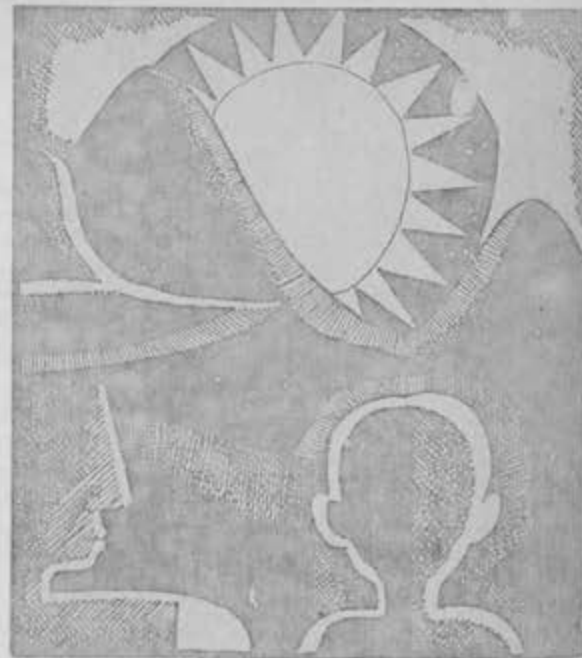
(4) Act 10,38.

(5) Cf. Mt 5,3-11.

(6) Cf. Lc 6,21.

(7) Mc 10,33-34.

(8) Is 53,7-9.



(9) Cf 1 Cor 1,18.

(10) Is 53,10-12.

(11) Job 19,25.

(12) 1 Pe 1, 18-19.

(13) 2 Cor 1,5.

(14) Lc 23,34.

(15) Mt 10,28.

(16) Rom 5,3-5.

(17) Jn 3,16.

(18) Col 1,24.

(19) Lc 10,29.

(20) Lc 10,33-34.

(21) CONC ECUM VAT II, Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual, Gaudium et spes, 24.

(22) Lc 4,18-19; cf Is 61, 1-2.

(23) Act 10,38.

(24) Mt 25, 34-36.

(25) Mt 25, 40.

(26) Cfr Jn 19,25.

CARTA A LOS HERMANOS QUE SUFREN

DE AMERICA LATINA

"Felices ustedes que ahora tienen hambre porque serán saciados. Felices ustedes que ahora lloran, porque van a reír. Felices cuando los hombres les odien, cuando les condenen a la expulsión, los insulten y los declaren infames por causa del Hijo del Hombre. Alégrese mucho ese día y salten de gozo, porque vuestra recompensa será grande en el cielo. De hecho, lo mismo hicieron sus padres con los profetas" (Lucas 6,21-23).

QUIENES SOMOS Y POR QUE ESCRIBIMOS

1. Los que escribimos esta Carta somos cristianos de diferentes Iglesias, de 18 países, especialmente de América Latina; algunos representan a Europa y a Estados Unidos. Somos 300 personas, entre laicos comprometidos sacerdotes y obispos, pastores, teólogos, religiosas y religiosos.

Invitados por la Asociación Internacional STAUROS, fundada y sostenida por los Pasionistas y que tiene como objetivo promover el estudio del "significado de la doctrina y del anuncio de la Pasión de Cristo en todas sus dimensiones y expresiones" nos reunimos en Itaici SP (Brasil) desde el día 17 hasta el 22 de octubre para el "Congreso Ecueménico Latinoamericano sobre el Sufrimiento Humano y el Compromiso Cristiano en América Latina".

Durante estos días de trabajo e intensa experiencia de fraternidad hemos intentado ante todo escuchar el grito de dolor de ustedes, orar y reflexionar a partir de la Cruz Liberadora de Jesús.

2. En esta Carta queremos contarles lo que hemos descubierto y concluido a partir de nuestra Fe. Para nosotros, esta carta sirve como testamento de compromiso y de alianza, con todos los que sufren, y también de convocación que llevaremos a nuestras comunidades y a otros hombres de buena voluntad para que se comprometan con más eficacia en la lucha de ustedes contra el sufrimiento.

Al mismo tiempo, deseamos que esta Carta sea un grito de denuncia y llamada a la conversión y transformación de las estructuras, que se une al clamor de los oprimidos de la tierra, contra un sistema excluyente y productor de cruces para millones de hermanos nuestros.

Para ustedes que sufren la Cruz inicua, producida por ese sistema y que resisten, a veces, con valentía, queremos que esta Carta sea portadora de nuestro compromiso solidario; de ánimo y esperanza que nacen de nuestra Fe en el Crucificado-Resucitado.

EL SUFRIMIENTO QUE EXPERIMENTAMOS

3. En estos días, hemos reflexionado sobre el dolor de nuestra gente. Hemos escuchado muchos relatos; en cada país de América Latina hay mucho dolor innecesario que por lo mismo es injusto; dolor concreto de hermanos con nombre y rostro. Los análisis sociales y económicos nos indican que va a continuar el dolor en profundidad y en extensión. Es triste, es inhumano, todo esto. Más: es dramático y cruel.

4. Este inmenso dolor que clama al cielo (Exodo 3, 7-12 y Puebla 87-89) tiene raíces históricas desde generaciones y siglos que han aniquilado las culturas autóctonas de nuestros países en favor de los dominadores; ellos son los responsables directos —ayer y hoy— del sufrimiento y de la muerte; los responsables adoran a los ídolos del poder y del dinero, y no se detienen ante un ser humano; son los nuevos "Caínes" (Génesis 4, 8-11) que persiguen, torturan y matan, sin piedad a veces hasta invocando el nombre de Dios y la defensa de la cultura cristiana. Pero lo que hacen es maldecir a Dios y destruir su imagen más querida que es el hombre (Génesis 1,26-27).

5. Muchos creyentes de Jesucristo son perseguidos hasta la muerte. Sí los asesinan por amar a Dios y por querer salir de la situación de cautiverio en que están. Como en los

primeros siglos de la Iglesia también hoy tenemos "mártires"; son testigos de los valores del Reino de Dios que irrumpe en la historia de los hombres (Marcos 1,14-15). Hemos celebrado la "memoria" de esos muertos que nos han cuestionado y animado a seguir la opción de Jesús hasta la muerte de Cruz. Les invitamos a que también ustedes celebren a los mártires; no los dejemos en el olvido; son hermanos nuestros.



NUESTRO JUICIO CRISTIANO SOBRE EL DOLOR

6. Pero, como nosotros somos seguidores de Jesucristo, estos días también hemos proclamado la Palabra del Señor que nos ha hecho comprender que Dios no quiere el sufrimiento ni la muerte del hombre. Es Dios de vida y de felicidad. Nos alegra saber que cuando ustedes se reúnen para analizar la realidad que viven y sufren, tienen en sus manos la Santa Biblia para reflexionar y orar; la Palabra es la semilla que así se transforma en una conversión personal y social, como nos enseña la Iglesia.

7. Hemos aprendido del pueblo las expresiones de la religiosidad popular y a rescatar sus valores: el sentido religioso que tiene la vida entera y la necesidad de la comunidad. Con esos elementos la religión del pueblo da sentido al dolor para superarlo en la resurrección porque nuestros pueblos necesitan ser fieles a su identidad, al mismo tiempo que creativos y re-creadores.

8. La Cruz y la muerte de Jesús, como la de tantos que se identifican con El como crucificados, es consecuencia del esfuerzo por quitar la Cruz de los hombros de los sufrientes. Ahora comprendemos que muchas veces en la Iglesia hemos predicado una Cruz fatalista, resignada, negativa. Necesitamos predicar la Cruz de Jesús con el anuncio y la denuncia de lo que se opone al proyecto de Dios; estamos dispuestos a aceptar con realismo las consecuencias de predicar la Cruz como lo hizo Jesús; queremos predicar la Cruz para posibilitar la fraternidad eliminando la injusticia y el crimen que se cometen contra los más humildes.

9. Iluminados por la Palabra de Dios y en especial por la Cruz de Jesús queremos denunciar: Las traiciones que se hacen a nuestros pueblos; la marginación de numerosos grupos sociales por parte de las autoridades y de las clases dominantes de la sociedad; la opresión en que viven los campesinos, indígenas, mujeres, afroamericanos y obreros. Repudiamos la represión que se ejerce contra líderes populares y contra bastantes agentes de pastoral: laicos, religiosos, sacerdotes, pastores, obispos. En nombre de Dios y a ejemplo de Jesucristo que actuó con libertad de Profeta, rechazamos las ingerencias que algunos países poderosos hacen en otros países pobres; y el envío de armas para agravar los conflictos; y la desestabilización de los pueblos que buscan caminos de autodeterminación; y a los gobiernos de fuerza por sus programas antipopulares y genocidas en América Latina.

NUESTRA ACCION ANTE EL DOLOR

10. Ante sufrimiento tan grande e injusto no podemos quedarnos de brazos cruzados. Como Cristo se hizo solidario con los hombres, así la Iglesia tiene que ser también solidaria con los débiles, con los amenazados y desaparecidos, con los encarcelados y torturados; hay que crear cada día más espacios para la solidaridad y la organización de los pueblos.

11. Además, es urgente la lucha activa e histórica contra el dolor y contra las causas que lo generan. Es nuestro compromiso en este Congreso: Compromiso humano y cristiano de luchar organizadamente contra el sistema de muerte que engendra tantos sufrimientos injustos. Para ello, nos proponemos hacer que la causa de los pobres sea nuestra causa.

12. Como seguidores del Jesús histórico Crucificado (Lucas 9, 23-28) queremos ayudar a la Iglesia apoyando a las Comunidades Eclesiales de Base y a los movimientos organizados de los pobres con los que tratan de defender sus derechos fundamentales violados; cada pueblo de América Latina, debe ser agente de su propio destino y evangelización. La acción pastoral nos lleva a estar cerca de los que sufren; a implantar el Reino de Dios que se abre paso con la fuerza de la Justicia y de la Verdad.

No hay motivos para tener miedo. Que la Gracia de Dios Padre nos acompañe en nuestro caminar para vencer el sufrimiento. Cristo Jesús vive, ha vencido, está en medio de nosotros; y nos ha enviado su Espíritu de fortaleza.

CARTA AL PRESIDENTE REAGAN

Itaici, 22 de Octubre de 1983
Sr. Presidente de Estados Unidos de Norteamérica
Ronald Reagan
Washington, D. C.

Respetado Señor Presidente:

El Congreso Ecuménico Latinoamericano sobre "El sufrimiento humano y el compromiso cristiano", organizado por la Asociación Internacional STAUROS, reunido en Itaici, del 12 al 22 de octubre del corriente año, con representación de 18 naciones, decidió expresar su rechazo con relación al momento que hoy está atravesando el pueblo de Nicaragua, bajo la constante amenaza de invasión norteamericana.

América Latina es un continente, que en este momento, lucha para caminar hacia la liberación de la opresión. Son pueblos que luchan por su soberanía y autodeterminación. La lucha que se realiza en América Central no es resultado de la confrontación entre Este y Oeste, como algunos afirman. Es por el contrario, la lucha secular de liberación de las mayorías pobres y oprimidas con respecto al yugo de las minorías ricas y opresoras nacionales e internacionales. Por esto, lo que sucede en Nicaragua no es un caso aislado. Nosotros, representantes de muchos pueblos, nos sentimos alcanzados por los problemas y queremos pronunciarnos contra esa situación.

El intervencionismo, bajo cualquiera de sus formas:

- Con dimensión política, que se da en forma totalitaria y violenta.
- Con dimensión económica, que destruye y arrasa las condiciones de supervivencia de los pueblos.

- Con dimensión cultural, por la innoble tentativa de imponer a un pueblo celoso y consciente de su cultura e identidad, una ideología contraria.
- Con dimensión jurídica, contra la Carta de la OEA.

Nos parece que se trata de una cobardía desigual por parte del país agresor, que ciertamente no quedará impune ante el tribunal de la Historia.

Unimos a nuestra voz las voces de innumerables instituciones civiles y religiosas que se sitúan en solidaria sintonía con el Grupo Contadora en la búsqueda de soluciones pacíficas, dignas, humanas y cristianas para el conflicto de América Central en contraposición a las soluciones belicistas, indignas, inhumanas y anticristianas de la "política Reagan".

Los pueblos de América Latina, encontrarán sin duda caminos para realizar juntos su liberación definitiva.

Que esta carta pueda ser una señal más de alerta, de que no estamos ajenos a la situación real del continente.

Congreso STAUROS
Itaici - SP (Brasil)

CC. Para el Senado Federal de Estados Unidos.
CC. Para la Cámara de Diputados de Estados Unidos.

CARTA A LOS CRISTIANOS DE CENTROAMERICA

Itaici, 22 de octubre de 1983

Queridos Hermanos de América Central

Nosotros, participantes del Congreso Ecu­mérico Latinoamericano sobre "El sufrimiento humano y compromiso cristiano en América Latina", organizado por la Asociación Staurós y reunidos en Itaici, San Pablo, del 17 al 22 de octubre de 1983, queremos hacerles llegar nuestra solidaridad ante la difícil situación que en esta hora viven nuestras patrias.

Afirmamos desde aquí el inalienable derecho que tienen los pueblos de autodeterminar su destino y elegir recorrer el camino cristiano en favor de los pobres y los oprimidos, sin ningún tipo de presiones imperialistas por parte de los EEUU. La larga historia sufriente de nuestros pueblos, necesita hoy de la unión y organización de todos los hermanos latinoamericanos.

Como cristianos hacemos nuestra opción por los pobres, los marginalizados, los sometidos de nuestro continente; dispuestos a dar la vida en este lento martirio de nuestra América, para que como expresa Job "todo lo tengan en abundancia".

Jesucristo asumió todos los riesgos y consecuencias de su misión. Fué secuestrado, fué torturado y sufrió la muerte violenta. Su proyecto anunciando una sociedad igualitaria y fraterna escandalizó y no fué soportado por los opresores; y su mensaje, sigue escandalizando a los tiranos a través de los tiempos.

Llamamos desde aquí a todos los pueblos oprimidos de América Central a resistir unidos en la fe; que la sangre derramada de los pobres e inocentes de vuestras patrias, sea semilla de nuevos cristianos comprometidos; que la reflexión en Cristo los ilumine, y los aliente a la organización y la lucha para lograr la definitiva liberación.

Reciban junto a nuestro compromiso de acompañar sus pasos, nuestro más fraternal abrazo y esperanza.

Congreso "STAUROS"
Itaici — SP (Brasil)

P.D: Staurós es una Asociación Internacional con el objetivo de promover el estudio del Evangelio de la Pasión de Cristo. La Asociación se propone tomar iniciativas y apoyar proyectos que investiguen el significado de la doctrina y del anuncio de la Pasión de Cristo en todas sus dimensiones y expresiones.





CHRISTUS

COLABORACIONES

Comentario de PEDRO TRIGO

BEBER EN SU PROPIO POZO

GUSTAVO GUTIERREZ

GUSTAVO GUTIERREZ: *Beber en su propio pozo*. Ed. CEP, Lima 1983.

INTRODUCCION

Beber en su propio pozo constituye la teología espiritual de Gustavo Gutiérrez. Tiene tres partes: En la primera plantea el problema y lanza sus proposiciones. En la segunda dialoga con la tradición espiritual cristiana (Juan y Pablo, los místicos y las escuelas de espiritualidad, señaladamente ignaciana). En la tercera caracteriza los rasgos de esta nueva espiritualidad que surge desde el pueblo latinoamericano. El libro es breve, denso, emocionado y claro. Por eso invitamos a su lectura y así, ahorrándonos la reseña, nos limitaremos a glosar lo que más nos ha llegado y a entablar un diálogo desde nuestra vivencia de la realidad venezolana.

TEORIA, NO IDEOLOGIA

De un modo global el valor principal del libro, sobre todo de sus partes primera y tercera, es para nosotros su adecuación cabal a los procesos reales. El libro nos asombra no por su coherencia interna sino por su correspondencia con el modo como es vivida la praxis liberadora por los cristianos en América Latina. No se trata, pues, de ideología (en el sentido de exposición sistemática de datos, conceptos generales y valoraciones que están a disposición de un grupo humano en una época y que le otorgan sentido) sino de teoría (es decir, comprensión de una praxis). Es por eso un libro verdadero, no sólo en el sentido de que lo afirmado en él es idealmente verdadero y por lo tanto debe ser así sino en el sentido preciso de que son muchos miles las mujeres y hombres que en América Latina responden con sus propias vidas de lo que en él se afirma. Es un libro responsable.

Por eso el libro no pudo ser escrito antes. En toda historia se da cesura y proceso. La ruptura constituyente (a la que a su vez precede un lento proceso de acumulación) es súbita y globalizante, lleva como embrión todo un mun-

do pero aún no ha dado de sí y es imposible reconocerlo. Más aún ha cambiado todo, pero únicamente todo, cada cosa continúa como antes. Se da el dualismo, la contradicción, y entonces tiene lugar el proceso que traerá como resultados la reabsorción del nuevo horizonte en lo antiguo o la reconstrucción de cada una de las cosas antiguas en el horizonte recién adquirido. A la base del libro *Teología de la Liberación* (1971) había todo un proceso espiritual previo y la experiencia espiritual fundante en la ruptura constituyente. Esta experiencia honda permitió mantener la continuidad en la discontinuidad, era el germen que abrió perspectivas y la fuerza que mantenía en la lucha. Pero era necesario el proceso (que requiere espacio y tiempo) para poder dar cuenta no sólo del impulso, del proyecto, de los deseos y de la determinación sino también de las cosas que se han verificado entre nosotros. Por eso el libro es, como dice Lucas de su evangelio, testimonio personal e investigación diligente (y esta última como expresión de la función del autor con el grupo, como testimonio de amor), para que conozcas la solidez de las enseñanzas que has recibido, es decir dirigi-

do a constatar que el camino de la liberación es camino del Espíritu: La verdad es que el contacto cotidiano con las vicencias de algunos, la lectura de textos de muchos, así como el testimonio de otros, nos convencen de la hondura de la experiencia espiritual que se vive al presente entre nosotros (143). Esa es la verdad que trasunta el libro.

TIEMPO DE SALVACION

Ante todo acierta el libro en la caracterización global de nuestro tiempo latinoamericano (Cf Recuadro No. 1). Jesús emplazaba a sus oyentes: ¿Cómo es que no saben interpretar el momento presente? (Lc 12,56). Juan XXIII, y tras él el Concilio, nos lanzó a los cristianos de la segunda mitad del siglo XX el mismo reto. Y tomando partido contra quienes atrincherados en lo acostumbrado no ven otra cosa que prevaricación y ruina, saludaba al nuevo tiempo cristiano como un nuevo Pentecostés. También Medellín caracterizó nuestra situación como una nueva Pascua cuando afirmó: No podemos dejar de sentir su paso que salva. Y Puebla centró su mensaje en torno a la evangelización. A pesar de estos señalamientos es innegable que los cristianos latinoamericanos estamos divididos ante todo por el modo como interpretamos el momento presente y consiguientemente por lo que juzgamos que se debe hacer para responder a sus exigencias (Cf Lc 12,57).

Frente a los que, hipnotizados por el fetiche del orden establecido, caracterizan al nuestro como tiempo de opresión y represión, como tiempo del poder de las tinieblas, Gustavo Gutiérrez globaliza nuestra situación latinoamericana como tiempo propicio, tiempo de salvación. Pero frente a los que confunden esta salvación con el desarrollo del orden establecido, el autor descubre la salvación en los despojados, oprimidos y reprimidos, descubre la salvación de Dios brotando en la condenación de los poderosos; descubre a la vida resistiendo a la muerte y resucitando victoriosa de ella. En tiempos de hondas conmociones tendemos a abatirnos por la insolencia de la injusticia, el desprecio y la destrucción. Es eso lo más patente. Se necesitan ojos nuevos para rastrear lo nuevo que pueda estarse formando y corazón nuevo para alegrarse con ello. Es lo que sucede en este libro. Porque no se trata de la dialéctica del deseo ni de un temperamento optimista ni de una apuesta ciega, se trata del testimonio de lo que se ha visto y compartido (naturalmente que desde una fe). Esta es ante todo la experiencia espiritual: Que donde abunda el pecado sobreabunda la gracia. Experiencia espiritual no aforismo teológico o proposición dialéctica sino comprensión adecuada del proceso de muchas mujeres y varones de nuestro pueblo creyente y oprimido y de quienes con ellos echaron su suerte.

OPORTUNIDAD EVANGELIZADORA

Si de este modo puede hablarse de tiempo de salvación es natural que se añada que estamos iniciando el hoy de una oportunidad evangelizadora nunca antes vivida (43). Y que no se trata tan sólo de anunciar a Jesús de Nazaret como la salvación que Dios nos presenta. Ya no son los misioneros los que presentan al pueblo latinoamericano una figura externa a él para que la acepten y se conviertan a ella. Son elementos del propio pueblo y otros solidarizados con ellos los que presentan en sus vidas y en sus muertes la vida

y la resurrección de Jesús como buena nueva para sus hermanos. Tras cinco siglos de evangelización la Palabra de Dios se ha hecho carne en diversas expresiones populares y así el propio pueblo como ser cultural es ahora sujeto evangelizador y no únicamente destinatario de la evangelización (Cf Puebla 450). Y no sólo es a sí mismo a quien el pueblo evangeliza, también está empezando a evangelizar a la propia institución eclesial a medida que ésta se va comprometiendo con él y entrando en sus comunidades de base (Cf Puebla 1147).

Esto podría sonar a slogans de populismo religioso o a un cierto romanticismo del pobre. No es así; sin embargo, ya que el descubrimiento del potencial evangelizador de nuestro pueblo se realiza no sólo en una situación global de pecado sino en el seno de una subcultura, el mundo de los pobres, marcada muy dolorosamente por la gracia y el pecado, que en ese estado permanente de situación límite adquiere proporciones patéticas. Pero, viendo muy realista esa situación tan precaria y a veces tan deshumanizada (cf 187), no puede tampoco dejar de darse el testimonio de que mi gracia resplandece en la debilidad (2 Cor 12,9; Cf 4,7-18). Y esta buena noticia no la da sobre todo uno, son gente del propio pueblo los que, como María (Lc 1,46-55) y Jesús (Lc 10,21-22) alaban a Dios por ello.

El hoy de esta oportunidad evangelizadora empieza cuando los evangelizadores de oficio en la institución eclesial se hacen cargo de este misterio, y en un diálogo vital (Puebla 457) como discípulos son capaces de incorporarse a él. Entonces podrán decir a su vez toda la palabra viva de la tradición (que a su modo también guarda el pueblo) y la palabra propia que Dios les ha comunicado. Hablábamos de una "oportunidad evangelizadora", la pregunta que se impone ¿sabremos aprovecharla? (44).

LA EXPERIENCIA ESPIRITUAL DEL PUEBLO

Lo novedoso que está ocurriendo en América Latina en materia de espiritualidad es sobre todo la experiencia espiritual del pueblo oprimido y creyente cuando, convocado por la Palabra de Dios, toma conciencia de su situación, la resiste, se rehace a sí mismo, se organiza, se promociona y lucha por liberarse aprovechando cualquier resquicio de la situación y aun forzándola de uno u otro modo. La espiritualidad que nace en América Latina es la de la Iglesia de los pobres a la que llamaba Juan XXIII (50).

Es una espiritualidad pascual porque se juega en la dialéctica muerte-vida:

Las luchas del pueblo pobre por la liberación representan una afirmación de su derecho a la vida; puesto que la pobreza que sufre el pobre significa muerte, muerte prematura e injusta. Desde esa afirmación de la vida, los pobres del subcontinente intentan vivir su fe, reconocer el amor de Dios y proclamar su esperanza. En el seno de esas luchas, llenas de avatares, el pueblo oprimido y creyente se hace cada vez más agente de una manera de ser cristiano, de una espiritualidad (48).

INCORPORARNOS A LA EXPERIENCIA ESPIRITUAL DEL PUEBLO

El libro, haciendo justicia a la complejidad de la situación, abarca dos sujetos: el pueblo y los que se solidarizan con él (que constituyen la mayoría de los lectores del libro). A estos lectores se presenta el pueblo como buena nueva, no como objeto de su acción sino como sujeto evangelizado y evangelizador. El sujeto de Mt 25,40 (que es el Buen Samaritano) es sobre todo el propio pueblo. El es, pues, aquél sobre quien Jesús resucitado ha derramado su espíritu liberador (Lc 4,18-21). Este texto se realiza hoy en América Latina. Esto es ante todo un juicio de hecho, un descubrimiento (37-38), luego es captado como un misterio (Mt 11,25; 1 Cor 1,26-31). De ahí la proposición:

Para muchos cristianos en América Latina actualmente la posibilidad del seguimiento de Jesús se juega en su capacidad para incorporarse a la experiencia espiritual del pueblo pobre. Esto les exige una conversión profunda: se trata de hacer suya la experiencia que los pobres tienen de Dios y de su voluntad de vida para todo ser humano (51).

Todo lo demás es quedarse a mitad de camino (53).

Y todo lo demás es por ejemplo para Gustavo Gutiérrez: Compromiso con los explotados, relaciones de amistad con algunos de ellos, celebrar la eucaristía con las comunidades populares etc (53).

Este texto puede resultar sorprendente y excesivo. ¿No son esos elementos un objetivo deseado, un punto de llegada difícilmente alcanzable para muchos agentes pastorales sinceramente deseosos de un compromiso cristiano liberador? ¿No resulta descorazonador llamar a este resultado quedarse a medio camino? Creemos que no, que se trata más bien de custodiar lo más hondo de la pastoral liberadora, sin lo cual ella no pasa de ser una variación de la pastoral promocional. Porque la novedad no estriba en las derivaciones prácticas que hemos sacado de la doctrina social de la Iglesia ni tampoco en la indignación ética que provoca en hombres limpios esta situación ni en la protesta profética consiguiente. Se trata de hacer nuestra la experiencia que los pobres tienen de Dios y de su voluntad de vida para los hombres. Esto es para Gustavo Gutiérrez resucitar con el pueblo en materia de espiritualidad (54). Si no se da el empate con el pueblo a este nivel fontal de experiencia de Dios y seguimiento de Jesús la comunión cristiana será un hecho segundo, derivado; la comunidad será entonces un simple medio y no el lugar vivo donde se cree y se sigue. Pero si llegamos a esta primera eclesialidad (Jon Sobrino) ello impide que nuestro comportamiento sea simplemente comprendido como expresión de la "dimensión social" de la fe. Es mucho más que eso; hay un aspecto contemplativo (157). Ese fue el caso de Monseñor Romero. El se declaraba convertido a Cristo por su propio pueblo. A partir de ese cambio no vio su seguimiento de Jesús sino como algo estrechamente ligado a la vida (y muerte) del pueblo salvadoreño (54).

En este caso la incorporación a la experiencia espiritual del pueblo es incorporación al cuerpo histórico de Je-

sús (Monseñor Romero), y por lo tanto el Camino (127-27).

NUEVA ESPIRITUALIDAD

Una lectura de fe nos hace así comprender que la irrupción del pobre en la sociedad e Iglesia latinoamericanas es, en última instancia, una irrupción de Dios en nuestras vidas. Esta irrupción es punto de partida y también el eje de la nueva espiritualidad (49).

Para Gustavo Gutiérrez esta novedad no es un simple matiz. Es una novedad radical. Un resucitar, que recupera lo mejor de la espiritualidad que estaba a nuestro punto de partida, pero después de morir de algún modo a ella, es decir después de hacer espacio interior para realizar la aventura (sentida al comienzo como sin cauces) de incorporarnos a la experiencia espiritual del pueblo. Si damos ese salto recuperamos ciertamente lo mejor de la tradición: Esa tradición debe ser aprovechada para enriquecer la actual vivencia espiritual del pueblo pobre (53). Pero debe ser vertida en las nuevas coordenadas.

Los dos movimientos serían incorporarnos y aportar. Esta doble dinámica debe ser realizada con una enorme flexibilidad espiritual porque se trata de un momento fundacional. Si la base experiencial no es sólida tampoco puede serlo la pastoral ni la teología que se fundan sobre ella:

En toda línea espiritual hay un primer momento que es algo así como una época heroica. Allí se da en un contexto histórico determinado una experiencia espiritual fecunda (. . .) Dicha experiencia es fuente de una gran libertad espiritual (83).

Nuestro autor constata que esta experiencia se da: en la solidaridad, en la oración, en la paciencia, incluso en la alegría en medio del dolor y de la muerte. Pero es también consciente de la gran necesidad que tenemos de Dios para mantenernos en este camino, en el que no bastan la clarividencia y el coraje. Por eso repite una y otra vez: Cada vez vemos más diáfananamente que se requiere una gran dosis de humildad para comprometerse con los pobres de hoy (187). De ahí las constantes referencias a las gracias, que nada tienen de retórica sino que son una recatada confesión de quien se sabe en manos de Dios tanto personalmente como respecto de la obra de Iglesia que se trae entre manos.

DIALOGO CON LOS TEMAS BIBLICOS DE ESPIRITUALIDAD

Fruto de este itinerario personal, que resulta paradigmático, son los tópicos elegidos para la segunda parte. El tratamiento puede resultar escolar, pero los temas en sí son bien vitales: Ante todo Jesús, no sólo como el pretérito Jesús histórico siempre actualizado en el seguimiento, sino también y sobre todo, como el Señor que actualmente me llama, con quien hoy me encuentro y de cuya experiencia actual doy testimonio. De ahí el camino de los sinópticos a Juan. Y un encuentro con Jesús como hombre nuevo, como hombre del espíritu y por lo tanto un encuentro transformador, paso de la carne al espíritu, de la muerte a la vi-

da, del egoísmo a la incorporación a su cuerpo histórico. De ahí la lectura de Pablo sin perder de vista a los sinópticos. Y este encuentro realizado en el seno del pueblo de Dios, del pueblo latinoamericano creyente y oprimido que marcha por el desierto hacia la tierra prometida, que convocado por la pascua de Jesús marcha hacia la tierra nueva y los cielos nuevos, pueblo en pascua desde la muerte a la vida, pueblo como Camino, paradigma del camino espiritual que describen los místicos.

La vuelta a Juan y Pablo y la lectura espiritual del Exodo resultan representativas de esta fase de la experiencia espiritual en América Latina. Jesús histórico y el encuentro con Jesús resucitado, el cambio de estructuras y el no menos penoso cambio interior, la construcción de la nueva tierra y la búsqueda del nuevo cielo: lo nuevo y lo viejo se van integrando en una circularidad que sobredetermina y alimenta cada dimensión. Esto es más que una síntesis (. . .) Es algo más fino y rico que un equilibrio a mantener entre dos aspectos importantes (163). Por eso, tras lanzar su proposición y situarla en el cauce ancho y profundo de la Biblia y la historia de la espiritualidad, el autor trata de bosquejar el perfil de lo que nace entre nosotros (143). Es una síntesis que recoge con precisión los grandes ejes de nuestra espiritualidad y el modo como se articulan (Cf Recuadro No. 2).

IMPOTENCIA Y GRACIA

Lo que dijimos del libro como teoría vale sobre todo de la parte tercera. Al ser tan densa y ajustada resulta difícil seleccionar algún aspecto. Tomaré sin embargo uno que se desarrolla en diversos apartados con matices complementarios: se trata del modo de percibir al pueblo y relacionarse con él. No es una mirada objetivadora, que engloba a los rostros concretos en conceptos generalizantes, de modo que las personas queden reducidas a elementos de teoría. No es tampoco la mirada magistral que cree reconocer al otro mejor de lo que él mismo se autopercebe. Se trata por el contrario de un modo de ver matizado, respetuoso, misericordioso y consciente de los propios límites. Este respeto capacita al autor para describir sin demagogia ni estereotipos ideologizados las aflicciones de los pobres (171-72) y la represión que pesa sobre ellos. Pero también lo ilumina para percibir lo nuevo que ahí germina en conciencia, organización y vivencia de una fe liberadora y en esa novedad descubre la alegría que madura en la pobreza y vence el sufrimiento; porque como dice uno de ellos lo que se opone a la alegría (. . .) es la tristeza, no el sufrimiento (172).

Estos elementos tan diversos y aun contradictorios son vistos en su unidad real, formando una trama, componiendo un mundo (186), algo pues coherente consistente y de algún modo cerrado sobre sí, comprensible sólo desde sí mismo. Y esta complejidad alcanza el punto de la realidad más cabal cuando se tematiza también la ambigüedad de su condición anterior. Los pobres no son sólo víctimas ni héroes. La mirada que los viera así en el fondo los desprecia porque los despoja de lo que más profundamente los une al que mira: su condición humana, insuperablemente abierta a la gracia y al pecado (187). Los pobres no son sólo predilectos de Dios y objetos de la misericordia del prójimo. Son ante todo imágenes vivas de Dios, desgarradas por su situa-

ción límite pero también potenciadas por ella. Clavados en esa cruz ¿quién se atrevería a juzgarlos? Y sin embargo en ese infierno nace la solidaridad, brota la oración y mana Iglesia porque la piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular; esto es un milagro patente (Mt 21, 42) para el que mira con los ojos de fe.

Desde esa mirada no se deriva una relación de mesianismo que busca en la acción sobre el pueblo la propia justificación y cumplimiento. Por el contrario, existe una aguda percepción de la dificultad casi insuperable de entrar profundamente en el mundo de los pobres hasta llegar a coincidir con él (196-98). De ahí la modestia fundamental: La práctica de estos años ha mostrado que el acercamiento al mundo del pobre debe ser hecho sin triunfalismos de ninguna clase (189).

Y no sólo están las dificultades objetivas: hay que vencer el desaliento y la amargura y la permanente tentación del repliegue (178-80). Está la noche oscura de la injusticia con el miedo a morir y más aún a flaquear, el cansancio, la cobardía, incluso la desesperación (192-94).

Desde este proceso puede valorarse en todo su alcance el testimonio del autor de que el encuentro verdadero y pleno con el hermano requiere pasar por la experiencia de la gratuidad del amor de Dios. Se llega así al otro, liberado de toda tendencia a imponerle una voluntad ajena a él y desprendido de uno mismo, respetuoso de su propia personalidad, de sus necesidades, de sus aspiraciones (169).

Acabamos por eso citando un texto de Gustavo Gutiérrez sobre la infancia espiritual en el proceso de liberación que, reflejando la flor de lo adquirido cristianamente en América Latina, expresa también su propio testamento espiritual:

Sólo haciéndose niño se entrará en el Reino de los cielos (cf Mt 18,3). Esa infancia espiritual se requiere igualmente para entrar al mundo del pobre. De ese pobre que es precisamente el predilecto del Dios del Reino.

Tal vez anteriormente fuimos más sensibles a la relación que anotábamos páginas más arriba: sólo se vive el desapego a los bienes de este mundo (lo que representa un aspecto de la pobreza espiritual) en la inserción en medio de la pobreza. Percepción que sigue siendo válida, por cierto; pero a ella se añade otra más honda aún: sólo desde la infancia espiritual es posible comprometerse verdaderamente con los pobres y oprimidos de nuestro subcontinente. No decimos esto por el gusto de invertir fórmulas. Se trata de una experiencia de muchos en la búsqueda, al mismo tiempo dolorosa y gozosa, de Dios Padre por los caminos del pobre (190).



SANTOS PADRES

DOMINGO DE PASCUA

MELITON DE SARDES

Homilía sobre la Pascua

El es, en efecto, quien por haber sido conducido como un cordero

e inmolado como una oveja, nos libró de la servidumbre del mundo

como de la tierra de Egipto; nos desató los lazos de la esclavitud del demonio como de la mano del faraón;

y selló nuestras almas con su propio Espíritu y los miembros de nuestro cuerpo con su propia sangre.

El es el que cubrió a la muerte de vergüenza y quien enlutó al diablo, como Moisés al faraón.

El es quien golpeó la iniquidad y quien privó de descendencia a la injusticia como Moisés a Egipto.

El es quien nos arrancó de la esclavitud a la libertad, de las tinieblas a la luz, de la muerte a la vida, de la tiranía al reino eterno.

Quien nos constituyó en sacerdocio nuevo, y en pueblo elegido y eterno.

El es la pascua de nuestra salvación.

El es quien soporta mucho en muchos.

El es quien fue matado en Abel, atado en Isaac,

mercenario en Jacob,

vendido en José,

abandonado en Moisés,

inmolado en el cordero,

perseguido en David,

y deshonrado en los profetas.

El es quien se hizo carne en una virgen

quien fue colgado en un madero,

quien fue sepultado en tierra,

quien resucitó de entre los muertos,

quien fue elevado a las alturas de los cielos.

El es el cordero sin voz.

El es el cordero degollado,

El es el nacido de María, la buena oveja.

El es el elegido del rebaño,

el arrastrado a la inmolación,

el sacrificado al atardecer,

el sepultado al anochecer,

el que no fue triturado sobre el madero,

el que no se corrompió en la tierra,

el que resucitó de entre los muertos,

y el que resucitó al hombre del fondo de la tumba.

SEGUNDO DOMINGO DE PASCUA

SAN IGNACIO DE ANTIOQUIA

San Ignacio de Antioquía. Era Obispo de Antioquía cuando en la persecución de Trajano (hacia el 110) fue llevado a Roma para que allí fuera pasto de las fieras en el anfiteatro. De su muerte no tenemos noticias fidedignas, pues sus cartas son legendarias. En cambio conservamos siete cartas escritas por él durante su viaje. En Esmirna escribió a los Efesios, Magnesios, Tralenses y Romanos, y en Tróade a los

Filadelfios, Esmirniotas y a Policarpo su obispo. Estas siete cartas, llegadas a nosotros en una colección mayor contiene trece, las siete mencionadas, pero interpoladas y llenas de errores arrianos y otras seis apócrifas, y la colección breve contiene sólo tres de las auténticas: a Policarpo, a los de Efeso y a los de Roma.

El fin que se propone San Ignacio en todas sus epístolas, excepto en la Epístola a los Romanos, es precaver a los fieles, a quienes las dirige, contra los errores y discordias que intentaban esparcir entre ellos los fautores de herejía y de cisma (docetismo judaizante). Es muy de notar que ya en estas cartas se refleja con nitidez la organización jerárquica cristiana: en cada población importante preside el obispo a su grey, rodeado de un grupo de presbíteros y diáconos "Seguid todos al obispo —dice a los de Esmirna— como Jesús a su Padre, y al Presbíterado como a los Apóstoles. A los diáconos veneradlos como instituidos por Dios. . . Doquiera que esté el Obispo, estén los fieles a la manera que donde está Cristo está la Iglesia Católica" (primer ejemplo de esta apelación). También tiene expresiones muy interesantes acerca de la Eucaristía: "Antídoto contra la muerte", "carne de N. Señor Jesucristo". Por fin es muy de notar la "Salutatio" tan solemne que encabeza su Epístola

a los Romanos cuya Iglesia es "la que preside la Caridad", palabra con que parece designaba a la Iglesia universal. El tono general de la carta es muy distinto del de las otras, pues a los Romanos ni los exhorta ni aconseja, sino sólo les suplica. Tiene además expresiones que se entienden muy bien si se refieren al Primado de la Sede Romana: "Vosotros no habéis jamás envidiado a nadie, habéis eso sí enseñado y eso es precisamente lo que deseo: que lo que aconsejáis y ordenáis sea siempre practicado" y "Acor-daos en vuestras oraciones de la Iglesia de Siria que al faltar yo no tiene más Pastor que Dios, ni más obispo que Nuestro Señor Jesucristo y vuestra caridad".

Notemos por último su inspirada frase: "Dejadme ser pasto de las fieras. Soy el trigo de Dios y debo ser triturado por los dientes de las bestias para llegar a ser pan immaculado de Cristo. . .".

Carta a los Esmirnenses.

Todo esto, pues, padeció por nosotros, para nuestra salvación. Y lo padeció verdaderamente; como también verdaderamente se resucitó a sí mismo; no como algunos incrédulos dicen que sólo en apariencia ha padecido.

Porque yo sé que El está dotado de carne aun después de la resurrección, y creo que así sigue siendo. Y cuando un día vino a los que estaban con Pedro, les dijo: "¡Toquen, pálpenme, y vean que no soy un duende incorpóreo, sino carne!"

Y en seguida lo palparon, y creyeron convencidos por su carne y por su espíritu. Y después de la resurrección Jesús comió y bebió con ellos como quien tiene cuerpo, aunque espiritualmente estaba unido al Padre .

Pues si eso fué hecho por Nuestro Señor sólo en apariencia, entonces yo también estoy encadenado sólo en apariencia. Entonces, ¿para qué me entregué a la muerte, al fuego, a la espada, a las bestias? Quien está cerca de la espada, está cerca de Dios; quien está en medio de las bestias, está en medio de Dios. ¡Siempre que sea en el nombre de Jesucristo! Padecer juntamente con El, hombre perfecto, me fortalece; y lo soporto todo pacientemente.

Algunos en su ignorancia, lo niegan; pero más bien ellos fueron negados por El como abogados de la muerte antes que de la verdad; a ellos no los convencieron ni las profecías, ni la ley de Moisés, ni aun el Evangelio, ni siquiera los padecimientos de cada uno de nosotros, porque también de nosotros piensan lo mismo. ¿Y de qué me sirve si alguno me elogia, pero blasfema de mi Señor no confesándolo hombre en la carne? Quien niega la resurrección de Jesús según la carne lo niega enteramente, y es él mismo un cadáver vivo. No me pareció bien escribir sus nombres, siendo infieles. Ni se me ocurra recordarlos si quiera, mientras no se conviertan a la Pasión de Cristo, la cual es nuestra resurrección.

Nadie se envanezca de su ciencia, porque todo es fe y caridad, a las que nada aventaja. Aprendan a conocer a los que enseñan doctrinas extrañas sobre la gracia de Jesucristo venida a nosotros. ¡Cómo son contrarios a la mente de Dios! De la caridad no se cuidan, ni de las viudas, huérfanos o agobiados, ni de los presos ni de los rescatados, ni del hambriento ni del sediento.

Se mantienen lejos de la Eucaristía y de la oración, por no confesar que la Eucaristía es la carne de Nuestro Salvador Jesucristo, la que ha padecido por nuestros pecados y a la cual el Padre en su bondad ha resucitado. Ahora bien, los que contradicen el don de Dios, mueren en sus disputas. Más les aprovecharía amar, para resucitar también ellos.

TERCER DOMINGO DE PASCUA

SAN AMBROSIO

Tratado sobre el Evangelio de San Lucas.

Nuestra exposición ya ha llegado al momento oportuno; consideremos qué motivo —según el sentir de Juan— tuvieron los apóstoles para llegar a creer, puesto que se alegraron; pero según Lucas, fueron increpados de incredulidad. Tal vez sucedió que según el primero, acababan de recibir al Espíritu Santo; y según el segundo estaban cumpliendo el mandato de permanecer en la ciudad hasta que fueran revestidos por la virtud de lo alto.

Me parece que uno como apóstol, ha tocado la realidad más grande y más alta, mientras que el otro ha narrado lo que corresponde más a lo humano; uno ha seguido el curso ordinario de la historia, y el otro lo ha resumido. No se puede en modo alguno dudar de aquél que da testimonio de todo lo que él mismo presenció y cuyo testimonio es verdadero; y precisamente porque mereció ser evangelista, se debe igualmente descartar toda sospecha de negligencia o engaño. Por esto ambas versiones las tenemos como verdaderas, pues no son algo distinto ni por la variedad de las frases ni por la diversidad de las personas. Lucas dice que al principio no creyeron; sin embargo, después demuestra que tuvieron fe. Por tanto, si atendemos solamente al primer enunciado encontraremos contradicción; pero si consideramos también lo que sigue, no hay duda que están del todo acordes.

Juan se expresó así: "Los discípulos se alegraron al ver al Señor. Díceles otra vez: la paz sea con ustedes. Como me envió mi Padre, así los envió Yo a ustedes. Al decir esto, sopló y les dijo: reciban al Espíritu Santo; a quienes perdonen los pecados, les serán perdonados; y a quienes se los retengan, les serán retenidos". Y Lucas dice: . . . "Y cómo le conocieron en la fracción del pan. Mientras esto hablaban, se presentó en medio de ellos y les dijo: 'la paz sea con ustedes; yo soy, no tengan miedo'".

Por una parte se mostró a los once, como se había presentado ya antes a Ammaus y a Cleofás; es decir, esa misma tarde. Por otra parte parece que aquellos once, al igual que estos dos, podrían haberse reunido para confirmar a los otros. No hay duda que uno lo ha narrado más extenso, y el otro de un modo más breve.

CUARTO DOMINGO DE PASCUA

SAN POLICARPO

San Policarpo. Es una de las figuras mejor conocidas del Siglo II cristiano, del que tenemos tan pocas noticias. Por haber sido discípulo de San Juan y por su longevidad, pues vivió cuando menos ochenta y seis años, es durante él la Tradición personificada. Conservamos una carta suya, la relación de su martirio, escrita a raíz de los acontecimientos y algunos otros datos, gracias a Ireneo, el obispo de Lyon, que fue su discípulo. (En cambio su vida por Pionio es sólo del siglo IV y por tanto sin valor histórico).

Aunque ignoramos los motivos, en 154 estuvo en Roma. Trató entonces el Papa Aniceto de llegar a un acuerdo con Policarpo sobre la fecha en que debía celebrarse la Pascua. Es lo natural que en la celebración de muchas fiestas no hubiera absoluta uniformidad entre los primeros cristianos. Caso típico era la diversidad en la celebración de la Pascua, pues mientras Roma y con ella el Occidente la celebraba como conmemoración de la Resurrección el domingo inmediato al primer plenilunio del equinoccio de primavera y conmemoraba la muerte de Cristo el viernes anterior (como lo seguimos haciendo), en Asia, la costumbre, atribuída a San Juan el apóstol Evangelista, era conmemorar la Pascua como la muerte de Cristo y exactamente el 14 de Nisan (1), es decir, el mismo día del plenilunio de primavera sin

tener en cuenta para nada el día de la semana en que caía. Era por tanto una conmemoración luctuosa, día de riguroso ayuno, aunque fuera domingo, que terminaba en la noche con la celebración de la Eucaristía. Como las colonias de asiáticos cristianos no eran pocas en Occidente, chocaba a muchos la divergencia. No llegaron con todo a un acuerdo, pues ni el Papa quiso cambiar la muy acertada costumbre romana, ni Policarpo mudar una fecha que consideraba sagrada. No por ello dejó Aniceto de festejar al obispo oriental, a quien en prenda de comunión hizo presidir la celebración de la Pascua en la misma Roma.

Años más tarde, ya en su diócesis, Policarpo, fue encarcelado a consecuencias de un motín contra los cristianos. Al procónsul que le instaba a renegar de Cristo, respondió serenamente: "Hace ochenta y seis años que le sirvo y nunca me ha hecho el menor mal, ¿cómo voy ahora a blasfemar de mi Rey y Salvador?" (Murió mártir en la hoguera").

NOTAS

(1) De ahí el epíteto de "cuartodocimanos".

Carta a los Filipenses.

En él creen ustedes sin haberlo visto, con alegría inefable, alegría que muchos desean tener sabiendo que por pura gracia fueron salvados; y no por sus obras, sino por voluntad de Dios mediante Jesucristo.

Así pues, ceñidos los lomos, sirvan a Dios en temor y en verdad, dando de mano a la vana palabrería y al extravío vulgar creyendo en el que resucitó a Nuestro Señor Jesucristo de entre los muertos, que le dió la gloria, y que lo sentó a su derecha. El Señor ha de venir como juez de vivos y muertos, y su sangre la requerirá Dios de los que no creen en Él.

Ahora bien, quien lo resucitó de entre los muertos también nos resucitará a nosotros, con tal de que cumplamos la voluntad del Señor y caminemos en sus mandamientos, y amemos lo que Él amó, apartados de toda iniquidad, avaricia, codicia, maledicencia y falso testimonio, "no volviendo mal por mal, ni injuria por injuria", ni puñetazo por puñetazo, y acordándonos de lo que el Señor enseñó, diciendo: "No juzguen, para que no sean juzgados; perdonen y se les perdonará; compadezcan y serán compadecidos; con la medida que midieron, se les medirá también a ustedes". Y además: "Bienaventurados los pobres y los que padecen persecución por la justicia, porque suyo es el reino de Dios".

Permanezcamos, pues, continuamente adheridos a nuestra esperanza y prenda de nuestra justicia, que es Jesucristo; Él llevó nuestros pecados en su propio cuerpo sobre la cruz, y no cometió jamás pecado ni se halló dolor en su boca, sino que para que nosotros vivamos, lo sufrió todo por nosotros. Seamos, pues, imitadores de su paciencia; y si padecemos por su nombre, glorifiquémosle; pues ése fué el dechado que nos dejó por sí mismo; y nosotros lo hemos creído así".

QUINTO DOMINGO DE PASCUA

SAN JUAN CRISOSTOMO

Homilía 4 sobre San Mateo.

Ahora bien, si hemos gozado de don tan precioso hagamos todo lo posible por no desmerecer ese beneficio. Porque si los pecados cometidos antes de recibir este honor eran dignos de castigo ¿cuánto más no lo serán los cometidos después de tan inefable beneficio? Y no sin razón digo ahora esto, sino porque veo a algunos que se portan más tibiamente después del bautismo, que quienes no han sido aún iniciados en los divinos misterios. Su conducta en nada se distingue de la de los paganos. De ahí que ni en la plaza pública, ni en la iglesia misma, es posible saber de pronto quién es cristiano y quién pagano. Habría que esperar al momento de los misterios divinos y ver quiénes son echados fuera y quiénes permanecen dentro.

Sin embargo, habría que reconocerlos no por el lugar, sino por las costumbres. Natural es que las dignidades externas se reconozcan por signos externos; nuestra religión, empero, ha de reconocerse por el alma. El cristiano no ha de aparecer cristiano sólo por la ofrenda que hace, sino también por la vida nueva que ha de llevar. El cristiano tiene que ser luz y sal del mundo. Pero si no brillas ni para ti mismo, si no te despojas de tu propia podredumbre ¿en qué te podremos ya reconocer? ¿En que te has bañado en las sagradas corrientes? Pero esto es más bien motivo de castigo, pues la grandeza del honor recibido es agravante de pena para quienes no se deciden a vivir de manera digna de ese honor. El cristiano ha de resplandecer no sólo por los dones que ha recibido de Dios, sino también por lo que él pone de su parte; y esto debe ser fácilmente reconocible.

SEXTO DOMINGO DE PASCUA

SAN JUSTINO

San Justino. Nacido en Samaria de padres paganos, Justino se convirtió al Cristianismo convencido de su verdad. Hacer a otros partícipes de este bien fue la ilusión de su vida y para ello tanto en Efeso como en Roma se entregó a la enseñanza y nos dejó escritas dos apologías (que en realidad parecen ser dos partes de una obra única), y un diálogo en que defiende la verdad del Cristianismo discutiendo con un judío llamado Trifón.

Las ideas apologéticas de Justino tienen particular interés por venir de un hombre en contacto con las ideas de su tiempo, las que no sólo no desdeña, sino cuyo especial empeño al hacer ver la insuficiencia radical de los sistemas filosóficos en boga, es salvar las partículas de verdad dispersas y como ahogadas en ellos. Por otra parte su Apologética presenta ya las líneas fundamentales de toda apologética cristiana: conocimiento del Unico verdadero Dios, Revelación

Sobrenatural, Misión del Verbo (en que trata de adaptar los conceptos estoicos del Logos), pruebas de su misión por las Profecías (en que insiste de tal modo en el diálogo, que casi a este solo argumento se reduce), los Milagros, y sobre todo la transformación moral de los convertidos (vida pura, heroísmo al morir). Ni se contentó con defender su fe, mas trató también de comprenderla, iniciando la generación de pensadores que intentarían inyectar en la exposición de las Verdades reveladas un sistema filosófico, dando así comienzo a la Teología especulativa. Justino no logra sortear todos

los escollos, pues propende a cierto subordinacionismo al explicar tanto la generación del Verbo como su Misión temporal. Parece, sin embargo, que más que a fallas en sus creencias hay que atribuir ésta y otras desviaciones a su empeño en acomodarlas al pensamiento gentílico.

Justino tuvo la suerte de consagrar su enseñanza con su sangre, al morir mártir hacia el 165 en compañía de seis de sus discípulos.

1 Apología No. 61.

Nota: Justino quiere responder a las calumniosas acusaciones que circulan a propósito de las asambleas cristianas. Los datos aportados son de un valor excepcional. Aquí tenemos la primera descripción completa de las reuniones cristianas.

Expondremos ahora cómo, renovados por Cristo, nos consagramos a Dios. Si omitiéramos este punto en nuestra exposición nos faltaría algo.

Los que creen en la verdad de nuestras enseñanzas y de nuestra doctrina, prometen en primer lugar vivir según esta ley. Entonces nosotros les enseñamos a orar y a rogar a Dios, con el ayuno y el perdón de sus pecados; y nosotros mismos oramos y ayunamos con ellos.

Después los llevamos a un lugar donde hay agua, y allí del mismo modo que nosotros hemos sido regenerados, son regenerados ellos. En el nombre de Dios Padre y maestro de todas las cosas, de Jesucristo nuestro salvador y del Espíritu Santo, son lavados en el agua. Porque Cristo ha dicho: "Si no vuelven a nacer de nuevo, no entrarán en el reino de los cielos". Es evidente que los que han nacido una vez no pueden volver de nuevo al seno de su madre. El profeta Isaías, como hemos dicho más arriba, enseña cómo borrarán sus pecados los pecadores arrepentidos. Se expresa en estos términos:

*Lávense, purifíquense,
quiten el mal de sus corazones
aprendan a obrar bien,
hagan justicia al huérfano
y defiendan a la viuda;
vengan entonces y disputemos, dice el Señor,
aun cuando sus pecados
los hayan vueltos rojos como la púrpura.*

*Los dejaré blancos como la lana;
aunque estuviesen rojos como la escarlata
los dejaría blancos como la nieve.
Pero si no me escuchará
serán devorados por la espada.
Porque la boca del Señor ha hablado.*

He aquí la doctrina que nos han transmitido los Apóstoles sobre esta materia. En nuestro primer nacimiento hemos nacido sin saberlo y por necesidad, de una simiente húmeda, gracias a la mutua unión de nuestros padres. Después vivimos con costumbres malas e inclinaciones perversas. Para que no permaneciéramos así hijos de la necesidad y de la ignorancia sino de la elección y de las ciencias, para que obtuviéramos el perdón de nuestras faltas pasadas, se invoca en el agua, sobre el que quiere ser regenerado y se arrepiente de sus pecados, el nombre de Dios, padre y dueño del universo. Esta denominación es precisamente la que pronuncia el ministro que conduce al baño al que debe ser lavado. ¿Puede darse, en efecto, un nombre al Dios inefable?

¿No sería locura orgullosa atreverse a decir qué tiene uno? Esta ablución se llama iluminación, porque los que reciben esta doctrina tienen el espíritu lleno de luz. Y también en nombre de Jesucristo, que fué crucificado bajo Poncio Pilato, y en nombre del Espíritu Santo, que predijo por medio de los profetas toda la historia de Jesús, se lava al que es iluminado.

ASCENSION

SAN LEON MAGNO

2a. Homilfa sobre la Ascensión del Señor.

Porque has visto creíste, bienaventurados más bien los que no vieron y creyeron (Jn 20,29).

Para hacernos capaces de esta bienaventuranza, amadísimos, nuestro Señor Jesucristo habiendo realizado todo lo que convenía a la predicación del Evangelio y a los misterios de la Nueva Alianza, cuarenta días después de su resurrección se elevó al cielo en presencia de sus discípulos. Puso fin a su presencia corporal para permanecer en la derecha de su Padre hasta que se terminen los tiempos divinamente previstos para que se multipliquen los hijos de la Iglesia y venga a juzgar a los vivos y muertos en la misma carne en que ha subido. Lo que fue visible a nuestro Redentor ha pasado a los sacramentos (ritos sagrados). Y, a fin de que la fe sea más excelente y firme, la visión ha sido sustituida por una enseñanza, cuya autoridad iluminada con resplandores celestiales, han aceptado los corazones de los fieles.

Esta fe, confirmada por la ascensión del Señor y fortificada por los dones del Espíritu Santo, no fueron capaces de hacerla vacilar mediante el terror, ni las cadenas, ni las cárceles, ni los destierros, ni el hambre, ni el fuego, ni las fieras, ni la refinada crueldad de los perseguidores. Por esta fe pelearon en todo el mundo, hasta derramar la propia sangre, no sólo los hombres, sino también las mujeres; no sólo los jóvenes, sino aun las vírgenes. Esta fe arrojó a los demonios, ahuyentó las enfermedades y resucitó a los muertos. Así, los mismos apóstoles, que confirmados con tantos milagros e ilustrados con tantos discursos, se atemorizaron ante la atrocidad de la pasión del Señor, y que en medio de las vacilaciones habían creído en la resurrección, se aprovecharon tanto de la ascensión del Señor, que todo cuanto antes les causaba miedo, después se convirtió en gozo. Desde aquel momento elevaron toda la contemplación de su alma a la divinidad sentada a la derecha del Padre. La misma visión de su cuerpo en nada impedía a los apóstoles el ejercicio de su inteligencia, que iluminada por la fe creía que Cristo al descender no se había apartado del Padre, ni con su ascensión se había separado de sus discípulos.

PENTECOSTES

SAN IRENEO DE LYON

San Ireneo. No compañero sino discípulo, cuando niño, de Policarpo fue Ireneo, que debió de nacer hacia 140 en la provincia de Asia. Joven aún se estableció en Lyon, en donde como presbítero se dedicó al apostolado. Además de su griego nativo, hablaba el latín y el celta del sur de las Galias. En 177 ó 178 fue a Roma con una carta de la Iglesia de Lyon al Papa Eleuterio acerca de los montanistas. Gracias a él conservamos la lista de los doce primeros sucesores de Pedro en Roma. Algún tiempo después sucedió en la sede lugdunense al mártir Potino. Intervino como pacificador en el conflicto entre el Papa Víctor y los "cuartodeci-

manos". Dedicó largas horas a escribir en defensa de la Fe cristiana varias obras, de las que conservamos dos: la mal llamada Gnosis desenmascarada y refutada que suele citarse con el título de *Adversus haereses* y la demostración de la Predicación apostólica cuya traducción armenia se descubrió en 1904. Estos admirables tratados, insigne y profunda exposición del valor y condiciones de nuestro conocimiento de Dios, fuentes de la Revelación, magisterio de la Iglesia, dogmas de la Trinidad, Encarnación, Redención, Postimerías del hombre, le hacen digno de ser llamado "Padre de la Dogmática Católica".

Contra los herejes III 17.

Los apóstoles dijeron la verdad; a saber, que "el Espíritu Santo en forma de paloma descendió sobre él" (Mt 3,16). El mismo Espíritu del que dijo Isaías: "Y descansará sobre él el Espíritu de Dios" (Is 11,2), así como: "El Espíritu del Señor sobre mí; por esto me ha ungió" (Is 61,1). De este Espíritu dice el Señor: "No son ustedes los que hablan sino el Espíritu de su Padre es el que habla en ustedes" (Mt 10,20). Y asimismo, al dar a sus discípulos el poder de regenerar para Dios les decía: "Vayan y enseñen a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo". Este Espíritu es el que por los profetas prometió "que se derramaría en los tiempos postreros sobre los siervos y las siervas para que profeticen" (Jo 3,1-2). Y por esto bajó sobre el Hijo de Dios, hecho Hijo del hombre; y así con él se acostumbró a habitar en el género humano y a descansar entre los hombres y a morar en la obra modelada por Dios, haciendo operativa en ellos la voluntad del Padre y renovándolos de su vejez en la novedad de Cristo.

Este Espíritu es el que pide David para el género humano cuando dice: "Fortaléceme con tu Espíritu rector" (Sal 50,13). El mismo Espíritu es el que Lucas dice que descendió sobre los discípulos después de la ascensión del Señor el día de Pentecostés, con poder para que todas las naciones entraran en la Vida y para abrir el Nuevo Testamento. Y por esto en todas las lenguas los discípulos entonaban a una un himno a Dios, siendo el Espíritu el que reducía a unidad las razas disgregadas y el que ofrecía al Padre las primicias de todas las naciones.

Por esta razón el Señor prometió que enviaría al Paráclito que nos hiciese conformes con Dios. Porque así como del trigo seco no se puede hacer una masa compacta ni un único pan si no es con el agua, así también nosotros que somos muchos, no podíamos hacernos uno en Cristo Jesús sin esta Agua que viene del cielo. Y así como la tierra árida, si no recibe el agua no produce fruto, así nosotros que éramos anteriormente "un leño seco" (Lc 23,31) nunca hubiéramos llevado fruto a no ser por esta lluvia que se nos da libremente de lo alto.

Porque nuestros cuerpos por el baño (del bautismo) adquirieron aquella unidad que los hace incorruptibles; pero las almas la han recibido por el Espíritu. Por esto no nos son necesarios uno y otro, ya que uno y otro procuran la vida de Dios.

El Señor se compadeció de aquella samaritana pecadora, que no fue fiel a su único marido, sino que fue adúltera de muchos uniones; y le mostró y prometió el agua viva, para que ya no tuviera más sed, ni anduviera ocupada sacando laboriosamente el agua, sino que tuviera dentro de sí una fuente que brotara hasta la vida eterna. Este es el don que el Señor recibió del Padre; y él a su vez lo entregó gratuitamente a los que participan de él, enviando por toda la tierra al Espíritu Santo.

Previendo el regalo de este don, Gedeón, el israelita a quien Dios escogió para salvar al pueblo de Israel del poder de los extranjeros, cambió su petición: sobre el vellón de lana —figura del pueblo de Israel— en el cual se había posado al principio el rocío, profetizó la sequía que había de venir; es decir, que este pueblo ya no recibiría de Dios el Espíritu Santo, como dice Isaías: "Mandaré a las nubes que no lluevan sobre aquella tierra" (Is 5,6). En cambio sobre todo el mundo se posará el rocío que es el Espíritu de Dios, el cual se posó sobre el Señor. "Espíritu de sabiduría y de inteligencia, Espíritu de consejo y de fortaleza, Espíritu de ciencia y de piedad, Espíritu de temor de Dios" (Is 11,2-3). Este es el Espíritu que a su vez dio el Señor a la Iglesia, enviando desde el cielo al Paráclito a todo mundo del que el demonio —dice el Señor— ha sido arrojado como un rayo (Lc 10,18).

TRINIDAD

TERTULIANO

Tertuliano Vida. Nació a mediados del siglo II, de un centurión romano pagano. Terminados sus estudios jurídicos en Roma, regresó a Cartago para ejercer su profesión y allí, en fecha ignorada, se convirtió, movido probablemente por el espectáculo divino de los mártires. "Sanguis martyrum, semen christianorum". Ordenado de sacerdote (afirma S Jerónimo) se dedicó a escribir en defensa de su Fe. Su temperamento exaltado y su intransigente carácter lo impelieron a criticar aun a la autoridad eclesiástica. Llegó a sostener que esconderse o huir para no comparecer ante los jueces perseguidores era apostatar, que todos los espectáculos eran inmorales, que todos los cargos públicos estaban vedados al cristiano por implicar actos idolátricos, también la carrera militar que lo exponía a matar, el magisterio a enseñar las fábulas de la Mitología, el comercio que convertía el oro en dios. Poco antes del 208 el conflicto se agudiza, pues Tertuliano creyó encontrar en la predicación montanista del Paráclito la justificación de su rebeldía. Convencido años más tarde de la falsedad de la secta, fundó otra. Murió de edad provector sin haberse reconciliado —en cuantos sepamos— con la Iglesia.

El escritor. La extraordinaria actividad literaria de Tertuliano ocupa los años que van de 195 a 220. Su gran mérito es el estilo y haber sido el primer autor cristiano que escribió en latín, para lo cual tuvo que crear su terminología religiosa y eclesiástica. Aunque se acomoda al gusto de su época, tiene un estilo personalísimo: frases cortas, incisivas; juegos de palabras, asonancias; contraposiciones de palabras y de ideas, cúmulo de cuestiones; respuestas rápidas y cortantes, a veces tan concisas que resultan enigmas. Es el primer autor cristiano que supera con mucho, aun por la forma, a sus contemporáneos.

Papel e influencia de Tertuliano. Los gravísimos errores en que cayó al fin de su vida y las exageraciones que desvirtúan toda su obra no deben oscurecer el mérito excepcional de un escritor que es el primer teólogo latino. El fue quien forjó el estilo teológico latino. Sus ideas no son originales, pero supo esculpir en fórmulas inmortales muchas de las verdades fundamentales de la Revelación Cristiana.

La Trinidad: distinción de personas en la unidad esencial.

El Hijo promete que, cuando haya subido al Padre, le pedirá que envíe el Paráclito, y lo enviará. Nótese que es "otro": . . . Además dice: "El tomará de mí" (Jn 14,16), como él toma del Padre. De esta forma la conexión entre el Padre y el Hijo por una parte, y entre el Hijo y el Paráclito por otra, hace una serie coherente de tres, en la que uno depende de otro. Estos tres son una sola cosa, pero no una sola persona (tres unum sunt, non unus), como está escrito: "Yo y el Padre somos una sola cosa" (Jn 10, 30), con referencia a la unidad esencial, no a la individualidad numérica (ad substantiae unitatem, non ad numeri singularitatem).

La Trinidad.

Dios profirió su palabra, como la raíz produce el retoño, la fuente el arroyo y el sol el rayo de luz. . . Y no tengo ningún reparo en usar estos nombres. . . porque todo origen es una paternidad, y todo lo que procede de un origen es engendrado: mucho más la Palabra de Dios, que además, con toda propiedad recibió el nombre de Hijo. Sin embargo, ni el retoño se distingue de la raíz, ni el arroyo de la fuente, ni el rayo del sol, y así tampoco la Palabra se distingue de Dios. De acuerdo con estas imágenes, confieso admitir dos realidades, Dios y su Palabra, el Padre y el Hijo del mismo. Porque la raíz y el retoño son dos realidades, pero unidas; la fuente y el arroyo tienen dos formas, pero no están divididas; el sol y el rayo tienen dos modalidades, pero están juntas. Todo lo que procede de otro ha de ser necesariamente distinto de aquello de lo que procede, pero no ha de estar necesariamente separado. Cuando hay una nueva realidad hay dos realidades; cuando hay una tercera, hay tres realidades. Ahora bien, el Espíritu es una tercera realidad que procede del Padre y del Hijo, como el fruto es una tercera realidad procedente de la raíz y del retoño, y el río es una tercera realidad procedente de la fuente y del arroyo, y el punto de luz es una tercera realidad con respecto al sol y a su rayo. Con todo, nada queda separado de la matriz de la que recibe sus propiedades. De esta suerte la Trinidad, procede del Padre en estadios bien tratados y conexos, sin que la defensa de la condición de su "economía" suponga un ataque a su realidad monárquica. Profeso la regla de la fe por la que declaro que el Padre y el Hijo y el Espíritu son inseparados. Si mantienes esto constantemente, entenderás cómo se ha de entender lo demás. Porque si digo que uno es el Padre, otro el Hijo y otro el Espíritu, el ignorante o el malvado entiende mal esta expresión porque hay cierto sonido de diversidad, y concluye que esta diversidad ha de entenderse en el sentido de que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo están separados. Me veo obligado a decir esto, porque hay quien pretende que es lo mismo el Padre, el Hijo y el Espíritu, dando honores falsos a la "monarquía" a expensas de la "economía". . .

EVANGELIZACION

EN EL PRESENTE Y EN EL FUTURO DE MEXICO

1o. al 27 de Julio

Curso de verano para personas involucradas e interesadas en una evangelización adecuada —en su contenido y en su método— al presente y al futuro de México. Es un curso abierto también agentes de pastoral de otras diócesis (sacerdotes, religiosos, laicos).

- *La realidad.* En donde se realiza la evangelización (análisis de la coyuntura)
Enrique Valencia.
- *La Palabra de Dios.* En la historia (una visión global de la Biblia y un método para cursos breves).
Javier Saravia (ERIT).
- *Seguimiento de Jesús.* Pasado presente y futuro de Jesús en la comunidad de seguidores.
Luis G del Valle.
- *Comunidades Eclesiales de Base.* Características, experiencias.
Raúl Cervera.

INFORMACION E INSCRIPCIONES

Silvia y/o Margarita Zamora,
Augusto Rodin 355,
Col. San Juan
Del. Benito Juárez
03730 México, D. F.

Tels: 5-98-38-63
5-98-47-08
de: 8.30 A.M a 14.30 P.M.

Cuota: \$ 12,500 (Incluye inscripción, curso, estancia, alimentación).
Al hacer su inscripción envíe \$ 2,000



CENTRO
REFLEXION
TEOLOGICA

GRUPO SACERDOTAL DE AYUDA MUTUA, DIOCESIS DE TEPIC.